UN THRILLER DE ADRIAN WEST



LA LLAVE VENECIANA

L. D. GOFFIGAN

LA LLAVE VENECIANA

UN THRILLER DE ADRIAN WEST

AVENTURAS DE ADRIAN WEST

LIBRO 4

L.D. GOFFIGAN

ÍNDICE

Prólogo

Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho
Diecinueve
Veinte
Veintiuno
Veintidós
Veintitrés
Veinticuatro
Veinticinco
Veintiséis
Veintisiete
Veintiocho
Veintinueve
Treinta
Treinta Y Uno
Treinta Y Dos
Treinta Y Tres

Treinta Y Cuatro
Treinta Y Cinco
Treinta Y Seis
Treinta Y Siete
Treinta Y Ocho
Treinta Y Nueve
Cuarenta
Cuarenta Y Uno
Cuarenta Y Dos
Cuarenta Y Tres
Cuarenta Y Cuatro
Nota Del Autor
Otras Obras de L.D. Goffigan
Sobre La Autora

Copyright © 2025 por L.D. Goffigan

Todos los derechos reservados.

Este libro o cualquier parte del mismo no puede ser reproducido, ni almacenado en un sistema de recuperación, ni transmitido de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso por escrito del editor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia.

Diseño de portada por Mibl Art

PRÓLOGO

Venecia, Italia
Mayo 1348

JACOMO CHIAVENO se esforzaba por caminar por las calles de Venecia, obligando a su cuerpo a moverse paso a paso. Tosió y la bilis salió expulsada de su boca, negra y viscosa, derramándose sobre el pavimento. Había visto tales flemas en innumerables pacientes y sabía con absoluta certeza que su tiempo estaba limitado a días. A veces horas.

Y ahora era su turno.

Si hubiera podido reír, lo habría hecho, pero el dolor era demasiado intenso. Era un milagro que pudiera siquiera caminar. A su alrededor, las calles estaban prácticamente abandonadas. Aquellos que se atrevían a deambular lo hacían furtivamente, con las cabezas gachas, los rostros pálidos de miedo, como si el simple acto de caminar por las calles de Venecia pudiera hacer que la Muerte también los derribara.

Resultaba difícil creer que apenas unas semanas antes de que la Muerte reclamara Venecia, la ciudad rebosaba de vida, desde sus plazas, iglesias, mercados y calles, hasta sus robustos canales. Como miembro de una de las familias patricias, había disfrutado de su vida aquí, desde los bailes de máscaras en los que todos eran bienvenidos siempre que llevaran antifaces, las deleitables

cortesanas de las que había disfrutado, las exclusivas cenas y reuniones en las que había participado con otros hombres de alto rango. Incluso su posición como médico era agradable, utilizando sus conocimientos médicos para aliviar el sufrimiento de sus compatriotas venecianos, para prolongar la vida cuando era necesario, o para facilitar la muerte cuando llegaba su hora. Pero la muerte no había ejercido dominio aquí en Venecia, una ciudad que rebosaba de vida desde todos los rincones... hasta hace poco. Ahora, nadie era inmune a su llamada fatal.

Los enfermos, afectados por la Muerte, habían estado confinados inicialmente en las islas de Poveglia, la Sacca Sessola y la Isola della Grazia, conocidas por los venecianos como las *isoles del dolore*, las islas del dolor. Pero una vez que el número de enfermos aumentó, todos los afligidos estaban ahora aquí en Venecia, su presencia asentándose sobre las calles, una maldición negra, consumiendo la ciudad como una bestia voraz**.**

Todo era por su culpa. *Esto debía ser para los enemigos de Venecia. No para las mujeres, los niños, los inocentes.* Sin embargo, en lo más profundo de su alma, sabía que ni siquiera sus enemigos habían merecido semejante muerte. Nadie lo merecía.

Ahora esta maldita plaga los destruiría a todos.

Había quienes pensaban que la Muerte era un castigo divino por los vicios de Venecia; su amor por el dinero y la venta de carne, el despiadado aumento de su imperio a costa de las tierras —y vidas— que la rodeaban. Creían que la Muerte era el precio por toda la gloria resplandeciente de Venecia.

Jacomo sabía exactamente qué había causado todo este sufrimiento.

Un dolor le atravesó y casi cayó de rodillas, pero se obligó a seguir adelante. Desde una ventana cercana, podía oír un llanto lastimero; no sabía si era de los moribundos o de alguno de los que quedaban atrás. Siguió moviéndose, el lamento era un fondo apropiado para su viaje final. Pronto, su espíritu se desvanecería hacia su lugar legítimo en el infierno.

Pero primero, una última tarea. Un último intento de corregir este horrendo error, de detener esta plaga, de salvarlos a todos.

Parecía como si hubiera estado caminando eternamente cuando encontró lo que buscaba. Se acercó, una multitud de emociones recorriéndolo.

La clave, pensó, llenándose de resolución. *Todo esto debe terminar. Debe ser destruido.*

Jacomo cerró los ojos antes de entrar, sabiendo que este era el lugar donde exhalaría su último aliento.

UNO

Actualidad
Venecia, Italia
6:47 P.M.

Adrian West contemplaba las aguas ondulantes del Gran Canal. El sol se hundía en el horizonte, encendiendo el cielo con un impresionante despliegue de colores que iban desde el lavanda hasta el naranja intenso. La fresca brisa vespertina que llegaba del canal acariciaba su piel mientras su compañero, Nick Harper, se acercaba por detrás, rodeándole la cintura con los brazos. Adrian cerró los ojos, permitiéndose fingir —solo por un momento— que ella y Nick estaban de vacaciones románticas, disfrutando de Venecia y el uno del otro.

Abrió los ojos exhalando un suspiro. Ojalá fuera verdad.

Hace dos semanas, tras un caso que había conducido al revelador descubrimiento de una histórica Atlántida, había recibido una nota con un misterioso anagrama que la dirigía a Venecia.

La clave que buscas se encuentra en la ciudad flotante.

Había considerado ir a la sede del FBI para realizar un análisis forense de la carta, pero algo le dijo que debía guardársela para sí misma. En su lugar, ella y Nick habían informado a su jefe, Jeremy Briggs, en la recién formada Unidad de Reliquias y Antigüedades,

que se tomarían unas merecidas vacaciones después de su último caso.

Desde su llegada a Venecia, ella y Nick habían estado en una búsqueda infructuosa, intentando encontrar lo que el misterioso remitente quería que descubriera. Los primeros días esperaron en su hotel, con la esperanza de que el remitente simplemente se acercara a ellos. Cuando eso no sucedió, analizó la carta una y otra vez, buscando cualquier otra pista sobre lo que debía encontrar. Habían recurrido a buscar nombres de lugares en la ciudad que pudieran relacionarse con llaves o cerraduras, visitando las famosas antiguas prisiones bajo el Palacio Ducal, la residencia del gobernante de la antigua República Veneciana, en la Plaza de San Marcos, e interrogando a guías de museos sobre cualquier lugar simbólico en Venecia que pudiera relacionarse con llaves o cerraduras. Pero hasta ahora no habían encontrado nada.

Después de casi dos semanas de búsqueda infructuosa, se preguntaba si todo esto era una elaborada broma. Tal vez alguien estaba jugando con ella después de sus recientes éxitos públicos. No se lo había dicho a Nick, pero una parte de ella estaba considerando abandonar la búsqueda. No podían quedarse en Venecia para siempre; la unidad los necesitaría de vuelta pronto.

—Puedo oír tus pensamientos, West —dijo Nick suavemente, girándola para que lo mirara—. ¿Qué sucede?

Adrian sonrió. Su compañero la conocía demasiado bien. Se acercó para darle un suave beso en los labios, feliz de poder expresar abiertamente sus sentimientos por él. Ella y Nick siempre habían compartido una profunda amistad que bordeaba lo romántico cuando eran compañeros durante su etapa inicial en el buró. Cuando se reconectaron después de que Adrian regresara a las fuerzas del orden, fue como si esa amistad se hubiera incendiado. Una ardiente atracción vibraba entre ellos como una corriente, una atracción que no habían llevado a la acción hasta su caso más reciente. Su relación romántica aún era nueva, y Adrian se sentía aliviada por la facilidad con que habían hecho la transición de amigos a amantes.

—Estoy pensando que todo esto parece un callejón sin salida. ¿Crees que deberíamos regresar a DC? —preguntó.

—Eso lo dejo a tu criterio —respondió Nick tras una breve pausa —. Pero creo que alguien te dejó esa nota por alguna razón.

Adrian asintió, aunque la frustración la invadía. Él tenía razón... ella simplemente no sabía dónde más buscar.

Nick tiró de su mano, conduciéndola lejos de su lugar con vistas al Gran Canal y de vuelta a través de la bulliciosa Plaza de San Marcos, donde se había reunido una multitud para contemplar la puesta de sol, en dirección a su hotel.

Venecia tenía muchos apodos debido a su belleza única y su gloriosa historia como protagonista importante en el escenario mundial, desde La Serenissima*,* la más serena, hasta Reina del Adriático. También estaba la Ciudad Flotante, un homenaje a las múltiples islas que componían la ciudad, y Ciudad de las Máscaras, por la variedad de máscaras que aparecían durante la celebración anual del carnaval.

El apodo personal de Adrian para Venecia era la Ciudad Atemporal, porque había algo intemporal en ella. Cada vez que visitaba Venecia, sentía como si fuera transportada a través del tiempo. La mayoría de las calles y edificios habían permanecido iguales después de siglos, y la ausencia de automóviles realmente la hacía sentir como si estuviera en el pasado. Había algo casi sobrenatural en la miríada de canales que serpenteaban por la ciudad como una intrincada telaraña, conectando los *sestieri* —distritos— y varias plazas históricas.

Su hotel estaba en la parte más meridional del sestiere de Cannaregio, uno de los distritos más grandes que bullía tanto de turistas como de lugareños. Estaba salpicado de multitud de lugares de interés que incluían *palazzos* de la Edad de Oro de la ciudad y una miríada de iglesias medievales. A medida que se acercaban a su hotel, un antiguo palazzo que había pertenecido a una adinerada familia veneciana, Adrian disminuyó el paso, notando a un hombre que rondaba frente a él. Estaba extrañamente concentrado en el tercer piso, el mismo piso en el que ella y Nick se alojaban.

Aunque todavía estaban a cierta distancia, y solo podía distinguir una figura alta y pelo oscuro... había algo familiar en él. Algo que no podía ubicar, pero la sensación hizo que se le erizaran los pelos de la

nuca. Sin pensarlo, Adrian soltó la mano de Nick y aceleró el paso, acercándose al hombre.

Pero el hombre rápidamente se dio la vuelta y se alejó, desapareciendo entre una multitud de turistas que se acercaban. El instinto hizo que Adrian convirtiera su paso en un trote, ignorando las miradas molestas de los turistas mientras maniobraba alrededor de ellos para seguir al hombre. Más adelante, lo vio desviarse de la multitud y girar abruptamente hacia una *callette* —un pequeño callejón veneciano.

La multitud de turistas parecía hacerse más densa, y tuvo que abrirse paso entre ellos hasta que la multitud se diluyó. Solo entonces pudo girar hacia la callette.

A pesar del bullicio de turistas que llenaba la mayoría de las calles de Venecia, esta callette estaba vacía, las puertas traseras de los edificios que la bordeaban cerradas, las ventanas clausuradas... aunque juró sentir ojos sobre ella. Nick se unió a ella mientras se aventuraba más por la callette, pero no había señal del misterioso hombre —ni de nadie más. Simplemente terminaba en un callejón sin salida.

Otra ola de frustración la invadió. Probablemente solo era un turista, o incluso un local. Echando un último vistazo alrededor, ella y Nick salieron de la callette.

—Creí ver a alguien —dijo Adrian, respondiendo a su pregunta silenciosa. La vergüenza la invadió. ¿Estaba tan desesperada que ahora seguía a personas al azar con la esperanza de encontrar alguna conexión?

—Yo también lo vi —la tranquilizó Nick, estirándose para apretar su mano—. No te has vuelto completamente loca.

—Solo un poco —respondió Adrian, sonriendo.

—Vale. Un poquito.

Cuando ella y Nick estaban a punto de entrar en su hotel, un joven que no podía tener más de diecinueve años tropezó con ella. Murmuró una disculpa en italiano antes de desaparecer por la siguiente esquina.

Solo cuando estuvieron en la seguridad de su habitación, Adrian metió la mano en su bolsillo, sacando el folleto que el chico había

deslizado sutilmente allí. Había sentido instantáneamente que él ponía algo en su bolsillo, pero mantuvo su expresión neutral en caso de que estuvieran siendo seguidos.

—Qué sutil —dijo Nick con un bufido molesto, mientras Adrian desplegaba el folleto, un folleto de pizza.

—Esto no es solo un folleto —murmuró Adrian, sosteniéndolo en alto.

En la parte inferior, garabateada en tinta negra oscura, había una serie de letras.

OAAICASURGMRTONNIOIAANDUSTORATT

ENCTNANIAGDSAPPAOSRELORNT

DOS

Conferencia Internacional para la Biología Sintética
Ginebra, Suiza
8:15 P.M.

—A medida que avanzamos hacia el futuro, el campo de la biología sintética se expandirá. Podemos utilizar la modernidad de la tecnología junto con los fundamentos más básicos de la vida biológica ancestral para que trabajen en conjunto en lugar de una contra la otra. Y a medida que las herramientas de inteligencia artificial se intensifiquen, el campo solo se fortalecerá, beneficiándonos a todos. Y es por eso que este campo, nuestro campo, es el futuro.

La doctora Vittoria Trivisana dio un paso atrás desde el podio al concluir su discurso, manteniendo la sonrisa fija en su rostro mientras los cientos de asistentes reunidos en el auditorio le brindaban un aplauso atronador. Se dispuso a abandonar el escenario, ofreciendo una sonrisa cortés al siguiente orador que se acercaba al podio, aunque esta se desvaneció cuando su guardaespaldas, Isabella, se aproximó.

No muchos científicos tenían guardaespaldas, pero la riqueza de su familia la había convertido en un objetivo desde que era niña. Cuando era más joven, había fantaseado con poder moverse sin el ojo vigilante del servicio de seguridad personal de su familia. Esa

había sido su intención cuando inicialmente se había adentrado en el campo de la biología sintética, vivir su vida en sus propios términos como científica sin la presión del apellido Trivisana.

Todo eso había cambiado hace varios años. Todo había cambiado hace varios años. Ahora necesitaba guardaespaldas, y no solo por su riqueza. Desde que había tomado aquella fatídica decisión de asumir la causa oculta de su familia, los guardaespaldas se habían vuelto una necesidad. Isabella era una colaboradora de confianza que sabía todo sobre ella y la organización a la que ambas pertenecían. Con su estatura de casi un metro ochenta y su constitución delgada y musculosa, Isabella era una figura intimidante tanto para hombres como para mujeres.

La expresión de Isabella era sombría, y el corazón de Vittoria se llenó de temor.

—¿Qué sucede? —preguntó Vittoria, tensa.

Isabella la tomó del brazo, alejándola de la pequeña multitud reunida tras bastidores.

—Es Adrian West —dijo, en voz baja, una vez que estuvieron lejos de los demás—. Ha sido vista en Venecia. Nuestra asociada cree que ha estado allí por algún tiempo.

Vittoria se tensó. Ella y sus otros colegas estaban muy al tanto de Adrian West. El caso más reciente de West la había puesto en su radar.

Un escalofrío recorrió su columna. ¿Acaso West conocía de alguna manera sus planes? ¿Cómo podría saberlo, si fuera así? ¿Habría habido una filtración?

—Gracias —dijo Vittoria, forzando una calma en su voz que no sentía—. Mantenla vigilada. Informaré a los demás.

Vittoria quería dirigirse a Venecia inmediatamente, pero debía mantener las apariencias. Había un evento de cócteles al que asistir después de los discursos y colegas con quienes socializar.

Se alejó de Isabella, aunque podía sentir la mirada vigilante de su guardaespaldas sobre ella mientras se mezclaba obedientemente, forzándose a conversar y reír con sus colegas. Era importante que mantuviera las apariencias, para ocultar su verdadera causa.

Pero todo el tiempo su mente estaba en los planes de ella y sus asociados... y en la misteriosa presencia de Adrian West en Venecia.

Cuando Vittoria finalmente pudo marcharse, con Isabella siguiéndola, sacó su teléfono y envió un mensaje encriptado a los demás.

Adrian West está en Venecia.

Necesitamos hablar.

Venecia, Italia
8:22 P.M.

Adrian estudió la serie de letras en la parte inferior del folleto. Probablemente era otro anagrama.

—¿Es tan difícil para esta persona simplemente decirnos lo que quieren sin códigos o anagramas? —murmuró Nick, soltando una maldición frustrada.

Adrian le ofreció una sonrisa, colocando el folleto sobre el escritorio. —Bueno, esperemos que este sea fácil de descifrar.

Adrian y Nick se pusieron manos a la obra y trabajaron durante un par de horas, utilizando diferentes combinaciones de letras y palabras, incluso usando descifradores de anagramas en línea, pero no surgió nada comprensible.

—Mi cerebro está frito, y supongo que el tuyo también —dijo Nick alrededor de la medianoche, frotándose los ojos—. Necesitamos descansar.

—Voy a seguir un poco más —murmuró Adrian, anotando otra combinación de palabras. Podía sentir los ojos de Nick sobre ella; él sabía cuándo entraba en modo obsesivo, había ocurrido muchas veces durante su trabajo conjunto como compañeros en sus primeros días en la agencia, y había aprendido por las malas a elegir sus batallas.

Adrian siguió trabajando hasta que pasó otra hora, y pudo escuchar los suaves ronquidos de Nick. Frustrada, se recostó en su silla, frotándose los ojos. El cansancio se apoderaba de ella, afectando su capacidad de pensar.

Adrian se levantó y se acercó a la ventana, mirando hacia las calles empedradas de abajo, que ahora estaban casi vacías excepto por algún turista perdido tambaleándose de regreso al hotel. Necesitaba dormir para ayudar a su concentración, pero su mente seguía dando vueltas. ¿Quién era este misterioso remitente? ¿Habría sido después de todo aquel hombre de antes? ¿Qué quería de ella? ¿Qué significaban estos mensajes?

Adrian sacudió la cabeza como para aclararla. Nick tenía razón. Dormiría y luego volvería a intentarlo por la mañana.

Se dirigió al baño después de cambiarse a su pijama, y mientras ponía pasta de dientes en su cepillo, se quedó paralizada.

Cerrando los ojos, soltó una maldición. ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

Salió apresuradamente del baño, dirigiéndose al bloc de notas que había dejado en el escritorio. Arrancó una nueva hoja de papel, elaborando varios patrones de palabras más. Mientras lo hacía, emergió un patrón claro.

Adrian siguió trabajando, ahora impulsada por la adrenalina, hasta que finalmente descifró el mensaje.

—Vale —dijo Nick, haciéndola saltar. Ella levantó la mirada. Había estado tan concentrada en su trabajo que no había notado que el cielo comenzaba a iluminarse afuera. Él estaba sentado en la cama, frotándose el sueño de los ojos mientras le lanzaba una mirada de reproche.

—Adrian...

—He descifrado el mensaje —lo interrumpió—. Debería haberlo visto antes. Nos habría ahorrado mucho tiempo. El mensaje no está en inglés, está en italiano. La gran cantidad de vocales, algo mucho más común en italiano que en inglés —dijo, irritada consigo misma. De los idiomas que hablaba, el italiano era el más rico en vocales, el más cercano de las lenguas romances a sus orígenes latinos—. *Ci*

incontriamo a Ragusa presso il santo patrono. Attenti stanno guardano.

Nick también hablaba italiano, pero la emoción de Adrian la impulsó a traducir. —Nos encontramos en Ragusa junto al santo patrón. Cuidado, están vigilando.

TRES

—¿Ragusa? —repitió Nick tras una breve pausa—. ¿Están vigilando? ¿Quiénes son?

—Buena pregunta —dijo Adrian con gravedad, mirando el mensaje que había descifrado.

Ragusa le sonaba vagamente familiar, pero no sabía por qué. Sacó su teléfono, buscó la palabra en Internet y obtuvo inmediatamente la respuesta.

—Dubrovnik. En Croacia —dijo—. Ragusa fue su nombre durante bastante tiempo.

—¿Así que ahora el misterioso remitente quiere que vayamos a Dubrovnik? —preguntó Nick con cautela, soltando un suspiro.

Adrian miró la nota, comprendiendo su recelo. El primer anagrama que había recibido los había enviado aquí, y no habían encontrado ni una pista de quién los había enviado o por qué. Ahora esta misma persona —y asumía que era la misma— quería que fueran a Croacia. La duda le recorrió la columna vertebral y se preguntó de nuevo si se trataba de alguna broma elaborada. ¿Por qué el remitente no se había mostrado ya? ¿Por qué tomarse la molestia de enviarles otro mensaje para ir a otro lugar?

De repente le vino un pensamiento.

—Ese hombre que vimos ayer —dijo Adrian, recordando al misterioso hombre al que habían perseguido fuera del hotel—. Puede que fuera el remitente después de todo.

—Quizás vio que alguien nos estaba vigilando —sugirió Nick—. Sigo deseando que simplemente se acerque a nosotros directamente y nos diga qué demonios está pasando.

—Lo sé. Pero como dijiste, tiene que haber una razón por la que está siendo tan cauteloso —echó un vistazo a su teléfono, donde había abierto un mapa de Croacia—. Dubrovnik está a un vuelo corto de aquí. Nick... no tienes que venir —añadió rápidamente—. Estos mensajes son para mí. Ya has hecho más que suficiente. Y si todo esto es para...

—Oye —la interrumpió Nick, mirándola con firmeza—. Somos un equipo. Compañeros en más de un sentido. Lo sabes. Donde tú vayas, voy yo.

Adrian sonrió, sintiendo una calidez que la invadía. Había hecho la sugerencia sabiendo que él nunca la dejaría manejar esto sola, pero sus palabras la conmovieron de todos modos.

—¿Te estás poniendo romántico conmigo, Nick Harper?

—Solo por ti, West —respondió él, con una sonrisa en los labios. Miró de nuevo el folleto, con un tono más serio—. Solo me pregunto... ¿por qué Dubrovnik?

—No lo sé —dijo Adrian lentamente—. Sé que Dubrovnik fue una vez colonia de la República Veneciana cuando era una poderosa ciudad-estado, así que hay una conexión.

—El mensaje también menciona reunirse en un santo patrón. ¿A qué crees que se refiere?

—Tiene que ser algún tipo de punto de referencia que nos indique dónde ir. Supongo que un santo patrón de la ciudad —dijo.

Se trasladaron al portátil de Adrian e hicieron una rápida búsqueda en internet, descubriendo que el santo patrón de Dubrovnik era San Blas, quien en el siglo X había rescatado a los ciudadanos de Dubrovnik de, irónicamente, los venecianos invasores.

—Está la Iglesia de San Blas —dijo Nick, leyendo por encima de su hombro mientras ella consultaba una lista de lugares relacionados con el santo patrón—. Parece ser una importante atracción turística. Lo que significa multitudes. Lo que significa...

—Más fácil pasar desapercibido —murmuró Adrian—. Más fácil encontrarse con alguien allí y perderse entre la multitud si nos están

vigilando.

Adrian se giró, encontrándose con la mirada de Nick. Por primera vez en semanas, tenían una pista sólida. Aun así, el nerviosismo la invadió. Su instinto le decía que el tiempo era crucial para descubrir por qué el remitente se había puesto en contacto con ella, y se les estaba acabando.

CUATRO

Instituto Vrânceanu de Arqueología Histórica
Bucarest, Rumanía
11:30 A.M.

La doctora Polina Lysenko tarareaba al ritmo de la canción pop que sonaba en sus auriculares mientras examinaba en su portátil los datos de secuenciación genética extraídos de una muestra ósea. El laboratorio a su alrededor estaba prácticamente vacío. La mayoría de sus colegas se encontraban en trabajo de campo y Polina estaba feliz de tener el laboratorio para ella sola. Aunque era necesario en su línea de trabajo, no le entusiasmaba el trabajo de campo, prefiriendo pasar su tiempo en el laboratorio para analizar y estudiar muestras por su cuenta.

Como paleopatóloga, examinar reliquias del pasado antiguo era su actividad favorita, por extraño que pareciera. Desde que era niña, el pasado —y los huesos— la habían fascinado, algo que inicialmente había preocupado a sus tradicionales padres rumanos. Probablemente esperaban que fuera solo una rareza infantil, pero Polina había convertido el estudio de huesos y patógenos antiguos en el trabajo de su vida, estudiando bioarqueología en la Universidad de Bucarest y obteniendo su doctorado en antropología en Oxford.

Anotaba datos sobre las muestras en su tableta, pasando a la siguiente pantalla para examinar la siguiente muestra. Hasta ahora

había sido un trabajo rutinario, con todas las muestras conteniendo exactamente el mismo material genético, facilitando su labor. Movía los pies al ritmo de la música mientras estudiaba la muestra, preparada para anotar las mismas observaciones.

Excepto que... esta muestra era diferente. Presentaba una firma genética ligeramente distinta. La estudió durante mucho tiempo, como si fuera a cobrar sentido por sí sola. Pero no cambiaba. Esta muestra definitivamente era diferente a todas las demás.

Frunciendo el ceño, tomó nota de esto, revisando las muestras hasta encontrar otra que mostraba la misma firma diferente. Y otra más. Otra. *Otra más.*

Polina se quitó los auriculares, tamborileando con los dedos sobre el escritorio. Estas muestras fueron recolectadas de huesos encontrados en una fosa común del siglo XIV en las afueras de Feodosia, en la península de Crimea. ¿Quizás el equipo de extracción había intercambiado accidentalmente algunas de las muestras óseas? Giró en su silla para mirar hacia la oficina de su jefe, que podía ver a través de las ventanas de cristal del laboratorio. La puerta de Mikhail estaba abierta, y él estaba concentrado en su portátil, con el ceño fruncido.

Pareció sentir su mirada y levantó la vista, dedicándole una sonrisa decididamente lasciva. Irritada, Polina desvió la mirada. Mikhail no había tenido reparos en dejar claro su interés por ella, y Polina había evitado deliberadamente quedarse a solas con él. Pero esto era importante y necesitaba discutir sus hallazgos con él.

Suspirando profundamente, se levantó y se dirigió a su oficina. Mikhail se reclinó en su silla, prácticamente relamiéndose. Polina se obligó a no poner los ojos en blanco.

—Doctora Lysenko —ronroneó—. ¿En qué puedo ayudarla?

—He estado estudiando las muestras óseas del hallazgo de Feodosia, y hay algo extraño. Algunas son genéticamente diferentes de las otras. ¿Es posible que las muestras se hayan mezclado de alguna manera?

Su mirada lasciva se disipó inmediatamente, y se enderezó, estudiándola con urgencia. —¿En qué se diferencian?

—Parecen ser cepas completamente diferentes del mismo patógeno, pero eso no debería ser posible. La datación confirmó que todas las personas enterradas en el sitio fueron sepultadas al mismo tiempo en el mismo lugar, entonces, ¿por qué habría cepas diferentes?

Mikhail permaneció en silencio durante varios momentos largos, sin mirarla mientras parecía considerar algo.

—Sí, parece que puede haber habido un error. Quizás alguna contaminación. Pero por si acaso, las revisaré con el doctor Ilieș para un examen más detallado.

Ahora fue el turno de Polina de ponerse tensa. Ella y el doctor Florin Ilieș eran colegas del mismo nivel con la misma experiencia, aunque Florin actuaba como si tuviera décadas de experiencia más que ella. —¿Está seguro? Yo puedo encargarme... —comenzó.

—Sí —dijo él secamente—. Envíe sus datos al doctor Ilieș inmediatamente. Usted puede encargarse de las muestras que acaban de llegar de la universidad.

Polina frunció el ceño. Se sentía como si la estuvieran castigando por su descubrimiento. La expresión de Mikhail ahora era dura, como desafiándola a contradecirlo.

Ella le dio un rígido asentimiento y salió de su oficina, aunque la inquietud se deslizaba por su columna vertebral.

Algo no estaba bien.

Dubrovnik, Croacia
2:07 P.M.

Dubrovnik, situada en la costa suroeste de Croacia a orillas del mar Adriático, era una ciudad con una historia antigua y variada. Fundada en el siglo VII por refugiados de colonias griegas cercanas, eventualmente floreció bajo el Imperio Bizantino antes de pasar al control de la República de Venecia. A lo largo de los siglos, dada su posición estratégica, fue gobernada por otras grandes potencias de

sus respectivas épocas, desde los franceses hasta los imperios de los Habsburgo.

Adrian y Nick habían llegado a Dubrovnik después de un corto vuelo desde Venecia, asegurándose de que nadie les siguiera, registrándose en su hotel bajo nombres falsos. Se dirigían desde su hotel, ubicado justo al norte del Casco Antiguo, hacia la Iglesia de San Blas.

A medida que se acercaban a la iglesia, Adrian supo que su instinto sobre por qué el remitente les había enviado allí era correcto. Multitudes de turistas llenaban la plaza que rodeaba la iglesia; era muy fácil pasar desapercibido aquí.

Su mirada se posó en la iglesia, observando su arquitectura barroca. Construida sobre los restos de una iglesia medieval más antigua y dañada en el siglo XVIII, la propia iglesia tenía un vínculo con Venecia. El arquitecto, un artista veneciano llamado Marino Gropelli, la había modelado según la iglesia de San Maurizio en Venecia, que Adrian y Nick habían visitado durante su estancia en la ciudad. Se preguntó si el remitente les había enviado aquí teniendo en cuenta este vínculo.

Encontraron un rincón escondido en la sección suroeste de la iglesia, fingiendo consultar las guías turísticas que habían recogido en el aeropuerto, intentando parecer turistas. Hicieron esto durante un tiempo, revisando sutilmente a la multitud a su alrededor, pero nadie parecía prestarles especial atención. Incluso cambiaron de ubicación varias veces, rodeando gradualmente toda la iglesia y continuando vigilando sus alrededores.

Después de dos horas así, Adrian temía que estuvieran en el lugar equivocado. Pensó en el mensaje que les había enviado allí. *Nos encontramos en Ragusa junto al santo patrón. Cuidado, están vigilando.* El mensaje había sido claro: el santo patrón. Pero había muchas estatuas del santo patrón en Dubrovnik.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —preguntó Nick.

—Sí. Probablemente estemos en el lugar equivocado —respondió con un profundo suspiro—. Necesitamos considerar otros lugares.

—Hay otro sitio cercano que podemos probar —dijo Nick, entregándole su guía y señalando un pasaje—. La Puerta de Ploče.

Ahí hay otra estatua del santo patrón.

Adrian dudó, mirando alrededor. ¿Y si estaban en el lugar correcto y se iban justo cuando llegaba el remitente? —Quizás debería ir yo, y tú...

—No —interrumpió Nick con el ceño fruncido—. No intento hacer de novio protector, pero no sabemos nada sobre esta persona. ¿Y si es una trampa? Es mejor que vayamos los dos.

—Eso *sí* es hacer de novio protector —replicó Adrian, sonriendo, pero levantó las manos en señal de conformidad—. Pero no voy a discutir contigo.

Echaron un último vistazo antes de abandonar la iglesia, abriéndose paso entre las multitudes de turistas hacia la entrada del Casco Antiguo, donde se encontraba la Puerta de Ploče.

Construida durante el siglo XIV, la Puerta de Ploče consistía en un puente con una balaustrada de piedra que llevaba a la Plaza de Luža, una de las plazas más populares de Dubrovnik. La estatua de San Blas estaba justo encima de la entrada. Otra fortaleza protectora, la Fortaleza Revelin, formaba parte de la entrada de la Puerta de Ploče, proporcionando otra capa de protección tanto a Dubrovnik como a su puerto.

Ella y Nick encontraron otro rincón, nuevamente fingiendo consultar sus guías mientras observaban las multitudes de turistas y locales que deambulaban por las puertas y sus alrededores.

Pasó una hora, y el estómago de Adrian gruñó en protesta; apenas había comido durante su día de viaje. La frustración comenzó a aumentar, y se preguntó de nuevo si todo esto era en vano. ¿Habían llegado al lugar correcto? ¿Estaban siquiera en la ciudad correcta? ¿Y si esto era en realidad una elaborada broma? Su frustración estaba en su punto más alto cuando vio a un hombre emergiendo de las sombras de la puerta frente a ellos.

Adrian se quedó inmóvil mientras él se acercaba. La sangre se le drenó del rostro cuando llegó a una distancia reconocible. Podía sentir su corazón latiendo en sus oídos, y el mundo a su alrededor pareció desvanecerse.

El hombre que se acercaba a ella era un muerto viviente.

El cabello oscuro que una vez le había sido tan familiar ahora era mayormente gris. Los ojos marrones, antes cálidos, ahora estaban ensombrecidos y atormentados.

El hombre era su padre.

Un torrente de emociones inundó su cuerpo mientras se tambaleaba, y el suelo se precipitó hacia ella.

CINCO

Alexandria, Virginia
4:15 P.M.

Cora West tenía la inquietante sensación de que alguien la estaba siguiendo.

Esa sensación había persistido mientras realizaba sus recados del día, yendo al supermercado y luego al banco, una punzada de inquietud que la perseguía. Cuando regresó a casa y estacionó su coche en la entrada, su corazón latía con fuerza, y escudriñó el espejo retrovisor por lo que parecía la millonésima vez ese día. Pero aparte de algún coche que pasaba ocasionalmente y una joven paseando a su perro, no había nadie.

Cora exhaló profundamente. *Contrólate.* Su hija, Adrian, estaría orgullosa de su estado de alerta. Los años de Adrian en las fuerzas del orden le habían enseñado que nunca se podía ser demasiado cautelosa. Pero Adrian también era excesivamente precavida debido a lo que le había sucedido a su padre.

Al pensar en Robert, una esquirla de dolor atravesó el pecho de Cora. Cerró los ojos por un momento, exhalando otra vez antes de bajarse del coche para coger las compras. Simplemente estaba nerviosa por la preocupación que sentía ahora por Adrian, que había regresado oficialmente al FBI.

Su valiente y aventurera hija acababa de regresar a Estados Unidos antes de marcharse nuevamente, esta vez de vacaciones a Venecia con su compañero convertido en novio, Nick Harper. Los labios de Cora se curvaron en una sonrisa al pensar en Adrian y Nick. Siempre había notado la conexión que vibraba entre ellos. Se alegraba de que ellos también lo hubieran visto por fin. Además, adoraba a Nick. Sabía que él amaba a Adrian y cuidaría bien de ella. Juntos, le darían adorables nietos, algo que había insinuado más de una vez, causando infinita molestia a su hija.

Cora se rio para sí misma, tratando de imaginar a Adrian como una madre de barrio residencial, una visión tan ridícula que tuvo que sacudir la cabeza. Sintiéndose más relajada ahora, abrió la puerta principal y entró, dejando las bolsas de la compra en la encimera de la cocina. Con Adrian en mente, sacó su teléfono y envió un mensaje rápido a su niña, que odiaba que la llamara así.

Espero que tú y Nick estéis disfrutando de Venecia. Quiero fotos CUANTO ANTES.

Justo cuando dejaba el teléfono, lo oyó.

Un suave clic. Venía de la sala, donde la puerta del patio daba al jardín trasero.

El corazón de Cora le subió a la garganta. Recordó lo que Adrian le había dicho una vez. *Si alguna vez piensas que hay un intruso en la casa, sal primero, pide ayuda después.*

Ya estaba corriendo desde la cocina hacia la puerta principal cuando un cuerpo masculino y duro se estrelló contra ella por detrás, tapándole la boca con una mano firme.

Dubrovnik, Croacia
8:52 P.M.

Robert West se cernía sobre Adrian, sus ojos recorriendo su forma inmóvil con preocupación.

Después de que ella se desplomara al verlo, Nick Harper se había apresurado hacia adelante, tomándola en sus brazos, exigiendo saber quién demonios era él.

—Soy su padre —había dicho simplemente. Nick había palidecido, pero volvió a centrarse en Adrian.

—Necesitamos sacarla de la calle —había murmurado—. Y luego tienes que dar muchas explicaciones.

La habían llevado de vuelta a su hotel en un taxi, y ahora Nick estaba sentado junto a ella mientras yacía en la cama, sosteniendo su mano entre las suyas.

—¿No había alguna manera de decirle que seguías vivo de forma diferente, menos críptica? Ya sabes, una que no nos hiciera correr por todo el mundo y luego provocar que se desmayara —exigió Nick, mirándolo fulminantemente.

La vergüenza y la culpa invadieron a Robert. Había repasado un millón de veces cómo se acercaría a ella, pero no parecía haber una forma correcta de hacerlo. De todas maneras, sabía que la mejor manera sería en persona... de lo contrario, simplemente no lo creería. Y las notas eran necesarias. No sabía con qué atención la estaban vigilando.

Ella no sabía en cuánto peligro se encontraba.

Abrió la boca para hablar, pero Nick levantó la mano, frunciendo el ceño. —Guarda las explicaciones para tu hija.

Robert asintió, volviendo la mirada al rostro de Adrian. Aunque la había observado desde lejos a lo largo de los años, seguía siendo surrealista verla de cerca, y su garganta se obstruyó con la emoción. Se había convertido en una mujer hermosa y era la viva imagen de su madre, Cora. Había sido casi imposible mantenerse alejado de ambas, dejar que creyeran que se había ido para siempre, pero había hecho lo necesario para mantenerlas a salvo y vivas.

Pronto, Adrian se agitó, y Nick le sonrió con alivio.

—No te tomaba por el tipo de damisela que se desmaya, West —dijo Nick, apretando su mano. Adrian le devolvió la sonrisa aturdida,

pero esta vaciló cuando su mirada se desplazó hacia Robert. El recuerdo de verlo pareció golpearla, y palideció.

Intentó ponerse de pie, pero Nick extendió la mano para detenerla. —Tranquila, soldado —dijo suavemente—. Todavía estás en shock.

La mirada de Adrian permaneció fija en Robert, su rostro una tormenta de emociones: incredulidad, ira, miedo, alivio. Su mirada recorrió sus facciones; estaba asimilando cada detalle de su rostro, el rostro que no había visto durante más de una década, uno que ella sabía que nunca pensó volver a ver.

Se tambaleó hasta ponerse de pie, ignorando la mano de Nick que intentaba retenerla por el brazo, su voz temblorosa.

—Explícalo. —Su voz terminó en un sollozo estrangulado, entre el dolor y la rabia—. Explícalo. *Ahora mismo.*

SEIS

Hace diez años

Todo comenzó con el suicidio de Niles Harrington.

Niles había sido uno de los amigos más cercanos de Robert; era como un hermano para él. Al igual que Robert, era profesor con un doctorado en lenguas antiguas, que era la pasión de su vida. Se conocieron durante sus años de pregrado en Harvard y mantuvieron el contacto mucho después de graduarse, aunque vivían en diferentes ciudades y enseñaban en distintas universidades—Niles en Harvard, Robert en Georgetown. Niles era soltero de por vida; una vez le dijo a Robert que una pareja solo obstaculizaría sus actividades académicas. Debido a la preferencia de Niles por la soledad, Robert era su amigo más cercano y, por lo tanto, su contacto de emergencia.

Y así, fue a Robert a quien la policía notificó cuando Niles fue encontrado muerto por suicidio en su casa en Cambridge.

Tan pronto como la policía le informó la causa de la muerte, Robert supo que algo andaba mal. Niles no tenía antecedentes de depresión ni ninguna enfermedad mental, ni tampoco estaba en apuros económicos. Ni siquiera necesitaba trabajar como profesor ya que había heredado dinero de su familia; trabajaba puramente por placer.

En el momento de la muerte de Niles, estaba en la cima de su carrera profesional, acababa de obtener la titularidad y había sido preseleccionado para la Medalla Neil y Saras Smith por sus logros en el campo de la lingüística. La esposa de Robert, Cora, y otros amigos suyos le aseguraron que nadie podía ver realmente las señales, pero Robert no estaba convencido. Creía firmemente que su animado y apasionado mejor amigo no se había quitado la vida.

En las semanas posteriores a la muerte de Niles, realizó su propia investigación, sin decirle a nadie lo que estaba haciendo; no quería preocupar a su esposa ni a su hija, Adrian, que estaba en la universidad.

Las autoridades le habían entregado las pertenencias de Niles, incluido su portátil. Robert había pedido a un colega experto en tecnología de Georgetown que descubriera búsquedas en línea antiguas que Niles había intentado borrar.

Niles estaba investigando una sociedad secreta con orígenes que se remontaban a la época grecorromana, una que todavía existía hoy. Las notas de Niles consistían en varios asesinatos de alto perfil... todos suicidios. Un médico en Venecia, Italia. Un historiador en Asuán, Egipto. Un profesor en París, Francia. Niles parecía convencido de que esta sociedad tenía algo que ver con cada uno de estos suicidios, que él creía que eran, de hecho, asesinatos. Esto le heló la sangre a Robert. Si Niles tenía razón, las mismas personas habían llegado a él.

Después de examinar todas las notas de Niles, encontró la información de contacto de un hombre que supuestamente era ex miembro de esta organización, que solo se hacía llamar Caesar. Por algún milagro, el hombre misterioso accedió a hablar con Robert, ya que había sido una de las últimas personas con las que Niles había hablado antes de su muerte. Pero sus condiciones eran firmes. Robert tenía que ir a verlo donde vivía en Estambul, y no decirle a nadie el verdadero propósito de su visita.

Robert accedió, diciéndoles a Cora y Adrian que iba a Estambul para investigar un libro que estaba escribiendo sobre los orígenes de las lenguas protoindoeuropeas. Se sentía culpable por mentirles, pero su instinto le decía que era mejor mantenerlas al margen de

esto; las personas con las que estaba tratando eran peligrosas. Esto era algo que necesitaba hacer para llegar al fondo de lo que realmente le sucedió a Niles. Se lo debía al hombre que amaba como a un hermano.

Apenas durmió en el vuelo directo de DC a Estambul, con la anticipación nerviosa zumbando en sus venas, rezando por encontrar respuestas. Estaba nervioso cuando el avión aterrizó en el Aeropuerto Atatürk de Estambul a última hora de la tarde, y al salir de la terminal de llegadas, se le despertó la paranoia. Los pelos de la nuca se le erizaron; sentía como si cada transeúnte lo estuviera mirando. Agarrando el asa de su bolso, la ansiedad se arremolinaba en su estómago. Robert se dijo a sí mismo que solo estaba tenso. Solo necesitaba hablar con Caesar y obtener algunas respuestas.

Salió del área de llegadas internacionales, dirigiéndose al punto de encuentro justo fuera del estacionamiento donde Caesar iba a recogerlo. Su respiración se calmó cuando se acercó un sedán azul oscuro. *Por fin.*

El coche se detuvo, y la puerta trasera y el maletero se abrieron automáticamente. Robert cargó su maleta en el maletero y entró en el coche.

Sin embargo, tan pronto como la puerta se cerró detrás de él, supo que algo iba terriblemente mal.

Una elegante mujer de pelo oscuro de unos cincuenta años estaba sentada en el asiento trasero, dedicándole una sonrisa fría. A pesar de su aura de refinamiento, había algo peligroso en la forma en que lo miraba. Algo que lo inquietaba.

—Doctor West —dijo con frialdad, sus palabras moldeadas con un rico acento italiano—. Sé que tiene muchas preguntas. Pero nosotros también tenemos muchas para usted.

Robert se lamió los labios secos, su corazón martilleando con un pánico creciente. Puso su mano en la manija de la puerta del coche.

—¿Quién es usted? ¿Dónde está...?

Antes de que pudiera completar su frase, ella se acercó a él, clavándole algo en el costado del cuello, y su mundo se desvaneció en la oscuridad.

SIETE

Cuando Robert recobró el conocimiento, la misma mujer estaba frente a él. Se encontraba sentado en una silla, con las muñecas y las piernas atadas. Estaba en un estudio espacioso, repleto hasta el techo de estanterías desbordantes de libros, y las paredes salpicadas con pinturas de aspecto costoso. Las cortinas estaban cerradas, así que no podía ver dónde estaba, pero no escuchaba los sonidos de una ciudad bulliciosa al exterior. Había un silencio inquietante. Tenía la sensación de estar lejos de Estambul.

—Es usted un hombre afortunado —dijo la mujer. Le dirigía una sonrisa educada, aunque había algo cortante en ella, como un puñal que se hunde en la carne—. Por tener una esposa y una hija tan hermosas. Cora. Adrian. Mujeres tan encantadoras.

El terror inundó cada parte de su ser. Instintivamente, se sacudió contra sus ataduras. La sonrisa de la mujer desapareció, su expresión se endureció.

—Seré breve, ya que tenemos mucho trabajo por delante. Sé que ha estado investigándonos, sé lo que ha descubierto, y también sé que planea tontamente acudir a las autoridades. Mis colegas quieren que lo matemos, igual que a su molesto amigo Niles, pero creo que fueron demasiado precipitados. Podríamos haber utilizado su experiencia. Creo que usted también puede sernos útil, vivo, si toma la decisión correcta. Le haré una propuesta, y me dará una respuesta aquí y ahora.

Se giró cuando un hombre intimidante y de hombros anchos entró en la habitación, sosteniendo una pistola a su costado. Con calma, apuntó a la cabeza de Robert.

—Trabajará para nosotros —dijo la mujer—. Hará esto, o morirá ahora mismo. No solo eso, sino que su encantadora esposa e hija serán torturadas, muy a fondo, antes de que las matemos. Ha estado investigándonos; sabe de lo que somos capaces. Necesito su respuesta, Doctor West.

En su mente, vio la imagen del rostro de su esposa y su hija... su niña. Su corazón se encogió. No había elección aquí.

—Sí —susurró.

La mujer sonrió, sin parecer sorprendida, pero su expresión seguía siendo fría mientras continuaba—: Sé lo que está pensando. Tan pronto como bajemos la guardia, usted contactará a su familia, involucrará a las autoridades, se esconderá. Pero debe saber esto. Estamos *en todas partes*. No hay dónde esconderse de nosotros. No hay escapatoria. Si tan solo piensa en traicionarnos, lo sabré. Comenzaré con su hija, y quedará en pedazos cuando termine con ella. Haré que su esposa lo presencie. Su esposa será la siguiente. Esto no es un farol, Doctor West. Le aseguro que no me da ningún placer hacer tales amenazas. Solo quiero asegurarme de que nuestra asociación sea fructífera. ¿Lo entiende?

—Lo entiendo —dijo Robert con voz temblorosa—. ¿Puedo... es posible que me despida, para...?

—No —interrumpió la mujer—. A partir de este momento, usted está muerto para ellas. Está muerto, para que ellas puedan vivir.

Estás muerto, para que ellas puedan vivir.

Era una frase que Robert se repitió a sí mismo durante los siguientes días, semanas, meses... años. Resonaba en su mente mientras cambiaba su apariencia, afeitándose la cabeza y usando lentes de contacto, cambiando su nombre por la identidad falsa que le proporcionó la organización, que pronto supo se llamaba Dieci. Se la repetía mientras viajaba a partes remotas del globo, utilizando su experiencia en idiomas raros y antiguos para ayudar a Dieci a traducir varios escritos antiguos y descifrar códigos y cifrados, desde cartas encriptadas hasta marcas en templos ancestrales.

Logró echar vistazos fugaces a su esposa e hija con la ayuda de Oliver, un genio de la tecnología y amigo que hizo a través de Dieci, contemplando sus imágenes durante muchos días y noches solitarios, continuando repitiendo el mantra para sí mismo. *Estás muerto, para que ellas puedan vivir.* Oliver también le daba actualizaciones periódicas sobre ellas, contándole cómo Adrian se unió al FBI, lo que sabía, en su interior, estaba relacionado con él. Se preocupaba por ella, y se sintió aliviado cuando dejó la oficina para trabajar en el ámbito académico, siguiendo sus pasos al enseñar lingüística.

Oliver era un joven inglés de casi treinta años que se autodenominaba hacker profesional; se había involucrado en círculos ilegales relacionados con fraudes financieros y transacciones en el mercado negro. Dieci lo encontró a través de sus actividades en el mercado negro, obligándolo a usar sus habilidades para beneficio de la organización. Si se hubiera negado, lo habrían entregado a los varios gobiernos que lo buscaban por sus crímenes, además de los crímenes fabricados por Dieci que lo habrían mantenido en prisión por el resto de su vida.

—No quiero estar en deuda con ellos por el resto de mi vida, colega —le había dicho Oliver a Robert durante una de sus muchas sesiones de chat en línea.

Además de Oliver, Robert hizo otros dos amigos asociados con Dieci: Ivan y Erasmo. Ivan había trabajado en seguridad para un miembro, pero después de presenciar cómo ese miembro cometía un asesinato, intentó dejar la organización. Como con Robert, Dieci amenazó la vida de alguien que amaba como forma de hacerlo obedecer: su pequeño hijo Anton en Moscú.

En cuanto a Erasmo, él había sido un miembro de pleno derecho de Dieci. Tenía experiencia trabajando en inteligencia turca y era casi tan hábil técnicamente como Oliver. Sin embargo, cuando sospechó de sus planes destructivos, amenazó con acudir a las autoridades con lo que sabía. Mataron a su pareja como represalia, y Erasmo se escondió.

Los tres hombres formaron una hermandad, decididos a derribar a Dieci desde dentro. Robert sabía que tenía que destruir a Dieci. De

alguna manera. Adrian y Cora nunca estarían a salvo mientras existiera.

Acababan de comenzar a trabajar en su plan cuando escuchó susurros sobre el nombre de su hija entre los altos mandos de Dieci. Primero, estuvo el descubrimiento de Cleopatra. Y luego, sus actividades en Rusia, impidiendo que un arma peligrosa cayera en las manos equivocadas.

Pero fue su reciente descubrimiento de la ciudad perdida de la Atlántida lo que la puso en rumbo de colisión directa con Dieci. Después de derribar la rama griega de la organización, oficialmente tenía un blanco en la espalda. Oliver le advirtió que su hija ahora estaba en su radar; se estaba convirtiendo en algo más que una molestia, y planeaban sacarla de en medio.

Fue esto, y solo esto, lo que hizo actuar a Robert. Aceleró los planes que ya había hecho. Había asumido un riesgo significativo al dejar la nota para ella en su apartamento en DC, la nota que la condujo a Venecia.

Ahora, miraba el rostro pálido de su hija, obligándose a volver al presente. Como era de esperar, parecía completamente conmocionada por todo lo que le había contado.

—Todo lo que he hecho durante la última década ha sido por ti y por tu madre, cariño —murmuró, dirigiéndole una mirada implorante —. Y ahora voy a terminar con esto. Con todo.

OCHO

Actualidad
Dubrovnik, Croacia
10:07 P.M.

Adrian tomó un respiro entrecortado, tambaleándose ante el hecho de que su padre estaba vivo y todo lo que acababa de contarle.

—Sé que todo esto es mucho para asimilar, pero hay más —continuó su padre, tras una tensa pausa—. Salvar tu vida fue la razón principal por la que me acerqué a ti, pero también hay algo más. Los Dieci están planeando algo. Frustraste lo que su rama griega planeaba con la Atlántida, pero tienen un plan B. No sé qué es. Lo mantienen en secreto. Ollie solo ha podido contarme detalles escasos. Cree que podría ser otra arma, algo que puede causar víctimas masivas. Su palabra clave para ello es "llave".

—¿Es por eso que mencionaste una llave? ¿En la nota que dejaste en mi apartamento? —preguntó Adrian, recordando la carta que había iniciado todo esto, que la había llevado a Venecia en primer lugar. *La llave que buscas se encuentra dentro de la ciudad flotante.*

—Efectivamente. He tenido la palabra "llave" en la mente desde que supe que era su palabra clave para esta arma. La nota que te dejé... era muy parecida a las notas de búsqueda del tesoro que solía dejarte en tu cumpleaños —añadió Robert en voz baja.

La garganta de Adrian se tensó con emoción. Durante toda su infancia y adolescencia, su padre le dejaba cartas codificadas y cifrados para resolver y encontrar sus regalos de cumpleaños. Adrian había amado esa práctica, a menudo esperando con más ilusión resolver los acertijos que los propios regalos.

Su padre mantuvo su mirada por un momento, atrapados en este recuerdo compartido, antes de aclararse la garganta y desviar la mirada. —Sé que sea lo que sea que estén planeando hacer está vinculado a Venecia y también aquí, en Dubrovnik. Ollie me dijo que han encontrado algo aquí que les ayudará. Simplemente no sabe exactamente qué es.

Adrian pensó en esta organización, recordando el caso de la Atlántida y el arma enterrada con la Atlántida que la antigua sociedad secreta, Archaia Sofia, estaba buscando, que resultó ser el fuego griego.

Su objetivo era causar destrucción en forma de víctimas masivas para comenzar de nuevo. Había pensado —esperado— que con la muerte del líder y el procesamiento de muchos de sus otros miembros, esa amenaza particular había terminado. No había considerado la posibilidad de otras ramas vinculadas a Archaia Sofia... ramas activas. Pero la escenificación de suicidios le resultaba familiar por lo que sabía de Archaia Sofia. Era su modus operandi y cómo cometían asesinatos de alto perfil sin ser detectados. El temor se enroscó alrededor de su columna vertebral ante ese pensamiento.

—Quería hablar contigo en Venecia, pero tenían gente sobre el terreno allí, así que tuve que alejarte —estaba diciendo su padre, obligándola a volver al presente.

—¿Eras tú? ¿Fuera de nuestro hotel en Venecia? —preguntó Adrian, recordando al hombre de aspecto familiar que había visto.

—Sí. Le pagué a un joven para que chocara contigo y te diera ese folleto. Consideré acercarme a ti directamente, pero era demasiado arriesgado —confesó su padre—. Ahora que sabes lo que está pasando, quiero que tú —y tu madre— se escondan.

La preocupación la invadió al mencionar a su madre. Su madre le había enviado un mensaje de texto antes, pero Adrian aún no había respondido.

—Tengo a alguien vigilando a tu madre, tiene experiencia en seguridad y confío en él —la tranquilizó Robert—. Voy a hacer lo que pueda para detenerlos y finalmente acabar con ellos. Pero me sentiré mejor sabiendo que tú y tu madre están a salvo.

Nick soltó un bufido de incredulidad. —¿Quieres que Adrian se esconda? Realmente no conoces a tu hija.

—Sé lo capaz que eres —dijo Robert, dándole otra mirada suplicante—. Pero estas personas te quieren muerta. Sé de lo que son capaces, lo he visto de primera mano. Es mejor si...

—No —espetó Adrian—. Estoy de acuerdo contigo en poner a mamá a salvo, pero todo lo que acabas de describir... esto es lo que hago. Es por eso que volví a la agencia. No voy a huir y esconderme. Tú eres el que necesita esconderse. Puedo contactar a mi jefe en la agencia, hacer que ellos...

—No —dijo Robert enfáticamente—. Estaré muerto antes de subir al avión a donde sea que intenten esconderme. No me importa mi vida, me importan tú, tu madre y los millones de personas que estos monstruos están decididos a masacrar. No iré a ninguna parte hasta que los detenga.

—Soy una agente federal. Estoy entrenada. Puedo...

—He estado trabajando para esta organización durante años —replicó Robert bruscamente—. La conozco por dentro y por fuera. Soy el que...

—Como alguien que sabe lo arraigado que está el gen de la terquedad en la línea West —interrumpió Nick, levantando las manos —, voy a ahorrarnos a todos mucho tiempo. Vamos a trabajar juntos en esto. Nadie, excepto la madre de Adrian, se va a esconder.

Adrian fulminó con la mirada a su padre, una mirada que Robert le devolvió. Pero sabía que Nick tenía razón. Por mucho que quisiera poner a su padre fuera de peligro, probablemente era mejor que trabajaran juntos.

—Está bien —dijo entre dientes—. Ahora, sobre mamá. ¿Quién es esta persona que tienes vigilándola? ¿Adónde va a llevarla?

—Su nombre es Ivan Vasiliev. Trabaja en seguridad para la organización, pero lo están haciendo trabajar para ellos, igual que a mí, usando la vida de su hijo como incentivo. Es un buen hombre. Le

dije que no me dijera adónde la llevaría, solo que la sacara de Alexandria.

Adrian cerró los ojos, su mente daba vueltas, pero se obligó a concentrarse. —Necesitamos saber más sobre esta otra rama de Archaia Sofia. ¿Dices que se llaman a sí mismos los Dieci?

—Sí —confirmó su padre—. Al principio, solo informaba a la mujer que me tomó cautivo; solo la conocía como Valentina. Si no era ella, era uno de sus subordinados, y nunca trabajé bajo la misma persona más de una vez. Viví principalmente en Mestre, en las afueras de Venecia, en varios apartamentos pagados por los Dieci. Me trasladaban cada año más o menos. Cada vez que viajaba, uno o dos de sus hombres siempre me acompañaban para evitar cualquier intento de escape. Me vigilaban muy de cerca, incluso controlaban mi uso de internet. Solo fue a través de Ollie, que me configuró una VPN privada, que pude conectarme y hablar con él, Ivan y Erasmo. Aparte de eso... no sé mucho sobre su funcionamiento interno. Eran cuidadosos y reservados.

—Podemos contactar a Athena Karras para obtener más información —añadió Nick. Ella y Nick habían trabajado con Athena, entonces teniente de la Policía Helénica, durante su tiempo en el caso de la Atlántida. Desde entonces había sido ascendida a sargento y ahora estaba a cargo de la captura de los miembros restantes de Archaia Sofia.

Adrian asintió en señal de acuerdo. —Y necesitamos averiguar qué encontró esta organización aquí en Dubrovnik. ¿Tu contacto, Oliver, tiene información más específica sobre lo que podrían estar buscando? —le preguntó a su padre.

—No sabía más de lo que te he contado —dijo Robert con un suspiro de frustración—. Desde que supe que lo que buscan está centrado en Venecia, he estado leyendo sobre la historia de la ciudad. Una cosa que noté son los vínculos históricos de Dubrovnik con Venecia. Dada su ubicación, fue tanto enemiga como amiga de Venecia en varios momentos de la historia. Estuvieron las Guerras Véneto-Croatas, donde lucharon por el territorio del Adriático. Y luego durante el siglo XIII, fue gobernada por Venecia durante más de un siglo. También estaban vinculadas por el comercio.

—Debe haber algo más... algún descubrimiento reciente que vincule a las dos. Quizás algo que aún no se ha filtrado a la prensa —dijo Adrian lentamente—. Tengo contactos a los que puedo preguntar.

—Necesitas ser increíblemente discreta —advirtió Robert—. Esta gente tiene ojos en todas partes.

Alexandria, Virginia
4:57 P.M.

Cora flexionó sus manos esposadas, su pulso acelerándose con pánico.

Estaba sentada en el asiento del pasajero de un viejo Chevy destartalado conducido por su secuestrador, un hombre grande e imponente que continuamente lanzaba miradas tensas al espejo retrovisor mientras aceleraba por las calles. Estaba temblando y aterrorizada, parpadeando para contener las lágrimas.

Justo después de taparle la boca con la mano, la había arrastrado por la puerta trasera de su casa, sus forcejeos inútiles mientras luchaba contra su abrumadora fuerza.

Tan pronto como llegaron a su coche, estacionado en el callejón detrás de su casa, él aflojó su agarre para abrir la puerta. Cora había retorcido su cuerpo mientras estaba sujeta, abriendo la boca para gritar, pero se quedó rígida cuando sintió el cañón afilado de una pistola contra su columna vertebral.

—Yo no haría eso —había murmurado con un fuerte acento ruso.

Ahora, mientras se alejaban cada vez más de su casa, parte de la tensión parecía disiparse de su gran cuerpo. Mirando alrededor, se detuvo y estacionó en una calle lateral vacía. Se volvió para mirarla, con expresión grave.

—Voy a quitarle las esposas. Lamento haberlas usado, pero no teníamos tiempo. Los hombres que entraban a su casa nos habrían

matado. Le explicaré más, pero necesito su promesa de que no gritará ni huirá.

—N-no lo haré —mintió Cora. Iba a golpearlo en la entrepierna, tal como Adrian le había enseñado, luego correr y gritar como si su vida dependiera de ello.

Él debió haber visto la mentira en sus ojos, porque suspiró. —Necesito que me escuche muy atentamente —dijo, tras una larga pausa—. Conozco a su esposo.

Cora lo miró con incredulidad, su miedo reemplazado por rabia. —Mi esposo está muerto. Cómo te atreves...

—Mientras aún estaban saliendo, su esposo inventó un lenguaje secreto, algo que solo ustedes dos entendían. Lo usaron más en los años antes de que naciera Adrian, pero ninguno lo olvidó. Las primeras palabras en este lenguaje que él le dijo fueron, "*U Emet Dasre*". Me dijo que usted sabría lo que eso significaba.

Cora se quedó rígida, mirándolo con sorprendida incredulidad. Nadie más que ella y Robert conocían su lenguaje secreto, que Robert había llamado en broma "RobertandCoraLang". Recordaba claramente las primeras palabras en el lenguaje que le había dicho. *U Emet Dasre*.

Te amaré siempre.

Una nueva oleada de lágrimas le escoció los ojos. Estaba tan conmocionada por sus palabras que no hizo ningún intento de huir cuando él se acercó para quitarle las esposas. Cora se frotó las muñecas una vez que estuvieron libres, tambaleándose.

—Él me envió aquí porque usted está en peligro. Llegué justo a tiempo; si hubiera llegado cinco minutos más tarde, usted no estaría respirando ahora.

—N-no voy a tomar tu palabra por ello —dijo finalmente—. Si mi esposo está vivo, quiero hablar con él.

NUEVE

Dubrovnik, Croacia
10:31 P.M.

Desde la pantalla del portátil de Adrian, la sargento Athena Karras los miraba en un silencio atónito.

—Otra rama de Archaia Sophia —dijo finalmente, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. Debería haberlo imaginado.

Adrian mantuvo su mirada, ofreciendo a Athena un gesto sombrío. Después de que Adrian hubiera enviado un correo electrónico a sus contactos solicitando información sobre hallazgos arqueológicos recientes en Dubrovnik, ella y Nick habían contactado a Athena, poniéndola al tanto de lo que habían descubierto gracias al padre de Adrian.

—Lamento que hayamos tenido que soltarte esto así, sabiendo lo ocupada que debes estar —dijo Adrian—. Pero según nuestra fuente, esta otra rama está buscando activamente otra arma, y puede que estén cerca de encontrarla.

Adrian había optado por omitir el papel de su padre en todo esto, refiriéndose a él simplemente como su "fuente". Aunque confiaba en Athena, sabía que su padre era cauteloso respecto a que demasiadas personas conocieran su situación.

—¿Qué has averiguado de otros miembros que has detenido? —preguntó Nick a Athena.

—Bueno, muchos desconocían los verdaderos planes de Stephanos. Solo querían las riquezas asociadas con la Atlántida. Nadie de los que he entrevistado mencionó otra rama actual, solo la centrada en Atenas, aunque hay miembros por todo el mundo.

—¿Qué hay de la historia de Archaia Sophia? —insistió Adrian—. ¿Existieron otras ramas en el pasado?

—En su origen era una única organización centrada en Atenas durante la era grecorromana que se enfocaba en "buscar la sabiduría". Con el tiempo, se supone que se dividió en ramas en otros lugares, pero los miembros que he entrevistado asumían que esas otras ramas se habían extinguido hace mucho.

Adrian asintió lentamente, pensando en las otras sociedades secretas con las que se había encontrado desde su regreso a la agencia. Parecía común que se fragmentaran en diferentes grupos con el tiempo, similar a las células terroristas modernas. Podía imaginar un grupo escindido formándose en Venecia, especialmente en el apogeo del poder de la república.

—Si alguna de las personas que has entrevistado conoce miembros que viven en Venecia, podría ser un punto de partida —dijo Adrian.

—Me ocuparé. Y veré qué más puedo averiguar —dijo Athena.

Se despidieron y cerraron la videollamada. Adrian se volvió hacia Nick, que parecía tan frustrado como ella se sentía. Había esperado que Athena tuviera más información, pero había quedado tan desconcertada como ellos.

Adrian todavía no podía creer que su padre estuviera justo en la otra habitación, vivo y respirando. Después de su desaparición y presunta muerte, se había convertido en algo abstracto, un recuerdo difuso que ella había luchado por mantener. Por supuesto que había deseado desesperadamente que su padre estuviera vivo, y sabía que su madre tenía la misma esperanza, pero se había obligado a ser práctica. Había trabajado en muchos casos de personas desaparecidas durante su tiempo en la agencia y sabía que después de cierto tiempo, las posibilidades de encontrar viva a una persona desaparecida eran casi nulas. Aun así, la esperanza había

prevalecido, una pequeña parte de ella creía que, hasta que encontraran un cuerpo, su padre podría seguir vivo.

Y lo estaba.

Deseaba tener tiempo para procesar completamente todo lo que le había contado, pero tenía que concentrarse en detener a esta organización que buscaba activamente un arma. Necesitaban ser detenidos... ayer.

De repente, su teléfono sonó con una notificación de correo electrónico, y le echó un vistazo. El alivio ahuyentó su frustración, y miró a Nick con una sonrisa.

—¿Qué? —preguntó él.

—Tenemos una pista.

En la habitación contigua, Robert contemplaba el rostro de su esposa en la pantalla de su teléfono. Al igual que Adrian, había captado vislumbres de ella en imágenes a lo largo de los años, pero no había nada como verla en directo, mirándolo directamente. Su cabello castaño oscuro ondulado ahora estaba veteado de gris, y finas líneas habían aparecido alrededor de sus ojos color avellana, que ahora estaban llenos de una sabiduría curtida por los años. Era aún más hermosa de lo que recordaba; la edad solo había realzado su belleza. Su Cora.

Tan pronto como vio el número de la llamada entrante en su teléfono, supo que era Ivan. Su corazón latió con miedo mientras contestaba, aterrorizado de que algo hubiera salido mal. Escuchó con inquietud mientras Ivan le contaba cómo había rescatado a Cora de su casa antes de que los hombres enviados por los Dieci pudieran llegar a ella.

—No te preocupes. Está a salvo ahora. Quiere hablar contigo —dijo Ivan, antes de pasarle el teléfono a Cora.

Robert y Cora permanecieron en silencio durante unos momentos, simplemente observándose mutuamente. No fue hasta que los ojos de Cora se dirigieron a un punto detrás de él que

Robert se giró; Adrian y Nick estaban entrando en la habitación. La entrada de su hija pareció romper el hechizo bajo el que estaba Cora, y cuando finalmente habló, sus palabras fueron dirigidas a Adrian.

—Adrian —dijo Cora, sus ojos volviendo a desviarse hacia Robert, como si fuera un fantasma que desaparecería en cualquier momento —. ¿Cómo... cómo es posible?

Robert decidió responder antes de que su hija pudiera hacerlo.

—Es una larga historia, Cora, y una que tengo la intención de contarte en persona. Pero ahora estás en grave peligro. Mi amigo está ahí para llevarte a un lugar seguro.

Adrian dio un paso adelante, inclinándose más cerca de la pantalla. Le dio a su madre una sonrisa tranquilizadora.

—Sé que esto es mucho para asimilar, pero tiene razón. Yo misma acabo de descubrir que sigue vivo. Podemos explicarte más una vez que estés en un lugar seguro.

El rostro de Cora perdió aún más color.

—Pero, ¿y tú? ¿Estás...?

—Sabes que estoy acostumbrada a esto —interrumpió Adrian suavemente—. Este es mi trabajo. Pero necesito saber que estás a salvo para poder hacerlo.

Cora tragó saliva, pero asintió, volviendo su mirada hacia Robert.

—No puedo esperar a verte en persona cuando estés verdaderamente a salvo —dijo él—. Te quiero, Cora. No tienes idea de cuánto las he extrañado a ambas. Hay tanto más que quiero decirte... tanto que *diré*. —Extendió la mano y tocó la imagen de su rostro en la pantalla. Cora cerró los ojos, tomando un respiro entrecortado, como si realmente la hubiera tocado—. Necesitas ir con Ivan y confiar en él. Él te mantendrá a salvo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —murmuró Cora. Sus ojos se desviaron hacia Adrian—. Te quiero.

—Gracias, Ivan —dijo Robert con voz ronca cuando el rostro de su amigo apareció en la pantalla después de que Cora le entregara el teléfono a regañadientes.

Ivan simplemente asintió; era un hombre de pocas palabras.

—Enviaré un mensaje cifrado una vez que estemos fuera del área de DC —dijo, antes de finalizar la llamada.

Robert miró fijamente su teléfono, como si quisiera que la imagen del rostro de su esposa volviera a aparecer. No fue hasta que sintió la mano de su hija en su hombro que miró hacia arriba. Ella parecía más reservada que cuando había hablado con su madre, pero le ofreció la misma sonrisa reconfortante.

—Está en estado de shock ahora mismo. No tienes idea de cuánto te ha echado de menos —dijo Adrian.

Ahora que la euforia por ver a su esposa se había desvanecido, la ira ardió en sus entrañas. Había querido reunirse con su esposa e hija cuando supiera que estaban a salvo, no en estas circunstancias. Pero los Dieci le habían forzado la mano.

Puso al tanto a Adrian y Nick sobre lo que Ivan le había contado acerca de los hombres que habían irrumpido en la casa de Cora. El miedo lo invadió al pensar en lo que habría sucedido si Ivan no hubiera llegado a tiempo. Su hija palideció, y él imaginó que estaba pensando lo mismo.

—Estos hombres... supongo que trabajan para los Dieci. ¿Cómo llegaron a ella tan rápido? —preguntó Adrian, tras una pausa angustiosa.

—Deben saber ya que me he ausentado sin permiso. Intenté cubrir mis huellas lo mejor que pude, pero... —sacudió la cabeza, llenándose de más frustración.

—Necesitamos adelantarnos a ellos —dijo Adrian—. Y lo haremos. He recibido noticias de uno de mis contactos, Elias Mandreou. Una curadora local aquí en Dubrovnik, Lucija Novak, le contó que se encontró una carta codificada en una casa en la Ciudad Vieja que una vez perteneció a un comerciante veneciano. La carta data del siglo XII.

—Ahora está desaparecida —añadió Nick.

Robert consideró esto. La carta desaparecida podría no tener nada que ver con lo que los Dieci estaban buscando aquí en Dubrovnik, pero su instinto le decía lo contrario. Robar documentos históricos era una práctica común para ellos; había perdido la cuenta

de cuántos documentos de ese tipo le habían hecho descifrar a lo largo de los años.

—Necesitamos encontrar esa carta, o averiguar qué contenía —dijo.

Su hija y Nick intercambiaron una mirada. Notó que hacían esto a menudo, como si hubiera algún vínculo invisible que los uniera.

—Sabemos exactamente por dónde empezar —dijo Nick.

DIEZ

Instituto Vrânceanu de Arqueología Histórica
Bucarest, Rumanía
10:47 P.M.

Polina apenas prestaba atención al bullicio celebratorio a su alrededor. Los empleados del instituto estaban teniendo una pequeña fiesta nocturna en la cafetería, celebrando un reciente hallazgo arqueológico que el instituto se encargaría de gestionar. Era una fosa común bajo las ruinas de una antigua fortaleza dacia en las afueras de la ciudad. El instituto a menudo competía con la Universidad de Bucarest por liderar excavaciones y análisis arqueológicos, así que esto era significativo para ellos.

Polina sostenía una copa de ţuică, la bebida nacional celebratoria de Rumania, un aguardiente de cereza agria que normalmente disfrutaba, pero aún no había dado ni un sorbo. Y normalmente estaría tan emocionada como sus colegas. Como estudiosa de huesos antiguos, los hallazgos de fosas comunes eran emocionantes para ella. Sin embargo, todo en lo que podía pensar eran las extrañas muestras que había estudiado antes y la reacción aún más extraña de su jefe. Polina escudriñaba la sala buscando a Mikhail o a Florin, decidida a obtener más información.

Más temprano ese día, había enviado a regañadientes sus datos a Florin. Había observado cómo Mikhail llamaba a Florin aparte antes

de que ambos abandonaran abruptamente la oficina. Ella había continuado realizando sus otras tareas, escribiendo un informe sobre los hallazgos de la semana anterior y preparándose para revisar las muestras que debía examinar a continuación, con sus ojos desviándose continuamente hacia la oficina de Mikhail, pero él no regresó durante el resto del día. Tampoco lo hizo Florin. Su inquietud había seguido aumentando, por mucho que intentara apartarla.

Polina se tensó al ver a Florin entrar en la cafetería, sonriendo mientras un colega le entregaba una copa de țuică. Se apresuró hacia él, pero una asistente de laboratorio con la que mantenía una relación amistosa, Elisabeta, la interceptó.

—Estaba en el campo cuando hicieron el hallazgo... No puedo creer lo emocionante que fue. He oído que vamos a conseguir aún más financiación ahora —dijo Elisabeta con entusiasmo.

Polina asintió y ofreció una sonrisa, manteniendo su mirada fija en Florin. Continuó murmurando respuestas educadas hasta que finalmente pudo disculparse, dirigiéndose directamente hacia Florin.

Él la vio acercarse, se quedó paralizado antes de darse la vuelta abruptamente para marcharse. Polina estaba tan sorprendida por esto que se detuvo momentáneamente. Normalmente, Florin usaría lo que había ocurrido hoy como una oportunidad para presumir de su superioridad sobre ella. El hecho de que la evitara solo confirmaba que algo extraño estaba ocurriendo.

Se apresuró tras él, zigzagueando entre el mar de cuerpos de sus colegas hasta que salió de la cafetería y llegó al pasillo por donde Florin había desaparecido. Miró arriba y abajo del corredor, divisando su figura alejándose apresuradamente hacia la salida.

Saliendo tras él a un trote, lo alcanzó justo cuando llegaba a las puertas.

—Florin, quería preguntarte sobre las muestras...

—Tengo que irme —dijo él secamente, sin mirarla.

—¿Qué encontraste? ¿Estaban contaminadas las muestras? ¿Estaba...?

—No había nada. Debes haber cometido un error. Todos los patógenos tenían el mismo material genético.

Polina frunció el ceño. Sabía lo que había visto en las muestras. Florin le estaba mintiendo.

—Florin...

Florin la agarró bruscamente del brazo, con expresión tensa.

—Simplemente olvídate de las muestras, ¿vale? Ya no son asunto tuyo.

Había rastros de miedo —y preocupación— en sus ojos. Antes de que ella pudiera insistir, él salió apresuradamente por la salida, dejando a una atónita Polina a su paso.

Venecia, Italia
10:58 P.M.

Vittoria avanzaba por el largo corredor de su casa veneciana con vistas al Gran Canal. Una sensación de paz a menudo descendía sobre ella cada vez que pasaba tiempo en la palacial casa que había heredado de su madre, con sus suelos y paredes de madera llenas de la colección de pinturas de su madre, sus ventanales con vistas al Gran Canal.

Pero hoy no. Su cuerpo estaba tenso, todos sus sentidos en alerta máxima.

Su guardaespaldas Isabella estaba fuera del salón, y Vittoria le hizo un gesto afirmativo con la cabeza al entrar. Las ventanas le ofrecían una vista perfecta de la luna suspendida sobre el canal; parecía particularmente brillante esta noche, iluminando las oscuras aguas de la laguna y envolviendo los viejos edificios que la bordeaban en un resplandor etéreo.

Los cinco hombres y la otra mujer que estaban reunidos se volvieron para mirarla, con expresiones duras. Eran algunos de los otros líderes del Dieci, los únicos que podían acudir con tan poca antelación. A pesar de sus expresiones pétreas, Vittoria les dedicó una sonrisa amable, ignorando las turbulentas emociones que se arremolinaban en su interior.

—Gracias por reunirse conmigo con tan poca antelación —dijo, sirviéndose un vaso de agua con limón que el ama de llaves había dejado en la larga mesa central—. Hemos seguido a Adrian West y a su compañero hasta Dubrovnik, y creemos que su padre puede estar con ellos. Tengan la seguridad de que la persona que tengo vigilándolos es fiable. La implicación de West y su padre solo puede significar que estamos en el camino correcto.

—O —dijo Paolo Marini, con tono glacial. Era uno de los miembros más jóvenes del Dieci, apenas en sus veintitantos, y había heredado su posición de su padre. Por lo que a Vittoria le concernía, no tenía lugar en el Dieci, y mucho menos como uno de sus líderes. Era ignorante de las costumbres de la antigua sociedad y petulante. Paolo realmente no creía en la causa, solo quería poder. La miró con enfado mientras continuaba—: Ya lo saben todo y el plan ha sido comprometido.

—No encontrarán lo que buscan en Dubrovnik, eso ya está solucionado —dijo Vittoria con frialdad—. Y ellos también serán tratados. Robert West enfrentará las consecuencias de su traición.

—¿Cómo está procediendo todo lo demás? —preguntó Matteo Bianchi, un hombre austero de cincuenta años. Había sido cercano a su madre, pero aún así no la tomaba en serio.

—Mi laboratorio en Ginebra sigue realizando pruebas y, hasta ahora, los resultados parecen prometedores. El plan avanza bien. Nada ha cambiado.

—Eso espero —dijo Paolo con aspereza—. Después del fracaso de Stephanos con la Atlántida, todos están nerviosos.

Ella se tensó ante la mención de Stephanos, un impetuoso líder de la rama griega de Archaia Sofia que había encontrado la Atlántida, solo para morir tontamente en el proceso y conducir a las autoridades directamente hasta ella.

—No soy Stephanos —espetó—. Él era impulsivo y un necio. Yo sé mantener la cabeza fría. Mi madre me enseñó bien.

Sostuvo la mirada de Paolo, desafiándolo a que la cuestionara.

Su madre había sido una de las pocas líderes femeninas del Dieci. Todos los que conocía habían reverenciado a Valentina Trivisana por su despiadado comportamiento —y su eficacia. Su

padre solo había sido miembro de manera informal, y había muerto de causas naturales cuando ella aún era una niña. Fue su madre quien había ayudado a transformar al Dieci de una organización envejecida y en gran parte inactiva a una fuerza poderosa; ella fue quien descubrió la referencia a la "clave" en sus archivos e impulsó los planes que Vittoria ahora continuaba, desde establecer y financiar el laboratorio en Ginebra hasta reclutar colaboradores en todo el mundo para ayudar a promover sus planes —incluyendo a Robert West, el padre de Adrian West. Vittoria no tenía duda de que su madre seguiría siendo una fuerza poderosa en el Dieci si un ataque cardíaco fatal no la hubiera derribado un par de años atrás, tras lo cual Vittoria había ocupado su lugar.

La mención de su madre pareció aplacar a los miembros, y la reunión concluyó después de que ella respondiera a más preguntas sobre cómo avanzaban sus planes. Todos parecían satisfechos con sus respuestas —excepto Paolo, que la miró con enfado durante el resto de la reunión.

Después de que se marcharan, Vittoria observó desde la ventana cómo otro miembro de su equipo de seguridad, Bernardo, los guiaba hacia la lancha privada que esperaba junto a los muelles frente a su casa y que los transportaría por el canal de vuelta al aeropuerto.

La irritación la recorrió al recordar sus dudas, pero se recordó a sí misma que llevaría tiempo que aceptaran plenamente sus capacidades. Solo se había unido oficialmente al Dieci hacía varios años, mientras que algunos de los otros habían sido miembros durante décadas. Aunque había cientos de miembros de la organización, solo había diez líderes, incluida ella. Su nombre oficial completo era *Il Consiglio dei Dieci*, el Consejo de los Diez, basado en el consejo veneciano que una vez dirigió la república en el apogeo de su poder. El Dieci tenía sus orígenes en la antigua Roma como parte de Archaia Sofia, antes de escindirse en su propia rama después de que los refugiados romanos huyeran a las lagunas venecianas cuando caía el antiguo imperio. El Dieci había operado en las sombras del entonces oficial Consejo de los Diez de Venecia, centrado en su propósito de la "sabiduría antigua"... destrucción para la renovación.

Era difícil creer que Vittoria una vez había estado en desacuerdo con todo lo que el Dieci representaba, causando un largo distanciamiento entre ella y su madre... hasta que ella misma lo había perdido todo.

La lancha se alejó rugiendo, y ella se volvió para salir del salón, diciéndole a Isabella que necesitaba algo de privacidad. Isabella obedientemente la dejó sola, dirigiéndose abajo mientras Vittoria se dirigía al estudio, atraída como siempre por una fotografía que guardaba allí, una que no podía obligarse a guardar.

En la foto, su marido e hijo, Ben y Massimo, reían mientras se abrazaban, con el Canal de Cannaregio detrás de ellos. Podía recordar ese día como si fuera ayer.

Había sido un hermoso día de primavera. Ella y Ben habían llevado a Massimo a tomar un helado antes de que todos fueran a la isla de Murano, donde su hijo observó a los sopladores de vidrio trabajar, con sus ojos oscuros llenos de asombro. Aunque habían pasado años desde que los perdió, el dolor fue repentino —afilado y rápido— atravesándola como la punta de una hoja afilada. Se aferró al borde del escritorio, conteniendo la respiración, luchando contra el dolor.

Cerrando los ojos, apartó la foto y se alejó de ella, bloqueando los oscuros recuerdos. Se concentró en lo único que adormecía el dolor; lo que llevaría todo a buen término. Evitaría que tragedias como las muertes de Ben y Massimo volvieran a ocurrir jamás.

La clave.

Dubrovnik, Croacia
11:02 P.M.

Adrian, Nick y su padre se deslizaron sigilosamente por el callejón empedrado que conducía a la casa de Lucija Novak en la Ciudad Vieja. Como muchas viviendas de este barrio, era una estrecha casa de piedra de dos pisos, encajada entre otras casas similares que

estaban construidas en el entramado de calles serpenteantes. Las luces de la casa de Lucija estaban apagadas y no parecía haber nadie dentro.

Habían intentado comunicarse con Lucija por teléfono y correo electrónico, pero no hubo respuesta. Sabía que no era probable que obtuvieran una respuesta a esta hora, pero era urgente y no querían arriesgarse a esperar hasta la mañana. Aun así, no era buena señal que no pudieran localizarla, y la inquietud llenó el estómago de Adrian.

Se detuvieron a varios metros de la puerta trasera. Ella y Nick la examinaron cautelosamente, preparando sus armas. Dadas sus experiencias pasadas, no estaban tomando riesgos. Adrian se volvió hacia su padre.

—Quédate detrás de nosotros —dijo con firmeza.

Robert obedeció, quedándose atrás mientras se acercaban a la puerta trasera. Adrian llamó varias veces, sin sorprenderse de que no hubiera respuesta. Sin embargo, la alarma se disparó en su vientre, y cruzó miradas con Nick.

—Hora del Plan B —dijo él, y usando su arma, rompió la estrecha ventana de cristal junto a la puerta trasera.

Adrian contuvo la respiración, esperando ver si habían atraído la atención de algún vecino o turista perdido, pero solo hubo silencio. Nick metió la mano por la ventana y abrió la puerta trasera.

Tan pronto como entraron en la cocina, Adrian supo que Lucija se había ido hace tiempo. Todo estaba vacío; parecía como si alguien se hubiera marchado con prisa.

Adrian se volvió para enfrentar a su padre y a Nick.

—Deberíamos... —comenzó, pero los ojos de su padre de repente se abrieron con alarma. Saltó hacia adelante, derribándola al suelo, justo cuando las balas destrozaban la cocina.

ONCE

Adrian rodó desde debajo de su padre, gritándole que se mantuviera agachado. Los disparos habían cesado, por ahora.

Miró hacia Nick, quien ya se movía agachado hacia la puerta que conducía de la cocina a la sala, con su arma a un lado. Adrian le hizo un gesto a su padre para que se escondiera. Él dudó un momento antes de obedecerla, ocultándose detrás de un armario masivo en el extremo más alejado de la cocina. Solo entonces se unió a Nick junto a la entrada, agachada.

El tirador estaba en silencio. Demasiado silencio. Adrian permaneció inmóvil, conteniendo la respiración. Miró a Nick, y justo cuando estaban a punto de saltar de sus escondites...

El tirador disparó varias veces más hacia la cocina, esta vez a menor distancia, casi alcanzando el escondite de su padre. La furia corrió por sus venas y, ignorando el grito de advertencia de Nick, saltó de su posición agachada y cargó hacia la siguiente habitación, levantando su arma para disparar.

Un hombre corpulento de ojos fríos y oscuros estaba allí, con su pistola levantada, pero se lanzó al suelo cuando ella disparó contra él. En el suelo, retorció su gran cuerpo, levantando su arma y disparando dos veces más. Adrian esquivó y respondió al fuego, pero él salió corriendo de la sala.

Adrian y Nick corrieron tras él, pero el tirador estaba preparado, y tan pronto como entraron en la siguiente habitación, embistió

hacia ellos, derribando a Nick al suelo. Levantó su arma nuevamente, pero Adrian se abalanzó hacia adelante, derribándolo por las rodillas y enviándolo al suelo estrepitosamente. Nick rodó e utilizó toda su fuerza para inmovilizar al hombre contra el suelo mientras Adrian se apartaba. Pero para su horror, el tirador rápidamente dominó a Nick con un feroz gruñido, presionando su arma contra un lado de su cabeza...

Adrian apuntó y disparó al pecho del tirador. Se desplomó hacia adelante, muerto. Ella se apresuró a ayudar a Nick a salir de debajo del cuerpo.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Vivo, gracias a ti —respondió Nick, con la respiración agitada mientras ella lo ayudaba a ponerse de pie.

Miraron al tirador y, juntos, lo dieron vuelta, buscando identificación o un teléfono, pero no tenía nada encima. Adrian soltó una maldición frustrada. No debería haberlo matado, pero el instinto se había apoderado de ella en el momento en que presionó su arma contra la cabeza del hombre que amaba.

Su padre entró en la habitación, con el rostro pálido. Miró al tirador, tragando saliva.

—¿Lo reconoces? —preguntó Adrian.

Robert lo estudió por un largo momento antes de negar con la cabeza. Adrian se enderezó, tomando una foto del rostro del tirador. Con suerte, el grupo operativo podría encontrar algo sobre él mediante reconocimiento facial.

El sonido de neumáticos chirriando frente a la casa hizo que ambos levantaran la mirada. El pánico se instaló en la garganta de Adrian mientras Nick se movía hacia la ventana, asomándose, su expresión tornándose sombría.

—Parece que nuestro amigo tiene refuerzos. Tenemos que salir de aquí cuanto antes.

Momentos después, Adrian, Nick y su padre corrían por el callejón alejándose de la casa de Lucija, tomando calles secundarias hasta que estuvieron a una distancia considerable. Solo entonces redujeron el paso y salieron a una calle principal, mezclándose con un grupo de turistas ebrios que se dirigían a uno de los muchos restaurantes y bares junto al mar de Dubrovnik.

Adrian miró a su padre, quien no parecía muy agitado. La destreza física de su padre la impresionó; se había mantenido a la par de Adrian y Nick mientras corrían. Su padre nunca había tenido sobrepeso significativo ni había estado visiblemente fuera de forma, pero había sido principalmente un profesor universitario sedentario. Notó que se había vuelto más delgado desde su desaparición, con más músculo. Adrian recordó que incluso había dudado cuando ella le dijo que se mantuviera atrás durante su encuentro con el tirador... como si hubiera considerado ayudar.

Pareciendo leer su mente, su padre le dirigió una sonrisa irónica. —Un efecto secundario de ser rehén de una sociedad criminal internacional secreta... te pones en mejor forma. Ivan me ayudó a desarrollar músculo y resistencia. Sabía que lo necesitaría el día que acabara con estos bastardos. —Miró alrededor, su expresión volviéndose seria mientras bajaba la voz—. No podemos volver al hotel.

—De acuerdo —dijo Nick—. Podríamos contactar al grupo operativo. Ellos pueden ayudarnos a encontrar una casa segura.

—No —dijo Robert inmediatamente. No confío en las autoridades. Aunque necesitamos salir de la ciudad. Yo sé adónde podemos ir.

DOCE

Čibača, Croacia
1:15 A.M.

Čibača era un pintoresco pueblo costero ubicado al sureste de Dubrovnik. Una vez allí, su padre condujo hasta el borde del pueblo, estacionando frente a una modesta casa de estilo mediterráneo de un solo piso, enclavada en lo alto de un acantilado, a pocos pasos del Adriático.

Robert les dijo que pertenecía a Oliver, uno de sus amigos en el Dieci. Les aseguró que Oliver había tomado muchas medidas para asegurarse de que estuviera completamente fuera del radar. Incluso había un sistema de seguridad con cámaras montadas en la parte superior de la casa, monitoreando el camino que conducía hacia ella.

—Solo he estado aquí un puñado de veces a lo largo de los años, pero cada vez me ha dado una sensación de paz —dijo, mirando alrededor de la sala de estar con una pequeña sonrisa tirando de sus labios.

Adrian lo miró, con emociones contradictorias corriendo por su interior. ¿Cuántas veces había venido su padre aquí para unas relajantes vacaciones en la playa mientras ella y su madre sufrían? Se dijo a sí misma que esa no había sido la situación en absoluto, pero no podía acallar la amargura que la llenaba ante ese pensamiento.

—Todavía nos están siguiendo —dijo Adrian, obligando a su mente a volver al presente—. ¿De qué otra manera sabrían que estaríamos en la casa de Lucija?

—O podrían haber estado vigilando la casa —dijo Robert con seriedad.

—De cualquier manera, esto demuestra que el Dieci estaba involucrado con la carta robada —añadió Nick.

—Si Lucija no logró ponerse a salvo a tiempo, la han matado por lo que sabe —dijo Robert sin rodeos—. Sé cómo operan. Voy a contactar a Ollie para ver si puede conseguir acceso a la carta, puede que haya una versión digital guardada en algún lugar. Pero por ahora... todos necesitamos descansar.

Robert condujo a Adrian y Nick a una habitación de invitados, su mirada demorándose en Adrian antes de dejarlos.

Adrian lo observó marcharse, sintiendo una necesidad casi infantil de no perderlo de vista. Se reprendió silenciosamente por sentirse así. Era una mujer adulta de treinta y tantos años... pero la sensación persistía.

—Le envié a Vince la foto que tomamos del tirador para que la pase por reconocimiento facial. Le pedí que lo mantuviera en secreto y no le dije para qué era, pero sé que tiene curiosidad.

—Bien. Gracias —dijo Adrian, todavía distraída.

Nick la estudió por un momento antes de avanzar, rodeándola con sus brazos y atrayéndola hacia él.

—No me has dicho cómo te sientes —dijo en voz baja—, sobre que tu padre esté vivo.

—Hay muchos sentimientos ahora mismo. Estoy abrumada. Aliviada. Feliz. Incrédula. También estoy... un poco enfadada. No con él, sé que hizo esto para protegernos. Pero he estado de luto durante una década, Nick. También mi madre. Y saber que estaba vivo, todo el tiempo, cautivo... —Las lágrimas le picaron en los ojos, y ella las contuvo parpadeando.

Nick le dio un beso en la frente. —Lo sé. Es mucho para asimilar. Vas a sentir lo que tengas que sentir. Solo va a tomar tiempo para que todo esto se asiente.

Adrian se apoyó en el consuelo del abrazo de Nick, permitiendo que la determinación reemplazara su tumulto de emociones mientras pensaba en el encuentro con el tirador en la casa de Lucija. El encuentro había demostrado cuán urgente era su misión. Y mientras pensaba en ellos manteniendo cautivo a su padre, estaba aún más decidida a impedir que el Dieci llevara a cabo su mortífero objetivo.

TRECE

Dulles, Virginia
7:27 P.M.

—Puedes hablar con él una vez más. Cualquier otra vez... demasiado riesgo —espetó Ivan con una mirada amenazadora.

Cora le devolvió la mirada fulminante. Con su corpulenta figura, Ivan resultaba intimidante, y la había asustado muchísimo la primera vez que lo vio. Pero desde las garantías que le había dado su marido, y el pequeño detalle de haberle salvado la vida, se sentía más cómoda con él... y eso incluía plantarle cara.

Después de la llamada telefónica con Robert y su hija, Ivan los había llevado a un motel anodino justo a las afueras del aeropuerto de Washington Dulles. No quiso decirle adónde se dirigían, solo que era un lugar seguro y que partirían temprano a la mañana siguiente. Siguiendo su sugerencia, había llamado a la firma de contabilidad donde trabajaba, diciéndole a su jefe que tenía una emergencia familiar y que estaría ausente al menos un par de semanas.

—¿Es tu hija? —había preguntado Phil, su jefe, con preocupación —. ¿Está todo bien?

Desde que Adrian había descubierto la tumba de Cleopatra hacía meses, su hija se había convertido en una especie de celebridad en la oficina; todos sus compañeros de trabajo estaban al tanto de su

trabajo con el buró. No era sorprendente que asumieran que cualquier emergencia familiar tuviera que ver con Adrian.

Aun así, una oleada de molestia recorrió a Cora ante su intromisión, aunque en cierto modo tuviera razón. *En realidad, no, Phil. Mi hija está prácticamente siempre en peligro mortal, lo cual es algo divertido a lo que una madre debe acostumbrarse. En realidad se trata de mi marido muerto, que de hecho está vivo, solo que, ya sabes, una sociedad secreta malvada lo ha mantenido cautivo durante la última década.*

Después de asegurarle a Phil que su hija estaba bien y colgar antes de que pudiera indagar más, había exigido repetidamente hablar con Robert de nuevo. Al principio Ivan se había negado, diciéndole que era demasiado arriesgado. Pero Cora estaba dispuesta a correr el riesgo. Había perdido la cuenta de cuántas veces se había permitido albergar la esperanza de que Robert aún estuviera vivo, incluso mientras mantenía una apariencia valiente ante su hija y amigos preocupados. Incluso después de obligarse a organizar un funeral para él. NECESITABA volver a ver su rostro y escuchar su voz. Convencerse de que esto no era solo un sueño vívido, y que despertaría para descubrir que él, efectivamente, seguía ausente.

Ivan finalmente cedió, murmurando algo en ruso que ella supuso no era halagador. No le importaba. Siempre y cuando pudiera hablar con su marido nuevamente.

Ivan sacó su teléfono y marcó un número. Se lo entregó antes de salir de la habitación para darle privacidad.

Robert respondió casi de inmediato, mirándola con alarma.

—Cora, ¿qué pasa? ¿Estás bien? ¿Dónde está Ivan?

—Todo está bien. Le insistí hasta que me dejó hablar contigo otra vez.

El rostro de Robert se relajó y sonrió. Cora le devolvió la sonrisa, contemplando sus facciones, aquellas que había guardado en su memoria. La primera vez que había hablado con él, había estado demasiado conmocionada para observarlo realmente, pero ahora se permitió hacerlo. Había envejecido, con líneas finas y arrugas donde antes no las había, y ahora había una dureza en él. Aun así, era el

hombre más apuesto que jamás había visto, tan apuesto como cuando era solo un estudiante de posgrado cuando se conocieron.

—Estás más hermosa que nunca, coral —dijo él, volviendo al apodo que le había dado cuando comenzaron a salir, y otra oleada de emociones fluyó a través de ella. Levantó la mano para trazar sus facciones, anhelando verlo y tocarlo de verdad.

—Sé que no tenemos mucho tiempo para hablar —dijo ella—. Y sé que quieres contarme todo en persona. Pero necesito saber dónde has estado durante la última década.

Temía que se resistiera, pero él le contó sobre su captura en el aeropuerto de Estambul, parte del trabajo que había hecho para los Dieci a lo largo de los años, cómo había estado pendiente de ella y de Adrian, y finalmente lo que le había hecho salir de su escondite: la amenaza a la vida de Adrian, lo que provocó que una espiral de miedo se extendiera por su vientre.

Cora escuchó atentamente cada palabra. Podía notar que había condensado su relato, y que con el tiempo habría muchos, muchos más detalles. Por la mirada atormentada en sus ojos, sus años de ausencia habían sido desgarradores. Cuando guardó silencio, la miró durante un largo momento.

—¿Cómo te sientes? —preguntó él.

—Todo —dijo Cora, con los ojos llenándose de lágrimas—. Siento... todo.

—Lo hice por nuestra hija. Por ti. Nada menos que vuestras vidas me habría mantenido alejado —dijo con fervor—. Nuestra pequeña es algo especial.

—Ciertamente lo es —dijo Cora, sintiendo que el orgullo crecía en su pecho—. Pero nunca la llames "pequeña" a la cara.

—Oh, no lo haré —dijo Robert con una risita, antes de que su expresión se volviera seria—. Cuando la amenazaron... —Su voz se quebró, y una mirada de feroz protección surgió en su rostro, una emoción que Cora reconoció. Supo en ese momento que ella habría hecho lo mismo en su posición.

—Lo sé —dijo Cora—. Robert... lo entiendo. —La ira creció en ella al pensar en los monstruos que habían secuestrado a Robert, que

habían amenazado la vida de su hija. Exhaló—. Cuéntame más sobre esta... organización. Ivan no me ha dicho mucho.

—Lo haré —dijo Robert con gravedad—. DESPUÉS de detenerlos y acabar con ellos. Quiero hablar contigo durante horas, días, semanas... pero Ivan tiene razón. Hemos sido cuidadosos con estos teléfonos, pero es demasiado arriesgado que sigamos hablando. Llevamos demasiado tiempo en esta línea. Antes de irme... —titubeó, de repente pareciendo tímido—. Sé que ha pasado mucho tiempo, y Adrian no mencionó nada, pero si hay alguien... alguien en tu vida que te importe...

—Robert —lo interrumpió ella—, una parte de mí siempre debió saber que seguías ahí fuera. No hay nadie más. Nunca habrá nadie más que tú.

El alivio suavizó sus facciones y le regaló otra de sus sonrisas que le paralizaban el corazón.

—Coral —murmuró—. Mi Coral.

—Vuelve a casa conmigo —dijo ella con firmeza—. Y sé que Adrian es dura como el acero, pero mantén a nuestra niña a salvo.

Čibača, Croacia
8:03 A.M.

—Oliver pudo investigar los registros bancarios de Lucija. Antes de desaparecer, poco después del descubrimiento de la carta, hizo varios viajes a una caja de seguridad en un banco de Dubrovnik —dijo Robert.

Adrian y Nick estaban sentados a la mesa de la cocina, donde Robert los había sentado con dos tazas de café tan pronto como habían salido de la habitación de invitados, diciéndoles que tenía noticias.

Adrian había esperado que fueran noticias positivas; se habían despertado con un mensaje de Vince, quien ya había pasado la cara del tirador por reconocimiento facial, pero no había obtenido

resultados. Había presionado no tan sutilmente para obtener más información; Nick no le había dado ninguna. Adrian sabía que eventualmente tendrían que poner al grupo de trabajo al tanto de todo esto, pero llevaría algo de esfuerzo convencer a su padre, quien desconfiaba de las fuerzas del orden.

Ahora, Adrian dio un sorbo a su café, haciendo una mueca por su intensidad, mientras su mente trabajaba a toda velocidad.

—Entonces necesitamos acceder a ella.

—Será complicado, pero creo que podemos hacerlo. Y ahí es donde entras tú —respondió su padre.

Adrian lo miró desconcertada. Sonriendo, Robert deslizó una tarjeta de identificación hacia ella.

—Ollie me envió esto para imprimir. Vas a usarla para acceder a su caja de seguridad —dijo Robert.

Mientras Adrian estudiaba la foto, comprendió. Lucija guardaba un sorprendente parecido con Adrian. Si se recogía el pelo y con el uso inteligente de maquillaje y gafas, podría hacerse pasar por la otra mujer.

—¿Y los Dieci no saben de esta cuenta bancaria? —preguntó Nick.

—Según Ollie, la cuenta de Lucija no ha sido tocada desde antes de su desaparición. La cuenta también está a nombre de casada, y ahora está divorciada, así que esa podría ser la razón por la que se les pasó por alto.

Rápidamente elaboraron un plan, después del cual Nick se disculpó educadamente para usar la ducha. Adrian le lanzó una mirada; sabía que se estaba marchando a propósito para darle a ella y a su padre algo de tiempo a solas. Nick le devolvió la mirada con una sonrisa mientras salía de la cocina.

Adrian apuró su café, evitando los ojos de su padre, y se levantó abruptamente.

—Debería prepararme.

—Hablé con tu madre anoche. Está a salvo —añadió, ante su mirada de alarma—. Quería saber sobre mis años de ausencia, y se lo conté. También me hizo prometerle que volvería a casa con ella. Los dos.

Adrian encontró su mirada. Había tanto que quería decir, pero se decidió por la simplicidad... por el objetivo que compartían.

—Después de detener a los Dieci, cumpliremos esa promesa.

CATORCE

Dubrovnik, Croacia
4:19 P.M.

Adrian entró en el banco, manteniendo una expresión neutral, aunque su pulso latía más rápido que las alas de un colibrí.

Mantuvo la cabeza baja para evitar la cámara de seguridad mientras se acercaba a la cajera. Nick y Robert estaban esperando en un coche a unas cuantas manzanas, ambos le habían hecho prometer que les enviaría un mensaje ante la más mínima señal de problemas.

Se había preparado todo el día para hacerse pasar por Lucija y acceder a su caja de seguridad. Había recogido su cabello en un moño bajo y llevaba gafas, una blusa y pantalones que le quedaban mal, todo comprado por Nick en una tienda local de segunda mano. El mayor problema era su croata; lamentablemente no era uno de los idiomas en los que era fluida, pero tenía un conocimiento básico. Su conocimiento del ruso ayudaba, ya que ambos eran idiomas eslavos, pero seguía nerviosa por poder llevarlo a cabo. Había practicado las frases relevantes tanto como pudo y rezaba para que la cajera no encontrara su acento demasiado extraño.

Había varias personas siendo atendidas por cajeros, así que afortunadamente, no toda la atención estaba en ella. Adrian se forzó

a sonreír mientras se acercaba a la cajera, entregándole la tarjeta de identificación falsa.

—Buenas tardes. Solo necesito hacer un retiro de mi caja de seguridad —dijo Adrian en croata.

La cajera estudió su identificación durante un momento tan largo que Adrian contuvo la respiración, con el cuerpo tenso. Para su alivio, la cajera se la devolvió con una amable sonrisa. —Por supuesto, señorita Novak.

La cajera le entregó una llave y le indicó que la siguiera. *Por ahora todo bien*, pensó Adrian, siguiendo a la cajera desde el vestíbulo principal por un pasillo hasta una habitación cerrada con llave. La cajera abrió la puerta y le indicó que entrara, señalando la caja de seguridad en la esquina más alejada de la habitación antes de marcharse con una sonrisa cortés. Adrian la vio irse**,** llenándose de alivio. Había sido casi demasiado fácil.

Adrian se dirigió a la caja de seguridad de Lucija y la abrió, llena de anticipación. Sacó la caja y la abrió, sintiendo aún más alivio por lo que encontró dentro.

Dentro había varias páginas de documentos. Parecían ser fotocopias de una carta medieval. *La* carta.

Trabajó rápidamente, tomando apresuradamente fotos de cada sección de la carta y enviándolas por mensaje a Nick y a su padre antes de deslizar cuidadosamente las copias físicas en una carpeta de documentos en su bolso. Rápidamente volvió a colocar la caja, y justo cuando se giraba para salir, oyó pasos acercándose a la habitación.

Adrian se congeló. Un guardia de seguridad entró, con expresión dura. La cajera, antes amistosa, se mantenía detrás de él con un ceño fruncido de sospecha.

—Necesitamos hacerle algunas preguntas, señorita Novak.

Adrian intentó parecer apropiadamente confundida, aunque el miedo corría por sus venas. —¿Por qué? No entiendo.

—Necesito que venga conmigo —repitió él.

Adrian lo miró fijamente, con el corazón acelerado. ¿Qué había salido mal? Pero no tenía tiempo para reflexionar sobre eso ahora. Necesitaba actuar rápido.

Le dio una temblorosa cabezada, dando un paso adelante. Echando un vistazo rápido detrás de él, notó que el pasillo afortunadamente estaba vacío.

Adrian actuó rápido. Se lanzó hacia adelante y le quitó la pistola de la funda al guardia en un movimiento veloz. Él la miró, sorprendido, mientras Adrian levantaba el arma, golpeándolo en la sien con toda la fuerza que pudo, haciendo que se desplomara en el suelo, inmóvil e inconsciente.

La cajera tropezó hacia atrás, sus ojos abriéndose de miedo, abriendo la boca para gritar. A Adrian le dolía hacer esto, pero apuntó con la pistola a la cajera.

—Necesito tu ayuda para salir de este banco.

Momentos después, Adrian corría por una de las calles traseras que se alejaban del banco. Una vez que estuvo a un par de calles de distancia, se quitó los tacones y echó a correr, sabiendo que no tenía mucho tiempo: la cajera probablemente ya había activado la alarma. Ya había enviado un mensaje a su padre y a Nick, diciéndoles dónde encontrarse.

Ignoró las miradas curiosas de los lugareños y turistas mientras corría descalza por las estrechas calles, ignorando el dolor de los adoquines clavándose en sus pies desnudos, antes de girar hacia la vía principal de la calle Lucarica.

Adrian aceleró el paso, llegando a la pintoresca Plaza Luza, que destacaba por la Catedral de Dubrovnik y la familiar fachada de la Iglesia de San Blas. Pronto divisó el coche de alquiler de su padre esperando en el borde de la plaza. Corrió hacia el coche y se metió apresuradamente en el asiento trasero, y su padre aceleró inmediatamente.

Nick se giró para mirarla con preocupación. —¿Estás bien?

Aunque el encuentro con el guardia de seguridad todavía la inquietaba, Adrian levantó la carpeta de documentos, dedicándole una sonrisa.

—Mejor que bien.

QUINCE

Čibača, Croacia
8:23 P.M.

Adrian, Nick y su padre estaban de pie alrededor de la mesa del comedor en la casa de playa, donde habían extendido las copias de la carta.

Les había llevado algún tiempo regresar desde Dubrovnik, con Robert tomando varias rutas secundarias para asegurarse de que no los estuvieran siguiendo. Durante el viaje de regreso, la frustración de Adrian consigo misma aumentó; debía haber hecho algo que despertó la sospecha del guardia de seguridad. Todavía no estaba segura de por qué el guardia la había apartado. Adrian solo podía suponer que había cometido algún pequeño error. Tanto Nick como su padre la tranquilizaron diciéndole que lo había hecho bien y que lo único que importaba era que había conseguido copias de la carta. Adrian seguía intranquila. Sospechaba que el robo no pasaría desapercibido y que alguien del Dieci lo descubriría.

Adrian se obligó a concentrarse en la carta, que constaba de aproximadamente treinta líneas escritas en italiano, junto con cincuenta tipos diferentes de símbolos.

—Durante sus días de mayor poder, la República Veneciana estaba repleta de espías, desde el Consejo de los Diez hasta los gremios comerciales. Los mercaderes eran especialmente útiles

como espías, dado su acceso a tierras extranjeras, tanto amigas como enemigas. Como resultado, los espías eran buenos creando códigos y cifrados, especialmente en cartas como estas —explicó Robert.

—¿Cómo demonios empezamos a decodificar esto? —preguntó Nick, estudiando los símbolos con frustración.

—Necesitamos categorizar los símbolos y buscar un patrón —dijo Robert—. Pero primero, déjame traducir.

Robert procedió a leer la carta en voz alta en inglés. Era una carta mundana en la que el mercader discutía las cantidades de sal que había comerciado exitosamente con los locales, dirigida a un colega suyo en Venecia.

—Vaya. Eso fue increíblemente aburrido —dijo Nick, dejando escapar un bostezo exagerado.

—Creo que ese es el punto —respondió su padre con una sonrisa —. Una carta como esta es algo que un espía rival pasaría por alto. El único indicio de que hay un mensaje oculto aquí son los símbolos. Eso es en lo que nos vamos a enfocar... y podría apuntar a un mensaje oculto bajo estos detalles por lo demás aburridos.

Durante las siguientes horas, Adrian, Nick y Robert se dedicaron a decodificar la carta. Al principio avanzaron poco, y Adrian temió que no pudieran decodificar la carta solos.

Pero eventualmente, pudieron discernir un patrón emergente, dándose cuenta de que ciertos símbolos coincidían con letras particulares —y palabras completas.

Trabajaron durante toda la noche, deteniéndose brevemente solo para devorar sándwiches que su padre preparó apresuradamente para ellos. En algún momento, Nick sacó un bloc de notas y elaboró una lista a medida que determinaban lo que probablemente significaba cada símbolo.

Pronto, pudieron decodificar el mensaje oculto enterrado en la carta. Se inclinaron, asimilando las palabras que Nick había escrito en el bloc legal.

Nos vengaremos por lo que han hecho. El Doctor en la Reina de las Ciudades está creando un veneno poderoso que los derribará.

Instituto Vrânceanu de Arqueología Histórica
Bucarest, Rumania
11:58 P.M.

Polina salió de la sala de registros, cerrándola sigilosamente tras ella. No había nadie a esta hora. El último empleado se había ido hace apenas veinte minutos, se había asegurado de ello.

Después de su encuentro con Florin la noche anterior, lo había llamado, enviado mensajes de texto e incluso correos electrónicos. Él había ignorado todos sus intentos de contactarlo. Y Mikhail, convenientemente, no había venido a la oficina hoy.

Así que estaba recurriendo a escabullirse por el laboratorio para obtener acceso a los datos de las muestras de Feodosia ella misma. Polina se dijo a sí misma que una vez que tuviera confirmación de que Florin estaba diciendo la verdad, y que ella había identificado erróneamente el material genético, lo dejaría pasar. Pero no podía ignorar sus instintos de que algo más estaba sucediendo. Hasta ahora no había tenido suerte, no encontrando registros de las muestras en ninguna parte... era como si nunca hubieran estado allí.

Suspirando, Polina se dirigió hacia su laboratorio, congelándose cuando escuchó voces masculinas provenientes del extremo del pasillo. Una de ellas era la de Mikhail.

Buscó frenéticamente algún lugar para esconderse. Se metió a toda prisa en un armario de conserje cercano que estaba justo frente a la oficina de Mikhail. Una vez dentro, se quedó quieta, escuchando atentamente.

—Las muestras están resueltas —estaba diciendo Mikhail—. No serán...

Su voz desapareció cuando cerró la puerta de su oficina, y Polina apretó los dientes con frustración. ¿Qué quería decir con que las muestras estaban resueltas? No tenía duda de que se refería a las muestras de Feodosia. ¿Las había destruido por alguna razón?

Estuvo tentada de salir del armario para escuchar en la puerta de Mikhail, pero algo le dijo que se quedara quieta. En su lugar, escuchó las voces amortiguadas, tratando de descifrar las palabras, pero eran indiscernibles.

Finalmente, después de casi una hora, escuchó la puerta abrirse.

Los hombres pasaron junto al armario. Ahora podía escuchar sus palabras claramente.

Y lo que oyó le heló la sangre.

De todas las cosas que podría haber imaginado... esto era mucho peor.

DIECISÉIS

Čibača, Croacia
6:27 A.M.

—¿La Reina de las Ciudades? repitió Nick.

—Un apodo dado a una de las ciudades más poderosas del mundo antiguo y medieval —dijo Robert, levantando la mirada del bloc de notas—. Entonces conocida como Constantinopla... ahora Estambul.

—Y la referencia a un médico y veneno —reflexionó Adrian—. Eso podría ser el arma antigua que el Dieci está buscando.

—Sí, pero ¿qué tipo de arma? No podría haber sido algún tipo de arma biológica. Todavía no sabían sobre los gérmenes, mucho menos cómo convertirlos en armas —dijo Nick, lanzándole una mirada escéptica.

—Eso no es cierto —dijo Robert, negando con la cabeza—. Es verdad que la teoría de los gérmenes se descubrió mucho más tarde, pero los médicos eran muy conscientes del contagio. Hay un registro de un médico veneciano que planeaba usar la "quintaesencia" de la peste contra los enemigos de Venecia durante la guerra otomana veneciana, esto fue en el año 1649. Esta quintaesencia habría provenido de los bazos de las víctimas de la peste. Ahora bien, no llegaron a ejecutar este plan, pero la mención es, de hecho, el primer registro escrito de guerra biológica.

Adrian se quedó inmóvil ante la mención que hizo su padre de las víctimas de la peste, sintiendo un temor creciente en su pecho. —¿Y si es eso? —preguntó lentamente—. El arma. ¿Y si es un arma biológica, una peste moderna?

Robert y Nick parecían igualmente perturbados, mientras Adrian continuaba: —Podría ser la razón por la que están tan enfocados en esta carta que menciona a un médico creando un veneno.

—Pero la Peste Negra no fue hasta casi dos siglos después de esta carta —dijo Nick.

—Hubo otras oleadas de peste que arrasaron Europa antes y después de la Peste Negra —refutó Adrian—. ¿Recuerdas el mantra de Archaia Sofia? Todo giraba en torno a la destrucción. Esta rama también busca la destrucción, ¿y qué mejor manera de hacerlo que con una peste moderna?

—Jesús —murmuró Nick, cerrando los ojos.

Cuanto más pensaba Adrian en ello, más sentido tenía de una manera oscura. Desatar un arma antigua en el mundo moderno, justo como Stephanos quería hacer con el fuego griego.

—Suena factible —dijo Robert con gravedad—. Venecia fue duramente golpeada por la peste, y dado el enfoque del Dieci en Venecia, Dubrovnik y esta carta...

—Un médico en Estambul alrededor del siglo XII —dijo Adrian, reenfocando su atención en la carta, tratando de no entrar en pánico ante la idea de una peste moderna. Ellos detendrían al Dieci antes de que llegara a eso... tenían que hacerlo—. ¿Qué vincula a Estambul con Venecia?

—Primero, necesitamos retroceder en el tiempo a cuando Estambul era conocida como Constantinopla —dijo Robert.

—Se convirtió en la nueva capital imperial de Roma en el este, mientras Roma seguía siendo la capital occidental. De hecho, inicialmente se llamó Nueva Roma hasta que el Emperador Constantino hizo la práctica muy común de nombrar la capital en honor a sí mismo. Constantinopla siguió siendo una ciudad de máxima importancia, no solo como parte del Imperio Romano Oriental, o el Imperio Bizantino, como llegó a conocerse, sino también de los posteriores efímero Imperio Latino y el más duradero

Imperio Otomano. Pero el siglo XII es cuando Venecia y Constantinopla se entrelazan inextricablemente.

—Constantinopla era increíblemente rica y una parada importante en la Ruta de la Seda. Donde hay riqueza, el comercio sigue. En esta época, los venecianos eran favorecidos por el emperador bizantino —continuó Robert—, lo que resultó en un monopolio por su parte. Esto enfureció a los comerciantes de otras ciudades-estado italianas, así como a los comerciantes nativos del área. Las tensiones aumentaron hasta el punto de que, después de que un grupo de venecianos atacó a los genoveses en su barrio en Constantinopla, los venecianos fueron arrestados en masa, no solo en Constantinopla, sino en todo el Imperio Bizantino. Una especie de guerra fría siguió con los venecianos atacando al imperio indirectamente al aliarse con sus enemigos, hasta que finalmente hubo una restauración de relaciones unos diez años más tarde, en la década de 1180.

—Los arrestos masivos... eso explica la venganza a la que se refiere la carta —dijo Adrian—. Pero ¿qué hay de este médico que...

Una repentina alarma estridente les interrumpió. Robert se apresuró hacia el monitor junto a la puerta que proporcionaba la transmisión de seguridad, y Adrian se quedó paralizada por el pánico.

Un coche se aproximaba a la casa.

DIECISIETE

Čibača, Croacia
7:02 A.M.

Adrian, Nick y Robert salieron corriendo por la puerta trasera. Robert tomó la delantera, apresurándose por el sendero del acantilado que daba a la playa**,** alejándose rápidamente de la casa.

Detrás de ellos, Adrian escuchó un coche frenando bruscamente frente a la casa, y el pánico le atravesó el pecho. Aumentaron el ritmo; Adrian podía ver hacia dónde los conducía su padre: hacia unas escaleras que bajaban hasta la playa.

—Por aquí —susurró Robert. Se dio la vuelta y descendió por las escaleras, con Adrian y Nick siguiéndole. Tenían que moverse con cuidado, ya que los viejos peldaños de piedra estaban irregulares e inestables. Su padre tropezó, y Nick extendió la mano para estabilizarlo mientras continuaban su descenso.

Una vez que llegaron a la playa, se mantuvieron pegados a las sombras del acantilado mientras corrían a trote ligero, con el único sonido de sus respiraciones agitadas y el golpeteo de las olas en la orilla. Adrian aguzó el oído pero no escuchó ninguna señal de perseguidores. Aun así, continuaron trotando durante lo que pareció media hora hasta que llegaron a otro conjunto de escaleras talladas en el acantilado.

Este grupo de escalones conducía a un estrecho camino de tierra que se curvaba alejándose del acantilado. Lo siguieron a paso rápido hasta que hizo un giro brusco a la izquierda, adentrándose en un pequeño bosquecillo.

Robert dejó de caminar, sonriendo ante algo que había entre los árboles. Adrian siguió su mirada, sorprendiéndose. Un viejo Volkswagen estaba aparcado allí.

—Hola, preciosidad —dijo Robert, acercándose al coche. Se agachó y pasó las manos por los bajos del vehículo, incorporándose con un juego de llaves.

—Siempre ayuda tener un plan de respaldo. Este coche de escape fue idea mía; Ollie no creía que fuera necesario, pero me alegro de que me escuchara —dijo Robert momentos después, mientras avanzaban a toda velocidad por un camino de tierra que salía del bosque—. No sé cómo nos encontraron. Si han llegado hasta Ollie... —Su voz se apagó, su expresión ensombreciéndose de dolor.

Adrian extendió la mano para tocarle el brazo en un gesto de consuelo. Robert exhaló un suspiro, como si se obligara a concentrarse.

—Mi único otro amigo y contacto además de Ollie e Ivan es Erasmo. Casualmente vive donde tenemos que ir a continuación. Estambul.

Estambul, Turquía
9:06 A.M.

Vittoria miró por la ventana de su avión privado mientras aterrizaba, contemplando la ciudad de Estambul en la lejanía, asaltada por oscuros recuerdos.

Estambul había sido una de las ciudades favoritas de ella y su difunto esposo; incluso habían pasado aquí su luna de miel. Desde

que había mirado la foto de su esposo e hijo en Venecia, más y más recuerdos de su vida anterior habían regresado como una avalancha.

Vittoria había obtenido su doble titulación en medicina y biología en Oxford, donde conoció a su esposo, Ben. Ambos habían sido idealistas, deseosos de hacer del mundo un lugar mejor con el campo emergente de la biología sintética. Vittoria se había distanciado de su madre y de los Dieci, sin querer tener nada que ver con la organización y sus oscuros objetivos. Ingenuamente había pensado que existían formas mejores y menos destructivas de provocar cambios. Lo había creído con todo su corazón, hasta aquel terrible día en que Ben y su hijo Massimo fueron asesinados.

Era una mañana brillante y soleada cuando Ben le dijo que llevaría a su hijo al parque infantil de Gülhane, un gran parque público junto al Palacio de Topkapi, mientras Vittoria asistía a una conferencia. Ella había besado a su esposo largamente en los labios antes de abrazar a su hijo, que estaba ansioso por soltarse de sus brazos para ir al parque. Los había visto con una sonrisa mientras salían del apartamento que alquilaban durante su estancia de algunas semanas en la ciudad. Si hubiera sabido que esa sería la última vez que los vería con vida, se habría aferrado a ambos, negándose a dejarlos salir de su vista.

Dos horas después, a solo un par de manzanas de donde su hijo se deslizaba alegremente por un tobogán y se columpiaba mientras su esposo lo fotografiaba y grababa videos, un terrorista suicida detonó su chaleco, matando instantáneamente a su esposo e hijo, junto con cientos de otras personas.

El dolor de Vittoria había sido un agujero negro del que pensó que nunca saldría. Su madre, de quien se había distanciado, volvió a entrar en su vida. Valentina le dijo a Vittoria que lo que le había sucedido a su familia demostraba que el mundo estaba más allá de la redención, que todavía podía provocar cambios.

—La sabiduría antigua nos enseña que la destrucción es el único camino hacia la renovación. Es la única forma de lograr un mundo donde inocentes como tu esposo e hijo nunca vuelvan a sufrir daño —había murmurado Valentina, mirando a los ojos llenos de lágrimas de Vittoria.

No pasó mucho tiempo para que el dolor de Vittoria se convirtiera en ira, luego en determinación. Su madre tenía razón. El mundo tal como era... estaba más allá de la redención. Fundamentalmente roto. Se necesitaba una limpieza, una renovación.

Se había unido oficialmente a los Dieci, y después de la muerte de su madre ocupó su lugar como una de sus líderes, decidida a llevar sus planes hasta el final. Utilizó sus conocimientos médicos para ayudar a avanzar en su objetivo... el arma biológica definitiva.

Desde el principio, la debilidad de la humanidad provenía de lo muy pequeño: los patógenos. Era el arma más efectiva que pondría a la humanidad de rodillas. Su laboratorio en Ginebra trabajaba en la creación del patógeno definitivo, derivado de la bacteria Yersinia pestis, que había causado la Peste Negra. Pero lo combinaría con un virus cuidadosamente diseñado, haciéndolo cientos de veces más letal. Solo los Dieci tendrían la vacuna, que su laboratorio estaba desarrollando junto con el virus. El patógeno era la única forma de darle al mundo el reinicio que necesitaba, una purificación para comenzar de nuevo.

Sin embargo, ninguna de las muestras que habían probado era lo suficientemente potente, y por eso la llave era tan importante. Los archivos de los Dieci hablaban de la llave, escondida durante siglos desde los días de la purificación original, la Peste Negra. Era una cepa particularmente letal que traería el fin... la renovación que el mundo tan desesperadamente necesitaba.

DIECIOCHO

Terate, Italia
9:15 A.M.

Cora observaba las astillas en la estufa de leña, esperando que prendieran fuego. Este era su tercer intento, y su frustración, junto con la ansiedad que la invadía desde que la habían obligado a abandonar su hogar, iba en aumento.

Miró alrededor de la rústica cocina. Ella e Ivan se encontraban en una antigua casa de campo en un pueblo a un par de horas de Milán. Ivan le había informado que se quedarían allí por el momento, sin darle más información. Cuando le preguntó a quién pertenecía la casa, él simplemente le respondió con brusquedad: —Un amigo de confianza.

Decidió mantenerse ocupada intentando usar la estufa de leña de aspecto arcaico para preparar un té; Ivan le había proporcionado la leña y los encendedores antes de dirigirse al pueblo para comprar más víveres.

—Lo estás haciendo mal.

Se volvió y encontró a Ivan en el umbral de la puerta, con su característico ceño fruncido. Dejó la bolsa de compras y se acercó. Se arrodilló junto a la puerta de la estufa, abriéndola un poco más y usando otro encendedor para prender las astillas. Tras unos momentos, las astillas comenzaron a arder.

—Dejé comida en la habitación de al lado —dijo con aspereza, enderezándose y saliendo de la cocina.

Cora lo vio marcharse, de repente desesperada por compañía, por no estar sola con sus preocupaciones, que habían estado acelerándose durante el largo vuelo y el viaje desde el aeropuerto hasta la casa. Ivan apenas le había hablado durante todo el trayecto.

—¿Cómo llegaste a ser amigo de mi marido? —soltó.

Ivan se detuvo, mirándola. —Es un buen hombre —dijo simplemente. De nuevo, comenzó a irse, pero Cora lo detuvo.

—Ivan... mira, no sé cuánto tiempo vamos a estar aquí. Bien podríamos conocernos mejor. Crecí en Maryland, conocí y me enamoré de mi marido en la universidad, y tengo una hija maravillosa. Una noche emocionante para mí es una copa de vino y una comedia romántica, que mi hija detesta, pero me consiente y las ve conmigo. Creo que juntas hemos visto cientos desde que Robert desapareció. Siempre se me han dado bien los números, así que me hice contable. No sé cómo me metí en todo esto... este es el terreno de mi hija. Honestamente, no sé de dónde saca Adrian su valentía. Desde luego, no de mí. Con solo ver una araña tengo suficiente para asustarme hasta lo indecible.

Cora sabía que estaba divagando, pero se sentía bien hablar, salir de su propia cabeza. Para su sorpresa, Ivan parecía escuchar atentamente cada palabra. Incluso creyó ver que sus labios se curvaban con diversión cuando mencionó su amor por las comedias románticas.

—Le prometí a tu marido que te mantendría a salvo hasta que puedan reunirse —dijo finalmente—. Eso es todo.

—Pero ¿por qué harías tanto por ayudarlo? —insistió Cora, genuinamente curiosa y ligeramente avergonzada por su verborrea. La expresión de Ivan se cerró, y apartó la mirada.

—Tengo un hijo —dijo secamente—. Él...

Se detuvo bruscamente, sacudiendo la cabeza como para evitar compartir más información. Ivan se dio la vuelta y salió a grandes zancadas de la cocina. Cora lo vio marcharse, mientras una revelación comenzaba a formarse en su mente. Lo siguió hasta la

habitación contigua, donde estaba descargando los comestibles sobre la mesa.

—Te están haciendo lo mismo, ¿verdad? —presionó—. ¿Te obligan a trabajar para ellos a cambio de la vida de tu hijo?

Él se tensó, y ella pudo ver que intentaba mantener una expresión neutral, pero un profundo dolor destelló en sus ojos.

Un odio repentino y abrasador por los Dieci, por lo que le habían hecho a Robert y a su familia, a Ivan y a incontables otros, se encendió en su pecho. Ella no era como su feroz, valiente y trotamundos hija o como su marido que había pasado por Dios sabe qué. Era solo una contable entrada en años que vivía en un suburbio de Virginia. Pero de repente sintió la necesidad de *hacer* algo.

Solo soy contable. Cora se quedó inmóvil. Era algo en lo que siempre había sido excepcionalmente buena... los números. El dinero solo eran números. Todos operaban con dinero, incluso los malos. *Especialmente* los malos. Dada la sofisticación de los Dieci, debían tener algún tipo de red financiera... lo que significaba que podían ser rastreados.

—Quieres acabar con estos tipos tan desesperadamente como mi marido, ¿verdad? —preguntó lentamente.

Ivan solo le dio un brusco asentimiento. Había dejado de desempacar los víveres y la estudiaba, pareciendo darse cuenta de que había llegado a una revelación.

—Entonces tengo una idea —dijo ella—. Pero necesito que me cuentes todos los detalles que sepas sobre los Dieci.

Estambul, Turquía
11:27 A.M.

La ciudad más grande de Turquía, con una población de más de quince millones de almas, Estambul era un centro económico y cultural, una antigua encrucijada entre Europa y Asia que se extendía a ambos lados del estrecho del Bósforo.

Su dramática arquitectura hablaba de su pasado bajo el dominio bizantino y otomano, desde las antiguas Murallas de Constantinopla, la Mezquita del Sultán Ahmed, conocida como la Mezquita Azul, hasta el Palacio de Topkapi. Era una ciudad tanto impregnada de historia como de modernidad, con edificios contemporáneos y rascacielos que convivían con sus estructuras más antiguas.

Habían volado desde Dubrovnik hasta el Aeropuerto Internacional de Estambul usando pasaportes falsos proporcionados por el contacto de su padre, Erasmo. Robert los condujo por las bulliciosas calles de la ciudad en su coche de alquiler, y Adrian observaba los lugares emblemáticos, desde la magnífica Santa Sofía hasta la animada Plaza Taksim mientras se dirigían hacia el distrito de Fener, donde vivía Erasmo.

Antes de la desaparición de su padre, le encantaba Estambul, apreciaba su rica historia. Pero ahora oscuros recuerdos la invadían al recordar su viaje a Estambul tras la desaparición de su padre, solo para encontrarse con un muro tras otro al tratar con las autoridades locales. Podía recordar claramente cómo regresaba a su hotel, derrumbándose en sollozos al darse cuenta de que su padre podría haberse ido para siempre.

Encontró la mirada de su padre, y su expresión era de dolor. Él también tenía recuerdos oscuros de esta ciudad.

Pronto entraron en el distrito de Fener, que una vez fue hogar de las poblaciones judía y griega de la ciudad. Ahora era un barrio más tranquilo que las zonas más turísticas, donde vivían muchos lugareños. Situado a lo largo de las orillas del Cuerno de Oro, una ensenada del estrecho del Bósforo, estaba salpicado de cafés, bistros, coloridas casas tradicionales otomanas y encantadoras calles empedradas.

Robert aparcó en una calle lateral, y siguieron sus pasos hasta una de las casas otomanas, esta pintada de un tono azul oscuro. Justo cuando Robert levantaba la mano para llamar, la puerta se abrió, y una mano lo arrastró dentro, con una pistola presionada en la base de su garganta por un hombre turco robusto pero musculoso.

DIECINUEVE

Aterrados, Adrian y Nick se lanzaron hacia adelante, pero Robert levantó las manos, manteniendo su mirada fija en el hombre.

El hombre tenía el cabello oscuro hasta los hombros salpicado de gris, y ojos plateados que atravesaban a su padre con una mirada suspicaz.

—*Fac fortia et patere* —dijo Robert.

Adrian reconoció el lema en latín, significaba hacer actos valientes y perseverar. La frase parecía ser algún tipo de código secreto entre ellos, ya que el hombre observó a Robert durante varios momentos tensos antes de bajar el arma. Su expresión dura se disipó y ofreció a su padre una sonrisa de disculpa.

—Lo siento, amigo mío —dijo. Su inglés era bueno, con solo un ligero acento turco—. Pero no puedo ser demasiado precavido.

Se volvió hacia ellos con una cálida sonrisa, como si no acabara de presionar un arma contra la garganta de su padre. —Soy Erasmo. Y tú debes ser Adrian, la pequeña de Robert —dijo—. Afortunadamente, no te pareces a él, Robert.

Adrian miró con furia a Erasmo, la ira aún corriendo por sus venas. Su padre dio un paso adelante, colocando una mano apaciguadora en su brazo.

—Está bien. Tenemos un... sistema entre nosotros. Nunca sabemos quién ha sido comprometido. Y después de lo que le pasó a Ollie...

La jovialidad de Erasmo se desvaneció, y miró a Robert con preocupación. —¿Qué le pasó a Oliver?

Robert le dio una mirada sombría. —Hay mucho de lo que tengo que ponerte al día.

Se sentaron alrededor de una mesa en el balcón de Erasmo que daba a las coloridas casas del distrito. Desde su punto de vista, Adrian podía vislumbrar las aguas brillantes del Cuerno de Oro. Erasmo les había servido lo que él llamaba un desayuno típico turco, completo con tazas de té negro y un surtido de carnes curadas, pan, frutas y quesos.

—Me avergüenza decir que una vez fui miembro de los Dieci —dijo Erasmo, ensombreciendo sus ojos grises—. La membresía tiende a pasar de padre a hijo, de madre a hija. Mi padre era miembro. Ingenuamente pensé que era principalmente una sociedad histórica. Antes de trabajar en la inteligencia turca, estudié historia, específicamente la historia de mi país e Estambul. En otra vida, habría sido un aburrido profesor de historia. Es por eso que dejé la inteligencia turca, en realidad. Quería dedicarme a la academia. Pero luego descubrí los verdaderos objetivos de los Dieci... —se interrumpió, con dolor parpadeando en su rostro.

Su padre extendió la mano para darle un reconfortante apretón en el hombro a Erasmo, negando sutilmente con la cabeza. Adrian sospechaba que había más en la historia de Erasmo.

Erasmo le dio a Robert una mirada de arrepentimiento. —Nuevamente, lamento haberte amenazado, amigo mío. Pero...

—Estás perdonado —dijo Robert con firmeza. Se volvió para darles a Adrian y Nick una larga mirada, como desafiándolos a que lo cuestionaran. Le recordó a las miradas que le daba cuando era una niña desobediente.

Adrian solo le dio a su padre un brusco asentimiento. Todavía estaba molesta con Erasmo por amenazar a su padre, pero no había tiempo para guardar rencores. Estaban allí en una misión.

Robert puso al día a Erasmo sobre todo lo que había sucedido desde que se habían reunido en Dubrovnik, incluyendo la carta codificada y su teoría de que los Dieci buscaban crear un arma biológica, terminando con la emboscada en la casa de Oliver. Erasmo guardó silencio, con el ceño fruncido por la preocupación.

—Haré que mis contactos verifiquen cómo está Oliver —dijo Erasmo, aunque no parecía optimista—. En cuanto a tu teoría sobre un arma biológica... me temo que podrías tener razón. Los altos mandos lo mantienen en secreto, pero hay rumores de un laboratorio donde están realizando pruebas con patógenos potenciales.

Adrian se quedó inmóvil, sintiendo un escalofrío. —Están buscando algún tipo de clave, algo del pasado para ayudarlos con esta arma biológica —dijo—. ¿Tienes alguna idea de qué podría ser?

Erasmo consideró su pregunta por un momento, tamborileando con los dedos sobre la mesa. —Sé que los venecianos experimentaron con armas biológicas contra sus enemigos en la época medieval, durante el apogeo de su poder. Esa podría ser la razón por la que la carta que robaron era tan importante, la que menciona a un médico en Estambul. Tal vez ese médico descubrió algo, algo que todavía podrían usar hoy. No hay forma de saberlo con certeza hasta que averigüemos exactamente quién era este médico. Y eso en sí mismo es un problema. Un médico en Estambul de este período abarca un amplio grupo. ¿Era un médico local de Estambul? ¿Un médico veneciano que casualmente estaba en Estambul? ¿O un médico de la corte bizantina?

—Quienquiera que fuera este médico, estaba ayudando a los venecianos —dijo Robert—. La carta dejó eso claro.

—Esto va a ser como buscar una aguja en un pajar histórico —dijo Erasmo—, pero podemos investigar en los registros del período bizantino para ver si hay alguna mención de médicos locales notables de esta época. Los registros de esa era son difíciles de encontrar aquí en Estambul; la mayoría se perdieron durante y después de la conquista otomana, y muchos documentos que sobrevivieron se guardan en monasterios fuera del país. Pero hay un

par de lugares que podemos revisar aquí: los archivos del Museo del Palacio Tekfur y la biblioteca de la Universidad de Estambul.

—Necesitamos movernos rápido —dijo Robert—. Los Dieci han tenido la carta durante al menos unas semanas, lo que significa que ya la han descifrado. Nos llevan mucha ventaja.

—*Si* han encontrado algo —respondió Erasmo—. Y ya sabes cuánto me gustan los desafíos —añadió con un guiño.

Se puso de pie, la determinación en su rostro ahuyentando la actitud juguetona. —Ahora. Vamos a impedir que estos bastardos encuentren la clave que están buscando.

VEINTE

Estambul, Turquía
1:48 P.M.

El Palacio de Tekfur, o Palacio de Porfirogénito, era uno de los pocos palacios bizantinos que sobrevivían en Estambul, que se remontaba al siglo XIII. El nombre griego del palacio, Porfirogénito, significaba 'nacido en la púrpura', en referencia al lugar de nacimiento del heredero del emperador, mientras que el nombre turco, Tekfur, significaba 'Palacio del Soberano'. Fue una residencia imperial en los últimos días del imperio bizantino, y tras la caída de Constantinopla sirvió para todo, desde burdel hasta zoológico, pasando por taller de cerámica.

Fue abandonado a principios del siglo XX, y se sometió a restauraciones en el siglo XXI antes de su transformación actual en museo. Con su restaurada fachada bizantina y su interior de columnas de mármol, junto con una arcada que daba a un amplio patio, era difícil no admirar el palacio y el extenso trabajo de restauración que había experimentado.

Adrian tuvo que esforzarse por concentrarse y no admirar toda la arquitectura; ella y su padre tenían una tarea importante. Habían decidido dividirse y conquistar, con Adrian y su padre yendo al Palacio Tekfur, mientras Erasmo y Nick habían ido a la biblioteca principal de la Universidad de Estambul. Adrian había sugerido los

equipos, sorprendida por la ferocidad con la que no quería dejar a su padre fuera de su vista... como si fuera a desaparecer de nuevo. Se preguntaba si ese sentimiento desaparecería alguna vez.

Una vez que llegaron a la sala de registros, ella y su padre le dieron a la archivista su historia de cobertura: que Robert era un profesor y ella su ayudante de enseñanza, investigando las relaciones entre los líderes venecianos y bizantinos en los siglos XII y XIII. Esperaban que esta información les diera más contexto mientras buscaban a este misterioso doctor.

—Tal vez quieran empezar investigando a Enrico Dandolo —les dijo la archivista, una mujer joven que se presentó como Damia—. Fue un dux de Venecia que estaba furioso con Constantinopla por los arrestos masivos de venecianos. Se convirtió en dux años después de los arrestos, pero aún le enfurecían; está bien documentado.

Adrian y su padre siguieron el consejo de Damia, examinando los documentos que ella les había proporcionado. Revisando los registros, Adrian descubrió que Enrico Dandolo había nacido en una poderosa familia veneciana y fue elegido como dux de Venecia al final de su vida, cuando tenía ochenta y cuatro años. En el siglo XII, antes de ser elegido dux, visitó Constantinopla para negociar reparaciones para los venecianos después de los arrestos masivos con el emperador Andrónico, y los venecianos fueron liberados.

Adrian y Robert examinaron cada documento que Damia les proporcionó, esperando encontrar cualquier referencia a un médico prominente asociado con Dandolo. Supieron que su esposa, Contessa, manejaba sus asuntos mientras él viajaba, junto con su hermano y un amigo de la familia llamado Fillippo. Pero no había mención de un médico.

La frustración se enroscaba en el vientre de Adrian, pensando en las palabras de Erasmo. Efectivamente estaban buscando una aguja en un pajar histórico. Estaba a punto de sugerir que redirigiesen el foco de su búsqueda cuando tropezó con algo.

Adrian se quedó inmóvil, leyendo y releyendo el documento.

—¿Adrian? —Su padre la miraba expectante.

Ella deslizó hacia él el documento que había estado leyendo.

—Esta es una copia de una carta enviada por un diplomático extranjero que visitaba la corte bizantina aproximadamente en la misma época en que se escribió la carta que encontramos en Dubrovnik.

—Vale —dijo su padre lentamente, ojeando la carta.

—Esto es lo que descubrí antes de tropezar con ese documento: antes del emperador Andrónico, una mujer llamada María de Antioquía gobernó el imperio como regente de su hijo. No era popular entre sus súbditos, ya que era occidental de nacimiento, y favorecía abiertamente a los mercaderes italianos. Los mercaderes *venecianos*.

Robert se enderezó al oír esto, con los ojos muy abiertos. Adrian sonrió y continuó:

—Fue este descontento en torno a su gobierno lo que permitió a Andrónico tomar el poder. Andrónico la encarceló, la mató y, más tarde, también mató a su hijo, antes de apoderarse del poder. —Señaló el documento que le había pasado—. Esta carta menciona a un médico privado que María tenía hasta el momento de su asesinato, que se rumoreaba era su amante, aunque como era tan detestada por sus contemporáneos, rumores como estos son probablemente falsos. Esta carta incluso insinúa que quizás no fue asesinada después de todo, sino que huyó con su médico personal.

Robert asintió lentamente, comprendiendo la situación.

—Así que este médico mencionado podría haber estado trabajando con la emperatriz —que favorecía a los venecianos— en algún tipo de arma biológica que pudiera destruir a sus enemigos. Un arma que el Dieci está buscando ahora.

—Exactamente. Papá, esto podría ser. Tenemos que encontrar su rastro antes que ellos —dijo Adrian, con voz cada vez más urgente.

Robert la estudió por un largo momento, con una emoción indescifrable de repente en sus ojos.

—¿Qué?

—Es solo que... es la primera vez que te oigo llamarme 'Papá' en más de una década. Hubo un tiempo en que pensé que nunca volvería a escuchar tu voz, y mucho menos...

Sin pensarlo, Adrian extendió la mano para cubrir la de su padre con la suya. Robert le ofreció una sonrisa que ella devolvió, y compartieron un momento de emoción, hasta que Adrian retiró su mano.

—Debería ponerme en contacto con Nick y Erasmo.

Mientras marcaba el número de Nick, su padre dejó escapar una brusca inhalación.

Adrian levantó la mirada, sobresaltada, cuando una hermosa mujer de cabello oscuro entró, seguida por una alta e imponente guardia femenina.

—Adrian West —dijo la mujer con suavidad, con solo un ligero acento italiano, sus fríos ojos oscuros fijos en Adrian—. Es tan agradable conocerte en persona al fin.

VEINTIUNO

Estambul, Turquía
2:19 P.M.

Nick empezaba a pensar que se había llevado la peor parte al ser emparejado con Erasmo.

Sabía la razón por la que las parejas habían acabado así: Adrian estaba decidida a no perder de vista a su padre y, dadas las circunstancias, difícilmente podía culparla.

Erasmo era... extraño. Durante su tiempo en el FBI había conocido a todo tipo de personajes, pero Erasmo era uno de los más peculiares. Aunque había parecido algo normal durante el desayuno, sus rarezas se habían vuelto más evidentes durante el tiempo que pasaron juntos. Erasmo tenía la inquietante costumbre de no romper el contacto visual, de contar historias divagantes y crípticas que no llevaban a ninguna parte y, lo más irritante, de hacer preguntas personales inapropiadas. Durante el trayecto a la biblioteca universitaria, Erasmo le había preguntado con toda calma sobre la frecuencia de las relaciones íntimas entre él y Adrian. Nick había permanecido callado, con su irritación en aumento, aliviado cuando finalmente llegaron a la Universidad de Estambul.

Fundada en el siglo XV después de que los otomanos conquistaran Constantinopla, ahora era una de las universidades más prestigiosas del mundo, con distinguidos exalumnos entre los

que se incluían primeros ministros y premios Nobel. El campus principal era rico en historia, centrado en la Plaza Beyazit, una construcción de Constantino el Grande, con antiguas ruinas de las eras romana y bizantina salpicando el recinto. A pesar de los orígenes históricos del campus, la biblioteca principal se encontraba en un edificio claramente moderno al otro lado de la calle de una bulliciosa línea de tranvía.

El personal parecía conocer a Erasmo y lo saludó calurosamente, dirigiéndolos hacia una sección de la biblioteca dedicada a los registros de la era bizantina de la ciudad. Juntos, Nick y Erasmo procedieron a examinar minuciosamente los registros de la corte real de los siglos XII y XIII... cualquier cosa que pudiera conducirlos a este doctor. Pero no estaban encontrando nada significativo.

Nick estaba a punto de rendirse cuando tropezó con documentos que detallaban la historia de la Mezquita Zeyrek de Estambul, que una vez había sido un monasterio cristiano. Lo que le llamó la atención fue el hecho de que una vez albergó un hospital activo en el mismo período en que estaban buscando a este doctor.

—¿Qué sabes sobre la Mezquita Zeyrek? —preguntó Nick a Erasmo. Por muy extraño que le pareciera el hombre, era una fuente de conocimiento sobre la historia de Estambul.

—Ah, la subestimada y apenas visitada Mezquita Zeyrek, flotando a la sombra de Santa Sofía —dijo Erasmo, reclinándose en su silla—. Después de Santa Sofía, es la segunda iglesia bizantina más grande que aún se mantiene en pie aquí en Estambul. Como muchos lugares de culto cristianos, fue convertida de monasterio a mezquita después de la conquista otomana de Constantinopla y nombrada en honor a Molla Zeyrek, un erudito.

—El monasterio una vez albergó un hospital —dijo Nick, dándole a Erasmo una mirada significativa. Señaló uno de los documentos antes de deslizarlo por la mesa—. Dice aquí que el monasterio era la sede veneciana para el clero durante el siglo XIII después de la Cuarta Cruzada, y cuando el Imperio Latino ocupó Constantinopla.

—Eso no lo sabía —dijo Erasmo, pareciendo genuinamente sorprendido de no saber algo sobre la historia de Estambul—. Eso podría ser muy significativo, sin duda.

—Voy a contactar con Adrian y Robert, a ver qué han encontrado hasta ahora —dijo Nick, pero tan pronto como sacó su teléfono, este comenzó a vibrar con el identificador de llamada de Adrian—. Hablando del rey de Roma.

Contestó. Al principio hubo silencio al otro lado, y le tomó unos momentos comprender lo que estaba escuchando.

Cuando lo hizo, el pánico lo invadió y miró a los ojos de Erasmo, con el rostro palideciendo.

2:47 P.M.

—Tengo hombres apostados por todo el museo que no dudarán en empezar a matar gente. Comenzaré con tu padre —continuó la mujer. La guardia femenina dio un paso adelante, apuntando su pistola a Robert.

Adrian se obligó a mantener la calma, manteniendo su mirada fija en la mujer, contenta de que Damia se hubiera excusado para ir a otro departamento varios minutos antes; inadvertidamente se había mantenido fuera de peligro. Pero no sabía cuánto tiempo se quedaría Damia alejada. Necesitaba pensar rápido.

Adrian había deslizado rápidamente su teléfono móvil en su bolsillo después de que Nick contestara, rezando para que pudiera oír todo lo que se estaba diciendo. Necesitaba ganar tiempo, pero era difícil mantener la calma cuando había una pistola apuntando a su padre por segunda vez en menos de unas horas.

—Robert —dijo la mujer, aún mirando a Adrian mientras se dirigía a él—, mi madre estaría muy decepcionada. Conoces el precio de la traición.

—Lo sé, Vittoria —dijo Robert con calma. A pesar del arma apuntándole, toda su atención estaba en la mujer—. Pero puedo ayudarte. Solo deja ir a mi hija.

—Tú no eres quien da las órdenes aquí, Doctor West. Soy yo —replicó Vittoria, entrecerrando los ojos—. Sabemos que has leído la

carta de Dubrovnik. ¿Qué más habéis encontrado?

Adrian debatió mentir, pero no quería arriesgarse con la vida de su padre, especialmente considerando que lo que habían encontrado estaba a plena vista sobre la mesa. Vittoria levantó una ceja, dándole una mirada expectante.

—Encontramos referencias a un médico que trabajaba con María de Antioquía, una emperatriz bizantina que se mostró amistosa con los venecianos. Todo está ahí —dijo Adrian apresuradamente, señalando los registros en la mesa.

Vittoria comenzó a dirigirse hacia la mesa cuando el sonido de sirenas y neumáticos chirriando en el estacionamiento asaltó sus oídos. El corazón de Adrian saltó con esperanza. *Nick*. Al darse cuenta de que él y Erasmo no podían llegar a tiempo, debió de haber llamado a la policía, dándoles la oportunidad de escapar.

Adrian pasó a la acción.

Apoyándose contra la mesa, se puso de pie de un salto y la levantó, empujándola hacia Vittoria y su guardia. Ambas retrocedieron tambaleándose, sorprendidas, mientras ella y Robert se giraron, corriendo hacia la salida trasera.

Se dirigieron hacia las estanterías en la parte posterior de la sala, usándolas como cobertura mientras se escabullían. Podía oír los pasos de Vittoria y su guardia apresurándose tras ellos. Su corazón estaba en su garganta mientras ella y su padre alcanzaban la salida trasera, empujando la puerta para abrirla y saliendo disparados.

Para su alivio, una densa multitud de visitantes del museo estaba evacuando; Adrian y Robert se apresuraron hacia adelante, mezclándose con la multitud. Oyó la puerta de la sala de registros golpear al abrirse cuando Vittoria y su guardia salieron precipitadamente, pero Adrian se movió a propósito delante de un hombre alto y su esposa, usándolos como cobertura mientras se abrían paso hacia fuera.

Su pulso se aceleró mientras ella y su padre mantenían el ritmo con la multitud antes de escabullirse por una salida lateral. Permanecieron quietos, esperando tensamente para ver si Vittoria había detectado su rastro, pero nadie se acercó a ellos. Por ahora, al menos, las habían perdido.

Después de varios momentos más de tensión, Adrian agarró el brazo de su padre, y se alejaron apresuradamente del museo.

VEINTIDÓS

Robert y Adrian corrieron por las serpenteantes calles que los alejaban del museo hacia el barrio de Ayvansaray, repleto de monumentos históricos que trazaban la historia de la ciudad desde la era bizantina hasta la otomana, desde mezquitas que alguna vez fueron iglesias hasta los restos de las murallas de Constantinopla que habían defendido la gran ciudad de ataques extranjeros.

Una vez que salieron de las inmediaciones del museo, redujeron el paso a una caminata rápida, vigilando con atención sus alrededores. Finalmente atravesaron una serie de calles residenciales hasta llegar a una zona más comercial, rebosante de tiendas, hoteles y cafés. Después de adentrarse más en aquel laberinto de calles, Adrian divisó un pequeño café lleno de gente. Le hizo un gesto a su padre para que la siguiera, y entraron.

Adrian miró discretamente a su alrededor mientras Robert pedía dos tés negros turcos. Por la variedad de idiomas que iban desde el inglés hasta el turco, podía tanto oír como ver que el café estaba lleno de turistas y lugareños, ninguno de los cuales parecía interesarse en ella y su padre, salvo por algunas miradas curiosas.

Una vez que tuvieron sus tés, Adrian se sentó deliberadamente junto a un gran grupo de turistas cerca de la puerta trasera, donde podrían salir rápidamente si fuera necesario. Sin dejar de vigilar sus alrededores, envió un mensaje a Nick y Erasmo para hacerles saber dónde estaban.

—¿Quién era esa mujer? —susurró Adrian, dejando su teléfono.

—Solo conozco su nombre. Es la hija de la mujer que me mantuvo cautivo, Valentina. Parece haber tomado el lugar de Valentina desde su muerte. He tenido poca interacción con ella, pero por lo que he oído, es tan despiadada como su madre. Quizás incluso más.

—¿Cómo supo que estaríamos allí? ¿Crees que nos ha estado siguiendo, o fue simple casualidad?

—Hemos sido cuidadosos... quizás ya estaban allí y nos vieron entrar. Después de todo, buscamos lo mismo.

—¿Y por qué te ofreciste a sacrificarte... otra vez? Te habría matado sin más. Ya te has sacrificado lo suficiente.

Su padre se puso tenso, devolviendo su mirada de reproche con una dura mirada propia. —Siempre me sacrificaré por ti y por tu madre.

—Sé lo que estás dispuesto a hacer, créeme. Insisto, puedo ponerte a salvo. La agencia tiene recursos...

Pero Robert había levantado la mano, negando con la cabeza. —No. Voy a llegar hasta el final con esto.

Antes de que Adrian pudiera responder, dos hombres turcos altos entraron al café, mirando alrededor. Ella se tensó, relajándose solo cuando se unieron a otro grupo de hombres sentados en el centro del café.

—Deberíamos seguir moviéndonos. Nick y Erasmo pueden encontrarnos en la parte de atrás —dijo Adrian.

Afortunadamente su padre no protestó, y se escabulleron por la puerta trasera que daba a un callejón estrecho.

Se apresuraron por el callejón, congelándose al escuchar un coche que se dirigía hacia ellos a toda velocidad.

Con el pánico invadiendo sus venas, Adrian tiró de su padre contra la pared mientras el coche frenaba bruscamente frente a ellos. Pero el alivio la invadió al reconocer el coche y a su conductor.

Erasmo asomó la cabeza, ofreciéndoles una sonrisa. —¿Necesitan que los lleve?

Instituto Vrânceanu de Arqueología Histórica
Bucarest, Rumania
5:17 P.M.

Polina aparcó al otro lado de la calle frente al instituto, hundiéndose en su asiento. Solo un día antes se habría sentido ridícula haciendo lo que estaba haciendo, pero después de haber escuchado lo que Mikhail y aquellos hombres estaban discutiendo...

Soltó un suspiro, reprimiendo su creciente pánico. Había solicitado vacaciones, diciéndole a Mikhail que iba a tomarse un descanso prolongado para visitar a su familia. Por la expresión en el rostro de Mikhail, se había creído su historia y parecía aliviado, lo que solo alimentó aún más sus sospechas.

En realidad, había dejado su apartamento, se había registrado en un pequeño hotel bajo un nombre diferente y había alquilado un coche. Tenía que confirmar si lo que había oído era realmente lo que sospechaba. Si era así...

El miedo la invadió y apretó el volante. *Un paso a la vez, Polina.*

Conocía el horario de Mikhail a la perfección, por lo que había venido al instituto para seguirlo a donde fuera después del trabajo, algo que iba a hacer durante las próximas tres semanas de sus "vacaciones". Polina esperó durante veinte minutos hasta que vio a Mikhail salir del edificio, observando cómo entraba en su coche y se alejaba.

Polina arrancó su coche y lo siguió a distancia mientras él se alejaba del instituto y recorría las calles del centro de Bucarest.

El tráfico era intenso, pero eso facilitaba seguir a Mikhail a través de las bulliciosas calles, pasando por los principales lugares de interés de la ciudad, desde el Palacio del Parlamento, las calles del Casco Antiguo, hasta el viejo Ateneo Romano.

Normalmente, Polina disfrutaría de las vistas de la ciudad que había convertido en su hogar. Había crecido en un pequeño pueblo no muy lejos de Bucarest, un pueblo que su familia había llamado

hogar durante generaciones, pero se había enamorado de Bucarest cuando llegó a trabajar al instituto, con su encanto moderno de gran ciudad y su larga historia.

Pero ahora solo podía concentrarse en seguir el Renault gris oscuro de Mikhail por las calles, con la inquietud recorriendo su cuerpo.

Mikhail tomó el puente de Basarab sobre el río Dâmbovița, que serpenteaba por toda la ciudad, hacia las afueras de Bucarest hasta llegar al barrio residencial de Pipera. Polina frunció el ceño al darse cuenta de dónde estaban... el barrio de Mikhail. Había ido a su casa para las fiestas navideñas que organizaba para sus empleados al menos dos veces. La derrota se apoderó de ella al darse cuenta de que Mikhail simplemente iba a casa. El arrepentimiento mezclado con esperanza comenzaba a surgir dentro de ella... tal vez estaba dando demasiada importancia a lo que había oído.

Aun así, lo siguió hasta su casa, viendo un coche familiar estacionado afuera, un Dacia Logan azul. Frunció el ceño. Era el coche de Florin.

Aparcando a varias casas de distancia, observó cómo Florin salía de la casa de Mikhail justo cuando este salía de su coche, luciendo pálido y alterado. Florin se acercó a Mikhail, hablando rápidamente y agitando sus manos en el aire mientras Mikhail respondía con lo que parecía ser irritación; los dos parecían estar en una acalorada discusión.

Finalmente, la puerta principal de Mikhail se abrió de golpe y dos hombres imponentes salieron. Ella se quedó inmóvil. Eran los mismos dos hombres que Polina había visto con Mikhail en el instituto.

Florin los observó, su cuerpo tensándose. La vista de ellos parecía asustarlo, y bajó la cabeza, quedándose en silencio y volviéndose para regresar a la casa. Los dos hombres asintieron a Mikhail y lo siguieron.

Con aspecto complacido, Mikhail echó un vistazo a la calle. Alarmada, Polina se hundió en su asiento. Después de varios momentos, él entró en la casa.

Lo observó desaparecer en su hogar, recordando con absoluta claridad lo que había escuchado en el instituto.

—La extracción del patógeno ha resultado difícil —dijo Mikhail—. No sé si será viable. Las muestras están muy degradadas.

—Ella querrá examinar lo que hayas podido extraer —respondió uno de los hombres—. Y esperará un informe completo cuando vayas a reunirte con ella en Génova.

Extracción del patógeno. Esas palabras la habían golpeado como una bala, y todo el secretismo cobraba sentido.

Ahora, ver a Florin solo confirmaba sus sospechas. Sabía que Mikhail tenía un laboratorio sofisticado en el sótano de su casa.

Su jefe, con la ayuda de Florin, estaba intentando extraer un patógeno de huesos antiguos.

Un patógeno que había matado a millones.

VEINTITRÉS

Estambul, Turquía
5:57 P.M.

Adrian y los demás entraron en la casa franca en el centro de Estambul, una vivienda contemporánea de tres pisos con varias habitaciones de invitados, decoración minimalista y una azotea con una vista panorámica de la ciudad. Nick dejó escapar un silbido bajo al entrar, observándolo todo.

—Buen trabajo, Vince.

Adrian sonrió, dirigiendo su atención a su padre y a Erasmo, quienes examinaban con cautela el interior de la casa.

Después de poner al día a Erasmo y Nick sobre lo que había sucedido en el museo con Vittoria, había convencido a Robert y Erasmo de que necesitaban contactar al grupo operativo para encontrar una casa segura. No podían arriesgarse a volver a la casa de Erasmo en caso de que Vittoria los hubiera rastreado hasta allí. Robert y Erasmo habían accedido solo de mala gana.

Para poder usar la casa franca, Adrian y Nick confesaron a Briggs lo que estaban haciendo en Estambul. Erasmo había detenido su coche en una calle lateral vacía para que Nick y Adrian pudieran salir y llamar a Briggs.

Le habían contado a Briggs todo sobre los Dieci y el cautiverio de su padre, los planes de los Dieci, el enfrentamiento con el tirador en

Dubrovnik y su encuentro con Vittoria.

—No puedo decir que esté entusiasmado con esto. Que ustedes dos se hayan ido por su cuenta no es exactamente sorprendente —había dicho Briggs, soltando un suspiro—. Pero sabía que ambos tramaban algo cuando le pidieron a Vince que pasara una foto por reconocimiento facial. Sospechaba que ninguno de los dos sería capaz de tomarse unas vacaciones de verdad.

—Oye —respondió Nick en un tono de falsa ofensa—. Nos tomaremos unas vacaciones de verdad... algún día. Y dile a Vince que es un traidor.

—Adrian, me alegra saber que tu padre está vivo —continuó Briggs, suavizando su tono—. Mantendré ese hecho en secreto hasta que todo esto termine.

—Gracias —dijo Adrian, sorprendida y aliviada. La desaparición de su padre era bien conocida en el FBI, que la había investigado antes de que Adrian se convirtiera en agente.

—Me pondré en contacto con las autoridades locales de Dubrovnik para ocuparnos del tirador, y puede que tengan información sobre su identidad. Haré que el grupo operativo investigue a esta tal Vittoria y también la desaparición de Lucija Novak —añadió Briggs—. Mantenedme informado. Lo pido amablemente, pero es realmente una orden.

—Touché —respondió Nick antes de terminar la llamada. Poco después, Vince les había comunicado la dirección de la casa franca en el centro de Estambul, un lugar que normalmente utilizaba la CIA.

Ahora, se adentraban en la casa segura. —Voy a revisar si hay dispositivos de escucha —dijo Erasmo, claramente aún desconfiado.

Adrian, Nick y Robert se dirigieron a la espaciosa cocina, encontrando paquetes de MRE, que eran comidas preempaquetadas típicamente reservadas para uso militar, almacenadas en la despensa. Eran de estofado de carne, y Nick las calentó en la estufa mientras Adrian y Robert se sentaban a la mesa. Erasmo entró, uniéndose a ellos.

—Supongo que no encontraste nada —preguntó Nick, arqueando una ceja. Erasmo solo gruñó en respuesta, y Nick sonrió—. ¿Ves? A

veces los estadounidenses podemos ser dignos de confianza.

—A veces —respondió Erasmo, pero sus labios se crisparon con diversión.

—La mujer con la que nos encontramos en el museo, Vittoria. ¿Sabes algo sobre ella? —preguntó Adrian a Erasmo.

—Al igual que tu padre, sé muy poco sobre ella. Mantiene un perfil bajo, incluso entre los líderes —respondió Erasmo—. Pero si está aquí, eso significa que los Dieci también creen que las respuestas están aquí en Estambul.

—Adrian encontró una pista prometedora con la emperatriz María de Antioquía y su médico —dijo Robert, dirigiéndole una mirada de orgullo—. Pero no sabemos cómo seguir su rastro.

—Puede que también hayamos encontrado algo —dijo Nick, mirando brevemente a Erasmo.

Mientras les contaba sobre la Mezquita de Zeyrek, Adrian sintió una oleada de esperanza... era una pista prometedora. Mientras comían, continuaron discutiendo sobre la mezquita y lo que podrían encontrar allí, así como teorías sobre dónde podrían haber ido María y este médico, hasta que notó que afuera estaba completamente oscuro y todos parecían agobiados por la fatiga, especialmente su padre.

Cuando Robert y Erasmo se retiraron a sus respectivas habitaciones, Nick y Adrian subieron a la azotea para tomar aire antes de irse a dormir.

Adrian miró hacia la ciudad, a las oscuras aguas del Bósforo en la distancia, las torres de Santa Sofía alzándose en el cielo, los edificios antiguos con cúpulas junto a los edificios modernos que iluminaban la ciudad con luz. Nick la rodeó con sus brazos por detrás, presionando sus labios contra un lado de su cuello. Adrian cerró los ojos, reclinándose en sus brazos.

—Me tenías preocupado, West —murmuró Nick—. Llamar a la policía fue un acto de desesperación. No deseaba nada más que llegar hasta ti.

—Lo sé —respondió Adrian, sabiendo que ella habría sentido lo mismo**.** —Lo que hiciste fue más que suficiente. Nos dio la oportunidad de largarnos de allí.

Se quedaron en silencio, contemplando la vista panorámica que se extendía ante ellos. Sus pensamientos volvieron a la emperatriz y al médico, preguntándose qué podrían estar pasando por alto y qué habían obtenido de sus pistas que pudiera impulsarlos más adelante.

—Si María no murió como nos cuentan los registros, y ella y su médico lograron huir de Constantinopla, no tenemos idea de cómo seguir su rastro —dijo, deslizándose fuera de los brazos de Nick y volviéndose para mirarlo.

—Creo que hemos hecho demasiadas suposiciones —dijo—. ¿Qué tal si este médico, un médico de la corte, trabajó para el Emperador Andrónico, pero permaneció leal a los venecianos y a María? Los médicos de la corte tenían que trabajar oficialmente para quien estuviera en el poder. Simplemente supusimos que huyó con María o abandonó la corte. Apuesto a que no nos costará mucho averiguar si podemos encontrar referencias de él trabajando para Andrónico.

Momentos después, estaban examinando las copias de los registros que Nick y Erasmo habían traído de la biblioteca, buscando específicamente entre los nombramientos de la corte.

—Ding ding ding —dijo Nick con una sonrisa, mostrando un documento—. Creo que podemos haber encontrado nuestra aguja en el pajar histórico.

Adrian lo estudió, la esperanza llenando su pecho. El documento era un registro administrativo de la corte que hacía referencia a Andrónico trayendo a un nuevo médico de la corte, ya que el anterior se había ido a trabajar al hospital del monasterio local.

El mismo monasterio del que Nick les había hablado, el monasterio que ahora era una mezquita. La Mezquita de Zeyrek.

—Eso no es todo. Mira esa anotación adicional en la parte inferior —añadió Nick—, sobre dónde se formó el médico anterior.

Adrian siguió su mirada, su cuerpo quedándose inmóvil mientras leía la anotación traducida.

Médico no formado en Constantinopla. Formado bajo la tutela de los venecianos.

Era la conexión con Venecia que estaban buscando.

VEINTICUATRO

Terate, Italia
8:17 A.M.

Cora estaba sentada frente al portátil de Ivan en la pequeña mesa de la cocina, revisando lo que parecía ser la millonésima base de datos financiera a la que tenía acceso gracias a su trabajo en la firma de contabilidad.

Ivan le había contado todo lo que sabía sobre cómo funcionaban los Dieci en términos de transferencias de dinero, y ella estaba utilizando esa información para ver si podía rastrear algún rastro financiero. Pero ocultaban bien sus huellas, y no estaba encontrando nada.

Se reclinó en su silla, con lágrimas punzándole los ojos. Horas de estrés y preocupación habían pasado factura. Ivan acababa de salir para dirigirse al pueblo a reponer sus suministros. No había tenido noticias de Robert, así que Cora se quedó preguntándose si su hija y su marido estaban a salvo, o siquiera vivos. Apartó ese pensamiento aterrador, poniéndose de pie y acercándose a la cafetera para prepararse una taza, necesitando darle un descanso a su mente.

Mirando el campo a través de la ventana de la cocina, pensó en cómo, en circunstancias diferentes, esto podría ser unas vacaciones agradables. Ella y Robert habían ido juntos a Europa solo una vez, antes de que Adrian naciera, a pesar de su estatus como un

estudiante de posgrado sin dinero y de que Cora aún estaba al principio de su carrera. Habían ahorrado céntimo a céntimo y se habían tomado un mes para explorar Inglaterra, Francia e Italia.

Habían disfrutado tanto de sus viajes que se prometieron mutuamente retirarse juntos en algún lugar de Europa durante sus años dorados. Había pensado en esa promesa muchas veces en los años posteriores a la desaparición de Robert, con el persistente —y ridículo— pensamiento de que su marido no podía estar muerto porque iban a retirarse juntos en Europa.

Cora se secó las lágrimas mientras vertía su café en una taza antes de dirigirse a la puerta trasera. Necesitaba aire y tenía la intención de recorrer el sendero a través del bosque que Ivan le había mostrado. Como un padre preocupado, le había hecho prometer que no caminaría lejos y que mantendría la conciencia de su entorno. Entendía su preocupación, pero después de solo un par de días de estar aquí, se sentía tan segura como era posible en estas circunstancias. La casa de campo estaba aislada, y no había visto otra alma aparte de Ivan. Solo deseaba saber con certeza si Robert y Adrian estaban a salvo.

Para cuando había caminado un poco por el sendero, respirando el aire fresco del día, se sentía más tranquila y, una vez más, decidida a seguir investigando a esta organización. Mientras su marido e hija estaban fuera salvando el mundo, ella podía hacer su parte para ayudar.

Cora regresó a la casa de campo, atónita al ver a Ivan parado junto a la puerta trasera, con los ojos desbordados de pánico. Al verla, avanzó a zancadas, agarrándola bruscamente del brazo y arrastrándola de vuelta al interior, donde finalmente la soltó.

—¿Adónde fuiste? —gruñó, con su acento más marcado de lo habitual, viéndose tan furioso que Cora dio un paso atrás por miedo.

—Y-yo fui a caminar por el sendero que me mostraste —dijo temblorosa—. ¿Qué-qué está pasando? ¿Ocurrió algo?

Alguna emoción desconocida cruzó por la expresión de Ivan, y él desvió la mirada, negando con la cabeza.

—No. Nada nuevo, pero no es seguro. Hasta que recibamos noticias de hacia dónde ir después, debes quedarte en la casa.

Su tono era áspero, y sus palabras no parecían una sugerencia, parecían una orden. La miró fijamente hasta que ella asintió, y ella observó cómo él se giraba para cerrar la puerta con llave.

Cora lo estudió, con el corazón acelerado. Se había sentido segura con él aquí, y parecía que habían cruzado algún tipo de límite invisible desde que él le había contado sobre su hijo. Pero ahora... algo había cambiado.

Por primera vez desde que lo conoció, un estremecimiento de miedo se deslizó por su columna vertebral.

Estambul, Turquía
9:03 A.M.

Erasmo estacionó a un par de kilómetros de la Mezquita de Zeyrek. Adrian, Nick y su padre usaron los prismáticos que habían encontrado en la casa segura para estudiarla.

Uno de los pocos edificios restantes con arquitectura bizantina en Estambul, con sus techos abovedados y su exterior compuesto de ladrillos empotrados, constaba de dos antiguas iglesias ortodoxas orientales y una capilla. Los terrenos de la mezquita incluían una cafetería y librería, junto con un museo. A partir de una búsqueda rápida en internet, habían aprendido que el museo tenía una sala de archivos, que detallaba hallazgos de la historia de la mezquita. Era donde tenían la intención de buscar a continuación.

Después de la revelación que Nick y Adrian habían descubierto la noche anterior, ella y Nick habían informado a Robert y Erasmo. Habían accedido rápidamente a venir a la mezquita, pero decidieron examinarla primero desde cierta distancia para ver si había signos obvios de Vittoria y sus hombres allí.

—A las tres en punto —dijo Nick, bajando sus prismáticos. Adrian siguió su mirada con sus propios prismáticos, y la angustia se acumuló en su vientre.

Directamente frente al museo, un hombre vestido con un traje oscuro estaba sentado en un sedán negro, vigilándolo.

—¿Cuáles son las probabilidades de que un hombre bien vestido esté vigilando un museo? —preguntó Nick con cautela.

—Digo que abordemos esto con trabajo en equipo —dijo Erasmo, volviéndose para mirarlos—. Nick y yo podemos distraerlo mientras Adrian y Robert entran por la parte trasera para llegar a la sala de registros. Podemos encontrarnos todos de nuevo en la casa segura en dos horas.

—¿Distraerlo? —preguntó Nick con recelo—. ¿Cómo?

—Ya verás, amigo mío —dijo Erasmo, guiñándole un ojo con complicidad.

Adrian podía sentir la inquietud de Nick, pero necesitaban ver qué había aquí, especialmente si podía darles más información sobre este doctor. Nick exhaló un suspiro y ofreció un asentimiento reluctante.

Momentos después, Adrian y Robert se acomodaron en el hueco de un edificio cercano, observando mientras Erasmo se alejaba conduciendo con Nick.

Erasmo condujo audazmente hacia el coche del hombre, embistiéndolo por detrás. El conductor se enderezó inmediatamente, fulminándolo con la mirada.

Erasmo sonrió mientras el conductor los observaba a él y a Nick. El conductor se quedó inmóvil, como si reconociera a Erasmo, a Nick, o a ambos, algo con lo que Erasmo parecía contar. Erasmo le ofreció al hombre su dedo medio antes de alejarse a toda velocidad.

El conductor mordió el anzuelo, los neumáticos de su coche chirriando mientras salía tras Erasmo.

—Esa es una forma de hacerlo —dijo su padre irónicamente, mientras él y Adrian se apresuraban hacia la mezquita.

VEINTICINCO

11:17 A.M.
Estambul, Turquía

Nick estaba bastante seguro de que iba a morir.

Se aferraba con todas sus fuerzas mientras Erasmo tomaba curvas vertiginosas por calles estrechas, con el conductor pisándoles los talones... y el muy cabrón estaba *sonriendo*. Sentía como si hubieran estado corriendo por las calles de Estambul durante horas, aunque Nick sabía que solo habían sido minutos.

A pesar de la conducción temeraria de Erasmo, logró evadir al hombre que los perseguía, y pronto se metió en una calle lateral estrecha antes de girar bruscamente a la izquierda, casi arrollando a un vendedor de frutas que soltó una retahíla de maldiciones. Erasmo se detuvo frente a la casa segura y se volvió hacia Nick.

—Recoge a tu encantadora novia y a su padre —dijo Erasmo, escudriñando por el retrovisor—. Puede que lo haya perdido por ahora, pero no quiero arriesgarme a que retome nuestro rastro.

Nick obedeció, apresurándose a entrar en la casa segura. Para su alivio, Adrian y Robert estaban allí, mirándolo alarmados por su entrada precipitada.

—Tenemos que irnos, ahora.

Treinta Minutos Antes

Adrian recorría a grandes zancadas el salón de la casa segura, apretando los dientes de frustración.

Su intento de buscar información en la mezquita resultó un fracaso. Tan pronto como se colaron por la entrada trasera y llegaron a la sala de archivos, divisaron a otro hombre imponente merodeando junto a la puerta, y el joven archivista dentro parecía aterrorizado. No fue difícil deducir que probablemente pertenecía a los Dieci, como el conductor.

Adrian y su padre habían salido sigilosamente de la mezquita y tomado un taxi hasta la casa segura, mirando frecuentemente por encima del hombro durante el trayecto de regreso. Había esperado que Nick y Erasmo ya hubieran vuelto, pero la casa estaba vacía, y trataba de no preocuparse, convenciéndose de que ambos hombres eran perfectamente capaces de evadir a los hombres de Vittoria.

Por si esta decepción fuera poca, había recibido un mensaje de Athena Karras durante el viaje de regreso a la casa segura, informándole que no había podido obtener más información sobre los Dieci de los miembros de la rama griega de Archaia Sofia. Le había prometido avisarle si hubiera novedades, pero Adrian dudaba que las hubiera.

Ahora que no podían acceder a los archivos del museo, necesitaban otra manera de encontrar más información. Adrian pensó en todo lo que habían descubierto hasta ahora.

La carta en Dubrovnik. El misterioso doctor ayudando a los venecianos. Los Dieci buscando un vínculo histórico para ayudarles a iniciar una plaga en la era moderna.

Necesitaban encontrar exactamente lo que los Dieci estaban buscando en el presente. Para eso, debían empezar desde el principio.

—¿Qué sabes sobre los orígenes de la Peste Negra? —preguntó Adrian a su padre, volviéndose hacia él—. ¿Dónde comenzó?

—La teoría más aceptada es que, aunque probablemente empezó en el este, el punto de partida para Europa fue Kaffa... ahora

Feodosia, en la península de Crimea. Era una colonia genovesa y puerto comercial. En 1347, un ejército de mongoles que sitiaba la ciudad enfermó, y arrojó cuerpos de los muertos por encima de las murallas para infectar a sus habitantes. Genoveses infectados que huían de la enfermedad regresaron a Italia, deteniéndose en varios puertos y propagando inadvertidamente la enfermedad.

—No creo que sea una coincidencia que los genoveses, antiguos enemigos de los venecianos, fueran quienes transportaron la plaga a Europa desde Kaffa —dijo Adrian lentamente.

—Pero, ¿cómo habría funcionado eso? —preguntó Robert con el ceño fruncido—. ¿Estaban los venecianos trabajando con el ejército mongol? El ejército contrajo la plaga de una fuente en el este.

—No lo sé —dijo Adrian—, pero creo que puede haber alguna conexión. ¿Hay algo de la época moderna que podamos investigar? ¿Algo que se vincule con los orígenes de la plaga?

—Probablemente serían fosas comunes encontradas en tiempos modernos —dijo Robert tras una breve pausa, acercándose a la mesa y abriendo el portátil de Erasmo—. Hasta el día de hoy, los arqueólogos siguen descubriendo fosas comunes de víctimas de la peste.

—¿Qué hay de hallazgos cerca de la actual Kaffa? —preguntó Adrian—. ¿Algo reciente?

Se colocó detrás de su padre mientras éste realizaba una búsqueda en una base de datos arqueológica a la que tenía acceso. Después de varios momentos, se detuvo, estudiando la pantalla.

—Esto podría ser algo —dijo—. Hay un artículo que hace referencia al hallazgo de una fosa común no lejos de la actual Kaffa —Feodosia— de la época del asedio. El Instituto Vrânceanu de Arqueología Histórica está realizando el análisis de los restos. Hay un nombre aquí: doctora Polina Lysenko. Es una de las paleopatólogas que estudia las muestras óseas.

La puerta principal de la casa segura se abrió de golpe. Adrian empujó a su padre detrás de ella, preparando su arma. Pero para su alivio, era Nick. Estaba pálido y sin aliento.

—Tenemos que irnos, ahora.

Una vez que todos estuvieron en el coche con Erasmo, Nick se volvió hacia Adrian y Robert. —Necesitamos salir de esta ciudad; la gente de los Dieci está por todas partes.

Adrian pensó en el reciente hallazgo de la fosa común de víctimas de la peste en Feodosia, un lugar que fue uno de los orígenes de la Peste Negra. No tenía duda de que era algo que los Dieci habrían investigado, dado su objetivo.

Recordó a la paleopatóloga que su padre había mencionado, la doctora Polina Lysenko. —Hay alguien que puede ayudarnos... en Bucarest.

VEINTISÉIS

Estambul, Turquía
12:11 P.M.

Vittoria ignoró otro mensaje más de Paolo Marini. Sabía que él buscaba actualizaciones sobre lo que ella había encontrado aquí en Estambul.

Si él y los otros líderes supieran de su más reciente fracaso en capturar a West, volverían a compararla con Stephanos, o desfavorablemente con el liderazgo superior de su madre. Vittoria se preguntó brevemente si tenían razón... si debería simplemente liderar el equipo de investigación en el laboratorio de Ginebra, concentrándose en usar su formación médica para ayudar a lograr su objetivo.

Pero inmediatamente aplastó ese pensamiento, con los rostros de Ben y Massimo destellando en su mente. Ella quería —necesitaba— ser quien llevara el plan a buen término.

Vittoria cerró los ojos y se frotó las sienes, con la frustración aumentando. Había apostado a sus hombres en lugares de interés histórico con archivos donde Adrian y su padre podrían potencialmente ir. Bernardo los había visto en la Mezquita Zeyrek... y los perdió. Ella había contenido su furia y le ordenó que siguiera buscando.

Antes de terminar la llamada, Bernardo le había enviado una foto de otro hombre que ahora estaba con ellos, un ex miembro convertido en traidor de los Dieci, Erasmo Aydin. La ira la invadió al ver a Erasmo; no tenía paciencia ni tolerancia para los traidores. Le había ordenado a Bernardo que le disparara en cuanto lo atrapara.

Levantándose del escritorio donde había estado sentada, revisando un informe del laboratorio, Vittoria cruzó el espacioso estudio hacia el balcón que daba vista al Bósforo. Se alojaba en la mansión de un miembro de los Dieci que estaba fuera por negocios. En circunstancias normales, disfrutaría quedarse en un hogar tan lujoso, pero dadas sus recientes frustraciones, apenas podía apreciar su alojamiento.

También era cada vez más difícil simplemente estar en Estambul, con demasiados recuerdos de su vida anterior filtrándose, dificultándole la concentración. Al menos varias veces alguien —ya sea un miembro de su equipo de seguridad o un investigador— había tenido que repetir su nombre, mientras ella se encontraba a la deriva en un mar de recuerdos. Y apenas había podido dormir, con sus noches interrumpidas por pesadillas.

Otro destello de los rostros de su esposo e hijo apareció en su mente. En una de sus pesadillas recurrentes, su esposo le suplicaba que no siguiera adelante con sus planes.

—Esto no es lo que eres, Tori —susurraba él, con lágrimas en sus ojos marrón dorado—. Estabas destinada a salvar personas, no a masacrarlas.

—Las estoy salvando —respondía ella, repitiendo uno de los lemas de los Dieci—. La destrucción conduce a la creación... al renacimiento.

Su rostro afligido desaparecería, y ella lo buscaría, incapaz de encontrar los cuerpos sin vida de él o de su hijo entre los escombros de la explosión que les había arrebatado la vida. Despertaría temblando, con sollozos sacudiendo su cuerpo.

Vittoria apartó el dolor, enterrándolo profundamente, obligándose a concentrarse en el presente y sus objetivos. Se recordó a sí misma del as bajo la manga, la cosa que haría que tanto Adrian como

Robert West se sometieran hasta que pudiera deshacerse de ellos. Solo necesitaba calma... y paciencia.

—¿Doctora Trivisana?

Vittoria levantó la vista cuando una de sus investigadoras históricas, Sofia, entró. Sofia era una brillante historiadora con base en Estambul, y le recordaba a Vittoria a sí misma cuando todavía estaba en sus veinte, pero sin nada de ese idealismo tonto. Sofia era una de las pocas investigadoras que sabía lo que los Dieci realmente planeaban, y ella lo apoyaba de todo corazón.

Sofia parecía nerviosa mientras se acercaba, entregándole un documento a Vittoria.

—Uno de los otros investigadores encontró esto. Ha estado en nuestros archivos en Venecia durante algún tiempo y fue pasado por alto. Cuando lo examinamos por segunda vez, nos dimos cuenta de lo relevante que es para lo que estamos buscando.

Mientras Vittoria examinaba el documento, su frustración se desvaneció.

Sofia se mantuvo cerca, con el cuerpo rígido por la tensión, claramente esperando la ira de Vittoria. Pero Vittoria le ofreció una amplia sonrisa. Debería estar enojada porque los Dieci ya tenían esto en sus archivos, algo que ciertamente podría haber acelerado su búsqueda de la clave, pero no había tiempo para la ira ahora.

—Gracias —dijo Vittoria. La tensión de Sofia se disipó, sus hombros relajándose mientras Vittoria continuaba—: Dile a Isabella que prepare mi avión.

Sofia asintió y obedientemente salió del estudio. Por muy emocionada que estuviera Vittoria con este nuevo desarrollo, estaba aún más aliviada de finalmente salir de esta abominable ciudad con todos sus dolorosos recuerdos.

La destrucción era el único camino hacia el renacimiento, y este último descubrimiento la acercaría un paso más a terminarlo todo.

Bucarest, Rumania

6:09 P.M.

Polina hurgó en su bolso buscando las llaves de su apartamento, echando un vistazo rápido a su alrededor. Había decidido regresar a su apartamento después de otro día siguiendo a Mikhail. Él había repetido el mismo patrón que el día anterior, yendo directamente del trabajo a casa, solo que esta vez no había visto el coche de Florin ni ninguna señal de él. No sentía gran afecto por Florin, pero después de ver a esos dos imponentes hombres, estaba preocupada por él.

Polina honestamente no sabía cómo iba a seguir adelante; simplemente se sentía más segura en su apartamento, donde podía reflexionar sobre qué hacer a continuación. Había pensado en acudir a las autoridades, pero no tenía ninguna prueba para sus afirmaciones, ni sabía cómo conseguir tales pruebas.

A pesar de lo que había escuchado, una gran parte de ella todavía esperaba estar equivocada y que todo esto fuera algún malentendido que estaba interpretando de manera exagerada. Sin embargo, sus instintos rara vez se equivocaban... y sus instintos le decían que Mikhail debía ser detenido.

¿Pero cómo?

Sacudiendo la cabeza con frustración, abrió la puerta, entró... y se quedó paralizada.

Había dos personas de pie en su sala de estar: un hombre y una mujer de su edad aproximadamente. La mujer, una alta y esbelta morena, se acercó, levantando las manos para indicar que no tenía malas intenciones.

—Lamento que tuviéramos que conocernos de esta manera —dijo—. Soy Adrian West del Buró Federal de Investigación de los Estados Unidos, y este es mi compañero, Nick Harper. Millones de personas están en peligro, y creemos que usted puede ayudar a salvarlas.

VEINTISIETE

La doctora Polina Lysenko era una mujer menuda con cabello rubio miel y profundos ojos verdes que brillaban con inteligencia. En persona parecía más joven que en las fotos que habían encontrado en internet, más como una estudiante que como una doctora, aunque Adrian sabía que tenían más o menos la misma edad.

Los miraba conmocionada, probablemente más por lo que Adrian acababa de contarle que por el hecho de que dos extraños estuvieran en su apartamento.

Una vez que habían utilizado las habilidades de piratería de Erasmo para averiguar dónde vivía, la decisión de acercarse a la doctora Lysenko de esta manera había sido arriesgada, pero habían determinado que era el mejor método dadas las circunstancias en las que se encontraban. El instituto donde trabajaba podría estar comprometido. La propia doctora Lysenko podría estar comprometida, pero necesitaban controlar el entorno. Robert y Erasmo estaban fuera en su coche de alquiler como respaldo, en caso de que necesitaran hacer una escapada rápida.

—Hace unos meses, un equipo de investigación del instituto donde trabajas descubrió una fosa común de víctimas de la peste —dijo Adrian, sabiendo que necesitaba llegar al punto rápidamente antes de que la otra mujer entrara en modo de pánico total. Estudió detenidamente el rostro de la doctora Lysenko mientras hablaba. La

joven se tensó al oír sus palabras, su espalda poniéndose completamente recta. *Sabe algo.*

Adrian decidió arriesgarse y decirle la verdad. —Estamos aquí porque hay un grupo peligroso de personas que quieren liberar una plaga moderna. Puede haber una conexión entre lo que encontró tu equipo y lo que planean hacer. ¿Has notado algo sospechoso en el instituto? ¿Algo fuera de lo común?

La doctora Lysenko palideció aún más ante sus palabras, y Adrian supo que estaban resonando. Adrian sacó su placa y la sostuvo en alto para que pudiera verla.

—Estas son nuestras credenciales. Necesitamos detener a estas personas, y si sabes algo, eso puede ayudarnos.

Después de varios momentos largos, la doctora Lysenko extendió su mano, y Adrian le entregó su placa, Nick haciendo lo mismo. Estudió ambas placas durante un largo momento antes de que sus ojos se llenaran de lágrimas, sus hombros hundiéndose de alivio mientras murmuraba algo en rumano.

—No estoy contenta de que hayan irrumpido en mi casa —dijo la doctora Lysenko—, pero los ángeles deben haberlos enviado. Todo lo que dijeron tiene sentido. —Su voz se quebró—. No he sabido qué hacer.

Adrian, su padre, Nick y Erasmo estaban reunidos en el estudio de la doctora Lysenko, quien insistió en que la llamaran Polina. Sorbían tazas humeantes de té mientras Polina les contaba todo lo que había descubierto durante los últimos días, terminando con haber escuchado a su jefe discutir sobre la extracción de un patógeno.

Esto heló la sangre de Adrian, e intercambió miradas nerviosas con Nick y los demás. Las palabras de Polina estaban confirmando lo que habían temido.

—Cuéntanos más sobre el patógeno que encontraste en las muestras —dijo Robert, inclinándose hacia adelante, con el ceño fruncido por la preocupación.

—Algunos tenían material genético diferente, lo que significa diferentes cepas de patógenos, algo que raramente encuentras en fosas comunes de personas que murieron de la misma enfermedad al mismo tiempo. No tuve oportunidad de secuenciarlo, pero por lo que pude deducir, las cepas que diferían eran más virulentas.

Otro escalofrío recorrió el cuerpo de Adrian al darse cuenta de la implicación de lo que Polina acababa de contarles. ¿Una cepa *más* virulenta del patógeno que había causado la Peste Negra? Esto podría ser exactamente lo que el Dieci estaba buscando.

—Pero el patógeno de la Peste Negra todavía existe hoy. Ahora tenemos medicina moderna que puede matar a estos bichos, incluso cepas más virulentas —dijo Nick.

—Bueno, si yo estuviera tratando de crear una plaga moderna... —dijo Polina lentamente, recostándose en su silla—, crearía algo que pudiera evadir los antibióticos modernos. Lo combinaría con un virus. ¿Una cepa más virulenta de la bacteria Yersinia pestis combinada con un virus biomodificado? Los resultados serían... apocalípticos.

El pavor inundó a Adrian ante sus palabras. Había sospechado algo así desde que descubrió lo que el Dieci quería hacer, pero escuchar a una paleopatóloga confirmarlo...

—¿Dijiste que esta organización quiere desatar algo así en el mundo? —preguntó Polina, su expresión llenándose de incredulidad horrorizada mientras Adrian asentía—. Mikhail, el doctor Kolov, mi jefe, debe estar involucrado, entonces.

—¿Qué sabes de él? —preguntó Nick.

—Ha sido... inapropiado conmigo a veces, como se dice en inglés, un poco acosador, pero nunca lo hubiera creído capaz de un asesinato en masa —dijo, sacudiendo la cabeza.

—Doctor Mikhail Kolov —repitió Erasmo, sacando su tableta y tecleando su nombre. Su padre se puso de pie, mirando por encima del hombro de Erasmo. De repente se quedó inmóvil ante lo que vio.

—¿Papá? ¿Qué pasa? —preguntó Adrian.

—Lo conozco —dijo Robert, finalmente levantando la mirada de la tableta—. Lo he visto reuniéndose con los altos mandos. Es miembro del Dieci o trabaja para ellos.

Polina dejó escapar un suave jadeo, y Adrian se volvió hacia ella. —No quiero asustarte, pero estas son personas muy peligrosas —dijo Adrian—. ¿Puedes tomarte una ausencia prolongada del trabajo e ir a algún lugar seguro?

Algo de color regresó al rostro de Polina, y frunció el ceño. —Ya estoy de vacaciones falsas mientras investigo todo esto. Ahora que sé que mis sospechas son ciertas, no puedo simplemente huir. Necesitamos llegar al laboratorio de Mikhail; creo que allí llevó las muestras. Está en el sótano de su casa. Puedo ayudar a que entremos.

Adrian dudó, no queriendo involucrar a una civil en esto, pero los demás parecían estar del lado de Polina.

Percibiendo la persistente duda de Adrian, Polina se inclinó hacia adelante. —Van a necesitar una paleopatóloga en su equipo. No tengo dudas de que esta organización tiene más de una en el suyo. Puedo ayudar a detenerlos. Desde que descubrí esas diferentes cepas, me vi involucrada.

Adrian miró a Nick y a los demás, y ellos asintieron en señal de acuerdo. Se volvió hacia Polina. —Cuéntanos cómo podemos entrar en ese laboratorio.

VEINTIOCHO

9:48 P.M.

Adrian se agazapó entre los arbustos junto a Nick y Polina cerca de la puerta trasera de la casa de Mikhail, con el pulso acelerado por la anticipación. Él vivía en un vecindario tranquilo, y en ese momento la calle estaba prácticamente desierta.

Miró a Nick, haciéndole un gesto con la cabeza para indicarle que era el momento de actuar.

Nick sonrió, levantando una piedra que sujetaba en la mano.

—Hay algo muy satisfactorio en romper cosas con piedras.

Se puso de pie y arrojó la piedra contra la estrecha ventana adyacente a la puerta trasera. Cuando esta se hizo añicos, corrió hacia un lado de la entrada, agachándose.

Varios latidos después, uno de los hombres sobre los que Polina les había hablado salió apresuradamente por la puerta, con la mirada alerta y el arma lista. Para alivio de Adrian, estaba solo.

Nick se levantó de un salto y derribó al hombre por detrás, antes de que pudiera verlo. Sorprendido, el hombre intentó zafarse del agarre de Nick, pero este le arrebató el arma y la estrelló con fuerza contra su sien, repetidamente, hasta que el guardia quedó inmóvil.

Adrian se apresuró a ayudar a Nick a arrastrar el cuerpo inconsciente del hombre hasta donde se habían estado escondiendo entre los arbustos.

—¿Es-está muerto? —tanteó Polina, acercándose con el rostro pálido.

—Desafortunadamente, no —murmuró Nick—. Pero va a tener un dolor de cabeza monumental cuando despierte.

Polina apartó la mirada del cuerpo inconsciente, tragando saliva con dificultad. Adrian sabía que esto estaba muy lejos de su zona de confort. Pero gran parte había sido idea suya, y hasta ahora estaba funcionando.

Polina había enviado un mensaje amenazante a Mikhail, diciéndole que sabía lo que tramaba y que se reuniera con ella en el instituto. Él había mordido el anzuelo y había ido al instituto con uno de sus hombres, dejando atrás al guardia que acababan de neutralizar. Erasmo estaba siguiendo a Mikhail hasta el instituto, mientras Robert esperaba fuera en su coche de alquiler, listo para llevarlos cuando estuvieran preparados para huir.

Polina se acercó a la puerta trasera de la casa de Mikhail, seguida de cerca por Adrian y Nick. Sus manos temblaban violentamente, así que Adrian dio un paso adelante para abrir la puerta metiendo la mano a través de la ventana rota.

Ella y Nick entraron primero, sacando sus armas, avanzando con cautela por un largo pasillo revestido de madera, pero las habitaciones por las que pasaron —un estudio, una cocina, un comedor y una sala— estaban todas vacías. Nick rápidamente revisó el piso de arriba para asegurarse de que todo estaba despejado antes de regresar.

Solo entonces permitieron que Polina los guiara, siguiéndola por el pasillo hasta unas escaleras que conducían al sótano, donde según les había dicho, se encontraba el laboratorio de Mikhail.

Bajaron las escaleras sigilosamente, con movimientos cautelosos, antes de dirigirse a la puerta al final del corredor que llevaba al laboratorio de Mikhail.

Adrian se tensó con alarma, levantando su arma cuando la puerta se abrió. Un hombre salió tambaleándose, mirándolos con ojos asustados.

—Florin, espera... —comenzó Polina, pero él inmediatamente se dio la vuelta para volver corriendo al laboratorio.

Adrian y Nick fueron más rápidos. Ambos se lanzaron hacia adelante, Nick manteniendo la puerta abierta con su corpulenta figura. Adrian avanzó hacia Florin, apuntando su arma al pecho del hombre. Florin levantó las manos mientras retrocedía, con los ojos abiertos de pánico.

—Sabemos lo que estáis haciendo aquí —dijo Polina, con expresión dura mientras daba un paso adelante—. ¿Dónde están las muestras óseas? ¿Habéis extraído el patógeno?

Florin palideció ante sus palabras, negando furiosamente con la cabeza.

—No, estaban demasiado degradadas —respondió en un inglés con fuerte acento—. Pero Mikhail las envió igualmente."

El pánico y la esperanza se hincharon en el pecho de Adrian. Si decía la verdad sobre las muestras demasiado degradadas, aún tenían tiempo. Pero si mentía, y los Dieci habían extraído un patógeno mortal... ya era demasiado tarde.

—¿Adónde se enviaron las muestras? —exigió.

—No lo sé, lo juro... Mikhail no quiso decírmelo —tartamudeó Florin.

—¿Estás seguro de que las muestras estaban demasiado degradadas? —preguntó Polina—. ¿Sabes lo que estos monstruos están planeando hacer?

—No lo sabía... al principio. Cuando adiviné lo que planeaban, le supliqué a Mikhail que no lo hiciera. No quería formar parte de esto, pero amenazó a mi familia —dijo Florin temblorosamente—. Y sí, estoy seguro. Intentamos una extracción de muestra, pero el material, los fragmentos de hueso, eran demasiado antiguos y estaban muy degradados para ser viables.

—Si las muestras no eran viables, ¿en qué te ha tenido trabajando aquí? —preguntó Polina.

—Quería seguir intentándolo, aunque le dije que todas las muestras estaban en el mismo estado. Si... si no hubiera amenazado a mi familia, juro que no habría hecho nada de esto —dijo, llevándose una mano a la boca, ahogando un sollozo desesperado.

Adrian estudió la expresión aterrorizada de Florin. Su miedo era genuino, y su instinto le decía que estaba diciendo la verdad. Aun

así, se sentiría mejor sabiendo hacia dónde se dirigía esa muestra y confirmando que cualquier extracción de patógenos no era viable.

De repente, su móvil sonó con un mensaje. Nick mantuvo su arma apuntando a Florin, así que ella sacó su teléfono para revisar sus mensajes. El texto era de Erasmo.

Salid-ahora. Mikhail y su guardia están regresando a la casa.

VEINTINUEVE

Mikhail y su guardia se acercaron a la puerta principal, sus cuerpos rígidos por la tensión.

Adrian y Nick estaban agazapados dentro del vestíbulo en lados opuestos de la entrada. Ella podía ver el acercamiento de Mikhail y su guardia desde la pequeña ventana junto a la puerta.

Habían atado a Florin en el sótano, junto con el guardia inconsciente, y Polina estaba escondida en el comedor.

Después de recibir el mensaje de Erasmo, inicialmente iban a seguir su consejo y huir, pero Adrian decidió lo contrario. Mikhail tendría información que desesperadamente necesitaban sobre el patógeno, información que Florin no tenía.

El guardia llegó a la puerta principal, con Mikhail flotando a unos metros detrás de él. La pateó para abrirla, con su arma fuera y lista mientras entraba.

Nick entró en acción y se abalanzó hacia adelante, pero el guardia fue rápido, girando para disparar. Adrian dio un paso al frente, levantando su pistola y disparando primero, acertando al guardia en el pecho.

Afuera, Mikhail tropezó hacia atrás, su rostro palideciendo mientras se volvía para huir. Pero Erasmo se le acercó por detrás con una amplia sonrisa antes de calmadamente golpearlo en la cara.

Mikhail se desplomó de rodillas, gimiendo de dolor, mientras Erasmo y Nick lo arrastraban adentro. Robert, que había salido del

auto de alquiler, los seguía.

Arrojaron a Mikhail al suelo del vestíbulo mientras Polina salía del comedor. Mikhail se retorció para mirarla, su rostro enrojeciendo de ira.

—Polina —siseó—. ¿Qué has hecho? ¿Por qué estás...?

—Nosotros hacemos las preguntas —interrumpió Adrian, avanzando y apuntándole con su arma. Tenían poco tiempo; su guardia probablemente había llamado refuerzos antes de que llegaran—. ¿Adónde enviaste las muestras?

Mikhail tragó saliva, sus ojos moviéndose de un lado a otro entre todos ellos. —No sé de qué...

—No vamos a jugar a esto —espetó Nick—. Sabemos todo sobre la organización para la que trabajas y lo que planean hacer. Ahora, te lo vamos a preguntar de nuevo. ¿Adónde fueron enviadas?

Mikhail permaneció en silencio, con la mandíbula tensa.

—Mikhail, por favor —dijo Polina, dando un cauteloso paso adelante—. Sabes que lo que planean hacer está mal. No eres un asesino. Solo dinos qué...

Mikhail maldijo a Polina en rumano, escupiéndole. Polina retrocedió tambaleándose, pareciendo sobresaltada por su virulencia.

Erasmo dejó escapar un fuerte suspiro y avanzó, levantando su pistola y disparando a Mikhail en el muslo. Mikhail cayó sobre su costado, agarrándose el muslo y soltando un aullido de dolor.

—No tengo problema en matarte —dijo Erasmo, su expresión fría —. Responde a nuestras preguntas o empiezo a disparar a más partes del cuerpo. No es una forma divertida de morir, amigo mío.

—Era... era una dirección en Varsovia —jadeó Mikhail mientras agarraba su muslo sangrante—. Pero es solo un punto de entrega... son muy cuidadosos.

—¿La muestra que extrajiste era viable? —exigió Nick.

Mikhail siseó de dolor antes de responder. —N-no. Estaba demasiado degradada, pero querían estudiarla de todos modos.

—¿Quién es tu jefe? —presionó Adrian—. ¿A quién le reportas?

—Solo sé su nombre de pila —espetó—. Vittoria. Yo... iba a reunirme con ella en Génova mañana.

—¿Dónde en Génova? —exigió Nick.

—No... no lo sé —dijo Mikhail—. Ya os lo dije, son muy cuidadosos. Ellos... me habrían recogido en el aeropuerto. Por favor... mi pierna...

—¿Por qué quiere reunirse contigo en persona? Dijiste que la muestra no es viable —interrumpió Adrian.

—No lo es. Creo que solo quiere discutir... —las palabras de Mikhail flaquearon mientras su rostro se quedaba sin color, y se desplomó, inconsciente.

Erasmo puso los ojos en blanco, mirando a Mikhail con fastidio. —Eso fue solo una herida superficial. Podría haber causado mucho más daño. Es... ¿cómo decís en inglés? Un gatito —murmuró.

—No es exactamente el término correcto, pero sabemos a qué te refieres —dijo Nick con ironía—. Podríamos haber sacado más de él, ¿sabes? —añadió, dirigiéndole a Erasmo una mirada irritada—. Por esto es que no disparamos a personas de las que necesitamos respuestas.

Erasmo simplemente ofreció un encogimiento de hombros casual. —Obtuvieron sus respuestas, ¿no?

—Estaba diciendo la verdad sobre Génova —dijo Polina—. Cuando los escuché hablar a él y sus dos guardias en el instituto, lo mencionaron.

—Y probablemente también decía la verdad sobre dónde se enviaron las muestras —agregó Robert—. En mi tiempo trabajando para ellos, nunca me dieron direcciones directas... o eran señuelos o me recogían directamente.

Adrian se tensó cuando escuchó sirenas acercándose en la distancia. Podrían dirigirse a otro lugar... o directamente hacia ellos.

Momentos después, se alejaban a toda velocidad de la casa. Polina había detenido la hemorragia de Mikhail, y lo habían arrastrado al laboratorio, dejándolo con Florin atado y suplicante y el guardia inconsciente. Adrian envió un mensaje a Briggs poniéndolo al día, y él respondió de inmediato, diciéndoles que se ocuparía del lío en la casa de Mikhail con las autoridades locales.

Los pensamientos de Adrian se dirigieron al intento de Mikhail de extraer el patógeno de las muestras de huesos. —Esto aclara

exactamente lo que están buscando. Un cuerpo, o cuerpos, que tenga una cepa viable y más virulenta del patógeno de la Peste Negra.

—Eso va a ser difícil —dijo Polina—. No es como si los arqueólogos estuvieran constantemente encontrando fosas comunes de víctimas de la peste. A pesar de cuántas personas murieron, hallazgos de víctimas de la peste como la fosa común que descubrió mi instituto no son comunes. Y considerando que están buscando una cepa particularmente virulenta...

Sus palabras le dieron a Adrian una pequeña medida de esperanza, pero no mucha. Los Dieci estaban decididos a encontrar tal cepa, y tenían los recursos para hacerlo.

—Tiene que haber algo significativo en Génova si Vittoria está allí ahora —dijo Adrian.

—Entonces necesitamos ir allí —respondió su padre—. Podemos comenzar con los archivos estatales. Tendrán información de entierros de víctimas de la peste. Al menos es un lugar para empezar.

—Cierto. Pero dado nuestro encuentro con Mikhail, solo es cuestión de tiempo antes de que Vittoria sepa que estamos tras ellos y esperen que vayamos a Génova. No creo que ni siquiera volar bajo nombres falsos sea seguro —respondió Adrian.

—Si me permitís —dijo Erasmo, con un brillo travieso en los ojos —. Creo que tengo eso cubierto.

TREINTA

Terate, Italia
11:02 P.M.

Cora estaba decidida a escapar.

Miraba por la ventana el oscuro campo italiano, con determinación pulsando en su interior. Estaba sola en la casa rural. Ivan se había marchado hace una hora. No sabía adónde había ido, ya que ella había fingido estar dormida justo antes de que él se fuera. Notó con un escalofrío que había cerrado con llave la puerta de su dormitorio antes de irse, algo que no había hecho antes, lo que la convenció aún más de que necesitaba largarse de aquí cuanto antes.

Ivan apenas le había dirigido la palabra, evitando su mirada y tratándola cada vez más como una cautiva que como alguien a quien intentaba proteger. Ella había aprovechado esa distancia, guardando discretamente provisiones en una bolsa improvisada para su huida; incluso había encontrado un par de cientos de euros escondidos en un cajón de una de las habitaciones vacías.

Su plan era dirigirse al pueblo y contratar a algún local que la llevara a la embajada americana en Milán. Sabía que era arriesgado, pero algo había cambiado en Ivan, y ya no se sentía segura aquí con él. Podría pensar en los siguientes pasos una vez que estuviera en la embajada, pero primero iba a largarse de este lugar.

Es hora de ejecutar el plan, se dijo después de escanear el horizonte por lo que parecía la millonésima vez buscando señales del regreso de Ivan.

Pero justo cuando estaba a punto de agarrar su bolsa empaquetada apresuradamente, vio los faros de un coche acercándose en la distancia. El elegante Audi negro no era el coche de alquiler de Ivan, y se dirigía directamente hacia la casa.

El Audi se detuvo justo frente a la casa rural; Cora observó con terror cómo un hombre y una mujer salían del vehículo. Retrocedió tambaleándose de la ventana, sabiendo instintivamente que venían a por ella.

Agarrando su bolsa, corrió hacia la ventana trasera del dormitorio, agradeciendo a todos los dioses en los que podía pensar que la habitación estuviera en la planta baja. La empujó con todas sus fuerzas—afortunadamente Ivan había pasado por alto esta ventana cuando la encerró. Usando toda su fuerza, se impulsó fuera de la ventana, aterrizando de forma poco elegante en el suelo antes de salir corriendo a toda velocidad.

Cora no era ni de lejos tan atlética como su hija, pero corrió tan rápido como pudo, incluso cuando escuchó gritos detrás de ella ordenándole que se detuviera en inglés—lo que solo la hizo aumentar su ritmo.

Sabía que serían capaces de alcanzarla, solo era cuestión de tiempo. Cora giró bruscamente a la izquierda, desviándose hacia los árboles, con el corazón en la garganta mientras corría, buscando un lugar donde esconderse.

No había avanzado ni veinte pasos cuando un gran cuerpo masculino la derribó por detrás. Presa del pánico, luchó para liberarse hasta que escuchó una voz familiar.

—Cora. *Para*.

Se quedó inmóvil, girándose para mirar a Ivan. —No luches contra ellos. Eres más valiosa para ellos viva, pero no dudarán en hacerte daño.

Cora lo miró fijamente, parpadeando para contener las lágrimas. Aunque solo lo conocía desde hacía dos días y estaba planeando escapar, la traición que sentía seguía siendo como un puñetazo en el

estómago. En el fondo, había esperado haberse equivocado respecto a él.

—Lo siento —continuó él, dándole una mirada de arrepentimiento—. Tenías razón sobre mi hijo. Lo había enviado lejos, pero lo encontraron. Lo matarán si no coopero. Solo... por favor. Sigue el juego.

Con eso, la agarró bruscamente del brazo, levantándola del suelo mientras el hombre y la mujer se acercaban. Intercambiaron palabras en italiano antes de que el hombre diera un paso adelante, tomando su brazo y apartándola de Ivan.

La desesperación invadió a Cora mientras la arrastraban hacia el coche.

Lo siento Robert. Lo siento Adrian. Mis amores. Lo intenté.

Espacio aéreo sobre el Mar Negro
6:32 A.M.

Adrian observaba las aguas onduladas del Mar Negro bajo ella, el constante zumbido de los motores del avión calmando sus nervios.

Erasmo tenía un contacto que había resultado invaluable. Habían conducido dos horas y media hasta una pista de aterrizaje cerca de la frontera rusa, donde habían abordado un avión privado. Por una considerable cantidad que habían acordado que el grupo de trabajo pagaría, el contacto de Erasmo, un piloto ruso llamado Sergey, había aceptado llevarlos a Génova, y al menos a un destino más después—dentro de lo razonable.

Sin embargo, desde ese golpe de suerte, habían recibido una serie de malas noticias. Briggs se había comunicado para informarles que no tenía información sobre Vittoria. Quienquiera que fuese, mantenía un perfil bajo. Tampoco había noticias sobre la ubicación de Lucija Novak, ni las autoridades locales en Dubrovnik habían podido identificar al tirador.

Las autoridades en Bucarest no habían sido tan comunicativas, sin proporcionar más información sobre los hombres en la casa de Mikhail, o el estado actual de Mikhail o Florin. Su reticencia podría simplemente significar que no les gustaba tener que responder a las fuerzas de seguridad estadounidenses—o que estaban vinculados a los Dieci.

Y poco después de escuchar a Briggs, el contacto de Erasmo le había informado sobre el amigo de su padre, Oliver... lo habían encontrado muerto. Los Dieci lo habían alcanzado.

A su lado, su padre estaba callado, todavía conmocionado por la noticia de la muerte de Oliver, mirando por la ventana con una expresión vacía.

—Papá... lo siento mucho por Oliver —murmuró Adrian.

—Me dio esperanza cuando durante tanto tiempo no tuve ninguna —dijo Robert, cerrando los ojos—. Estaba demasiado asustado para siquiera buscaros a tu madre y a ti en internet durante ese primer año. Estaba aterrorizado de que hubieran llegado a vosotras y os hubieran matado de todos modos. Ollie fue quien me consiguió imágenes tuyas y de tu madre. Fueron esas imágenes las que me hicieron determinarme a alejarme de los Dieci y volver con vosotras.

Hizo una pausa durante un largo momento, pasándose la mano por el pelo. —Ollie admitió que había cometido errores usando sus habilidades de hacking para ayudar a las personas equivocadas. Pero estaba intentando desesperadamente alejarse de los Dieci, ponerse del lado correcto de la ley. Y ahora nunca podrá hacerlo. —Su voz se endureció con ira—. Han tomado la vida de otro buen hombre. Otro amigo. No puedo permitir que se salgan con la suya.

—No lo harán —dijo Adrian, sintiendo crecer su propia determinación—. *No lo permitiremos*.

Robert encontró su mirada, y su expresión se suavizó. Sonrió, dirigiendo su mirada hacia Nick, que estaba sentado varias filas por delante de ellos, hablando en voz baja con Erasmo y Polina. —Sé que quizás no sea el momento adecuado para esto, y no necesitas mi bendición, pero si he aprendido algo... sé que la vida es corta. Quiero que sepas que apruebo a Nick. Es evidente cuánto te quiere.

Adrian le devolvió la sonrisa, siguiendo su mirada hacia Nick, sintiendo una calidez recorriéndola. Le sorprendió cuánto significaban para ella las palabras de su padre. —Es maravilloso. Pero no se lo digas. Se le subirá a la cabeza —añadió con una ligera risa—. Cuando lo conozcas mejor, te gustará aún más.

Se dio cuenta de que era la primera vez que insinuaba una futura relación con su padre. Desde que había reaparecido en su vida, su enfoque había sido únicamente detener a los Dieci.

Tentativamente, se permitió visualizar un futuro con su padre en él, recuperando el tiempo perdido. Cenas con Nick y su madre. Visitas a su apartamento en DC. Cuando estuviera listo, presentarlo al grupo de trabajo. Ayudarlo a reintegrarse en la sociedad después de haber estado cautivo durante tanto tiempo.

—Cuando todo esto termine, tenemos mucho tiempo que recuperar, cariño —dijo Robert, pareciendo leer su mente. Su voz tembló mientras continuaba—: Siempre lamentaré los años que pasé lejos de ti y de tu madre. Desearía haber encontrado una manera de volver a vosotras antes.

—Hiciste lo que tenías que hacer —dijo Adrian—. Ahora lo entiendo.

Y era cierto. Ahora que había encontrado dos ramas de esta sociedad secreta, sabía lo mortales que eran, lo aterrorizado que debió haber estado su padre por ella y por su madre.

—Tenemos que pensar en lo que exactamente estamos buscando una vez que lleguemos a Génova —dijo Adrian.

—He estado reflexionando sobre el aspecto de Génova en todo esto, desde que mencionaste en Estambul que no era coincidencia que los genoveses, enemigos de los venecianos, fueran quienes transportaron la plaga a Italia. No estaba seguro de cómo se conectaba hasta que Polina nos habló sobre la cepa más virulenta encontrada en la fosa común. Creo que un médico simpatizante de los venecianos, quizás incluso un veneciano, estaba trabajando en Kaffa en ese momento. Cuando el asedio golpea la ciudad por parte del ejército mongol y comienzan a practicar la guerra biológica, creo que vio una oportunidad. Como he dicho antes, los médicos quizás no sabían sobre los gérmenes, pero sí sabían sobre el contagio. Creo

que este médico expuso deliberadamente a los comerciantes genoveses, tal vez bajo el pretexto de tratarlos, a las cepas más virulentas del patógeno. Los genoveses regresaron a Italia... y el resto es historia.

Mientras Adrian consideraba sus palabras, la voz alarmada de Erasmo interrumpió sus pensamientos. —Robert. Adrian.

Adrian y su padre levantaron la mirada. Erasmo se acercaba a ellos, visiblemente conmocionado, seguido por un igualmente alterado Nick y Polina. Sostenía uno de sus teléfonos.

—He estado monitoreando tus correos electrónicos desde que nos enteramos de lo de Oliver—tenía acceso a sus credenciales de seguridad. Este enlace acaba de llegar de Vittoria a la última dirección de correo electrónico que estabas usando para los Dieci.

Erasmo extendió el teléfono, y el terror sacudió a Adrian hasta lo más profundo.

En la pantalla había un video en directo de su madre, atada y amordazada, con una pistola presionada contra el lado de su cabeza, lágrimas corriendo por su rostro.

TREINTA Y UNO

Génova, Italia
6:59 A.M.

Cuando sonó el teléfono de Vittoria, ella ya sabía quién estaba al otro lado de la línea. Había incluido un número telefónico al final del "mensaje" que le había enviado a Robert West.

Contestó usando la opción de video, sonriendo ante los rostros furiosos de Robert y Adrian West en su pantalla.

—Veo que recibieron mi mensaje —dijo Vittoria con frialdad.

—¿Dónde está ella? —gruñó Adrian—. ¿Qué has...?

—No hay tiempo para este tira y afloja —dijo Vittoria con un gesto desdeñoso de su mano—. Si quieren ver a Cora West de nuevo, *viva*, se reunirán conmigo aquí en Génova.

Momentos después, tras haber transmitido sus instrucciones y finalizado la llamada, Vittoria se recostó en su silla, permitiendo que una sonrisa satisfecha curvara sus labios. Después de una serie de frustrantes contratiempos, las cosas finalmente avanzaban en una dirección positiva.

De vuelta en Estambul, el documento que Sofia le había entregado era una carta codificada encontrada en los archivos de los Dieci en Venecia, una carta que había sido previamente pasada por alto. Hasta ahora, solo habían decodificado un puñado de palabras,

pero eran suficientes para determinar que se refería a la llave que estaban buscando.

Había obligado a Ivan Vasiliev, un antiguo guardaespaldas que había trabajado para los Dieci y se había convertido en traidor, a traer a Cora West amenazando la vida de su hijo. Cora era un cebo útil por ahora; una vez que Vittoria utilizara las habilidades de Adrian y Robert West para ayudarles a decodificar la carta, eliminaría a todos los West de un solo golpe.

Aún sonriendo, miró por los grandes ventanales de su oficina privada que daban a los exuberantes jardines del patio interior.

Se encontraba en la casa de su infancia, una villa que había pertenecido a su familia por generaciones, un lugar que sus antepasados habían bautizado con el título *Villa Dell'Amore*, hogar del amor. Villa Dell'Amore estaba ubicada en el adinerado distrito de Albaro, cerca del centro histórico de la ciudad. En su día un retiro vacacional para los genoveses adinerados, las villas de la época de mayor esplendor de Génova todavía salpicaban el distrito. Un antepasado suyo era un veneciano que se había casado con una genovesa cuando Italia aún estaba dividida en facciones enfrentadas, y aunque había sido controvertido en aquel momento, el matrimonio unió los lados genovés y veneciano de su familia.

Vittoria se sentía aliviada de estar en Génova. No albergaba los dolorosos recuerdos que Estambul evocaba. Su infancia había sido verdaderamente de amor cuando su padre aún vivía. Él caminaba de la mano con ella a través de las muchas habitaciones de la villa, contándole historias de todas las generaciones de su familia que una vez habían vivido allí. Sus primos los visitaban a menudo, y se perseguían por toda la villa, aprovechando sus infinitos escondites.

Cuando se interesó por la biología y la medicina en su adolescencia, pasaba horas en el estudio, revisando todos los libros que su familia había coleccionado a lo largo de generaciones sobre el tema. No podía esperar a ir a la facultad de medicina para cambiar el mundo para mejor.

Qué ingenua había sido. Este mundo no podía mejorarse; la única esperanza para él era comenzar de nuevo.

—Vittoria.

Se volvió. Isabella se cernía en el umbral. Vittoria frunció el ceño; los West no podían estar aquí todavía. Les había hecho decir exactamente dónde estaban; por coincidencia se dirigían a Génova. Tenían que estar en su puerta a la una PM hora central europea en punto, o mataría a Cora West.

—Todavía no han llegado —dijo Isabella, leyéndole la mente—. Solo quería que supieras que me puse en contacto con los otros líderes en tu nombre para informarles sobre la carta, como pediste.

Vittoria asintió; odiaba tratar directamente con los otros líderes, pero sentía la necesidad de hacerles saber que estaba progresando. Isabella se dio la vuelta para marcharse, pero dudó. Se volvió para mirarla.

—Espero que encuentres la llave... y pronto. Algunas de las cosas que vi cuando serví en el ejército...

Sus ojos oscuros se ensombrecieron, una mirada atormentada cruzó su rostro. Vittoria sabía que Isabella tenía experiencia militar antes de entrar en el sector de seguridad privada; había servido dos períodos tanto en Irak como en Afganistán. —La humanidad no puede ser salvada. *Dalla distruzione alla rinascita.*

De la destrucción al renacimiento. Vittoria sonrió, haciendo eco de sus palabras, —*Dalla distruzione alla rinascita*.

Para cuando los West llegaron a la villa varias horas más tarde, Vittoria se sentía aún más resuelta, las palabras de Isabella encendiendo un fuego en su vientre. Se dirigió hacia abajo y entró en el gran vestíbulo mientras Isabella, Bernardo y otro de sus guardias arrastraban a Adrian, Nick y Robert al interior. Vittoria podía notar que Adrian estaba tratando de mantener la calma, pero veía el odio apenas contenido en los ojos de la otra mujer.

—Vittoria, por favor —dijo Robert, dando un paso adelante—. Conozco las consecuencias de lo que he hecho, y aceptaré cualquier castigo que consideres apropiado. Pero por favor, deja que mi esposa e hija...

—Siempre has sabido cuál sería el precio de la traición. Pero... tienes una última oportunidad de salvarte a ti mismo y a tu familia —mintió.

La expresión de Adrian no cambió, pero la de su padre se llenó de esperanza. Vittoria se volvió hacia uno de sus guardias, ordenándole en italiano que llevara a Nick a los sótanos. Adrian lo vio marcharse, con preocupación y miedo en sus ojos. Por una fracción de segundo, una punzada de envidia atravesó a Vittoria. Ella había amado a su marido de esa manera y lo había perdido de todos modos.

—Si cooperan, lo verán de nuevo... y a Cora —espetó Vittoria. Se giró para dirigirse al estudio; Isabella y Bernardo arrastrando a los dos West tras ella.

Una vez dentro del estudio, Vittoria señaló las copias de la carta que había colocado sobre la mesa central.

—El precio de la vida de Cora West —dijo—. Ustedes decodificarán esta carta, y lo harán rápidamente.

Después de que Vittoria los dejara en el estudio, Adrian recogió la copia de la carta, llenándose de ansiedad.

A diferencia de la carta que habían descubierto en Dubrovnik, esta era más larga y compleja, con varias páginas de extensión, con muchos más símbolos y apenas letras, lo que haría aún más difícil decodificarla. ¿Cómo se suponía que ella y su padre solos —en un corto período de tiempo— iban a decodificar algo que normalmente llevaría a profesionales entrenados semanas, si no meses?

Vittoria debe tener un equipo de investigadores trabajando para ella. ¿Por qué los necesitaba a ellos? Esto tenía que ser simplemente un trabajo para mantenerlos ocupados antes de lo inevitable. A pesar de las promesas de Vittoria, Adrian sabía que no tenía intenciones de dejarlos ir a ellos ni a su madre. Los Dieci habían querido matarla desde antes de que ella se uniera a este caso, y su padre los había traicionado.

Necesitaban ganar tiempo para su intento de escape.

Después de que Vittoria se hubiera puesto en contacto con ellos en el avión, habían ideado un plan apresurado. Cuando Vittoria

exigió que le dijeran dónde estaban, había preguntado por Erasmo. Adrian había mentido diciendo que él estaba de vuelta en Estambul. Vittoria parecía habérselo creído, al menos por ahora. Afortunadamente, Vittoria tampoco sabía que Polina estaba con ellos, lo que utilizaron a su favor.

Erasmo les había dicho a Adrian y Robert que se dejaran llevar a un segundo lugar, y él se encargaría a partir de ahí. Adrian estaba indecisa, no queriendo poner en peligro la vida de su madre, pero esta era la mejor opción que tenían para liberarse y rastrear a su madre.

Miró a su padre, que se veía pálido de miedo mientras estudiaba la carta. Él era incluso más experto en documentos antiguos que ella y debía saber que sería imposible decodificarla en poco tiempo.

—Deberíamos empezar clasificando los símbolos —dijo en voz alta, por el bien del guardia que estaba con ellos en el estudio.

Alcanzó uno de los dos cuadernos que Vittoria había dejado en la mesa para ellos, y garabateó rápidamente un mensaje en árabe, un idioma que esperaba que sus captores no conocieran. Su padre lo miró y le dio el más sutil de los asentimientos. Estaba de acuerdo con su plan.

Adrian dejó las copias de la carta entre ambos, y juntos se pusieron a trabajar.

TREINTA Y DOS

Desconocido

Cora estaba acurrucada en el sótano oscuro, las ataduras de las bridas plásticas clavándose dolorosamente en sus muñecas, la mordaza alrededor de su boca haciéndola sentir claustrofóbica. No estaba segura de cuánto tiempo llevaba aquí; hasta ahora le habían dado dos comidas miserables que consistían solo en pan y agua.

En algún momento sus captores habían entrado al sótano, con uno de ellos colocando el cañón de una pistola contra su sien mientras el otro la filmaba con una cámara de teléfono celular. El terror había inundado a Cora mientras miraba a la cámara, segura de que iba a morir.

Momentos de su vida destellaron en su mente: su infancia idílica en Maryland, su intento de rebeldía durante sus años de adolescencia, tropezarse con Robert durante su primer año en la universidad y enamorarse instantánea y desesperadamente, la alegría transformadora que la inundó cuando sostuvo a la recién nacida Adrian en sus brazos.

Pero después de unos momentos angustiosos, su captor había bajado su arma, y ambos la dejaron sola, temblando y petrificada, con lágrimas corriendo por su cara.

Ahora, Cora apoyaba la cabeza contra la pared, tomando un respiro entrecortado. No tenía idea de cómo Adrian lidiaba

rutinariamente con situaciones como estas. Era por eso que Cora no había querido que se uniera al FBI en primer lugar, especialmente después de lo que le sucedió a su padre.

Adrian nunca le había dado detalles explícitos de su trabajo con la agencia, sabiendo lo preocupada que estaría, pero Cora solo podía adivinar. La realidad era peor de lo que incluso Cora podría haber predicho.

¿Y si sus captores regresaban y la ejecutaban esta vez? El miedo se disparó en su pecho, y nuevamente se obligó a calmarse tomando varias respiraciones profundas. Comenzó metódicamente a trabajar en las bridas alrededor de sus muñecas, usando su anillo de matrimonio como fricción. Incluso después de celebrar un funeral para Robert nunca pudo decidirse a quitárselo.

Cora había estado trabajando en las bridas de manera intermitente desde que la arrastraron hasta aquí, y había logrado muy poco, si es que algo. Pero aún sentía que estaba logrando algo, aunque fuera pequeño. No iba a quedarse sentada y dejar que estos bastardos la mataran. Estaba decidida a al menos intentar ver a su hija y a su esposo de nuevo.

Cora hizo una pausa en sus esfuerzos contra las bridas cuando escuchó un alboroto fuera del sótano, sonaba como si viniera desde arriba.

Se quedó quieta, esforzando sus oídos para escuchar. Oyó gritos amortiguados y luego varios disparos. El miedo la atravesó mientras escuchaba pasos firmes descender las escaleras y acercarse al sótano.

Temblando, se puso de pie torpemente, moviéndose hacia el lado opuesto de la puerta. *Gran parte de la autodefensa es el elemento de sorpresa*, le había dicho Adrian una vez. Contuvo la respiración mientras los pasos se acercaban. Las llaves sonaron en la puerta y tan pronto como se abrió de golpe...

Cora se abalanzó hacia adelante, con la intención de derribar a quien entrara, pero solo se estrelló contra una pared sólida de músculo. El terror recorrió su cuerpo cuando miró hacia arriba, pero al instante se desvaneció cuando vio que era Ivan.

—Lamento que me haya llevado tanto tiempo —dijo Ivan, levantando las manos para indicar que no quería hacer daño—. Tuve que asegurarme de que mi hijo estuviera a salvo antes de intentar rescatarte. Tenemos que irnos. Ahora.

Cora lo miró fijamente, con dudas e incertidumbre arremolinándose en su mente. Ivan dio un paso adelante, extendiendo su mano.

—Sé que es difícil confiar en mí ahora, y puedes odiarme, pero tenemos que irnos ahora. Enviarán refuerzos.

Finalmente Cora asintió. *Mejor malo conocido que bueno por conocer.* Ciertamente no quería ver cómo serían los refuerzos de sus captores.

Ivan sacó un cuchillo, y ella retrocedió bruscamente, pero él solo cortó sus bridas y la mordaza.

—Vamos. Necesitamos correr.

Él se dio la vuelta y ella lo siguió, corriendo escaleras arriba. Estaban en una pequeña cabaña; sus dos captores yacían en el suelo de la entrada, muertos. La náusea subió por la garganta de Cora y desvió la mirada, siguiendo a Ivan mientras él continuaba moviéndose. Se dirigió hacia la puerta trasera, donde un viejo Fiat los esperaba detrás de la cabaña.

—¿Estás bien? —preguntó Ivan, revisando continuamente el espejo retrovisor mientras se alejaba a toda velocidad de la cabaña momentos después—. ¿Te hicieron daño?

Cora negó con la cabeza.

—Estoy bien —dijo temblorosamente—. ¿Cómo... cómo nos encontraron? ¿Tú...?

—Los hombres enviados por los Dieci que iban a secuestrarte me siguieron cuando entré a tu casa justo antes de que escapáramos. No mucho después de que llegamos a la granja, los Dieci se comunicaron conmigo y amenazaron a mi hijo si no revelaba mi ubicación y dónde estabas tú —dijo negando con la cabeza arrepentido—. Tenías razón... nunca quise ser parte de los Dieci. Usaron a mi hijo como palanca, de la misma manera que te usaron a ti y a tu hija contra Robert. Es así como operan. Y no hacen amenazas vacías.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Cora.

—Tu hijo...

—No pueden llegar a mi hijo. Me aseguré de ello. Te llevaré a un lugar seguro. Todavía estamos en Italia, no lejos de Milán. Necesitamos salir de este país, quizás ir a...

—No —interrumpió Cora—. Encontraremos a mi hija y a mi esposo y nos uniremos a ellos. Ya no voy a ser un blanco fácil. Si estas personas me capturan de nuevo, solo me usarán como palanca y probablemente me maten esta vez.

Ivan la estudió por un largo momento, con una mirada de admiración en su rostro.

—¿Qué?

—¿Recuerdas cuando me dijiste que no sabías de dónde sacaba tu hija su valentía? Veo exactamente de dónde la saca.

Génova, Italia
1:57 P.M.

Adrian miró fijamente la carta, con frustración recorriendo su cuerpo.

Durante las últimas horas, ella y su padre habían examinado minuciosamente la carta, tratando de dar sentido a la serie de símbolos y pocas palabras intercaladas. Vittoria al menos les había dejado una pequeña lista de palabras que su equipo ya había decodificado. Su equipo había determinado que era una carta de un espía veneciano que estaba en Génova durante los primeros días del brote, y hacía referencia a un médico que trabajaba secretamente en nombre de los venecianos en la ciudad.

Adrian había planeado proporcionar una decodificación falsa de una parte de la carta, algo que les compraría el tiempo tan necesario y les daría una excusa para ir a otro lugar. Pero la información falsa necesitaba ser factible, algo que el equipo de Vittoria no pudiera refutar fácilmente.

Sin embargo, hasta ahora, ella y su padre no habían encontrado nada. El miedo se apoderó de ella mientras pensaba en su madre y en Nick. Necesitaban encontrar algo, y rápido.

La voz de su padre atravesó la bruma de pánico de sus pensamientos.

—Adrian. Mira esto.

Ella miró a su padre. Durante los últimos veinte minutos, él se había centrado en una sección particular de la carta, una de las pocas que tenía palabras intercaladas entre los símbolos. Dio un golpecito con el dedo sobre los símbolos.

—He visto esto antes en otras cartas codificadas. Creo que hay un nombre oculto aquí.

Adrian miró la carta, estudiando los símbolos. Había varios de ellos: un lirio, un león alado, una paloma, un árbol, una llave y un caballo. Entre los símbolos había dos palabras en latín, *USUPARE* y *MORS*, que significaban 'usurpador' y 'muerte'.

Sospechaba que el símbolo de la llave era significativo, y sabía que el león alado se refería a Venecia, ya que era el símbolo de San Marcos, el santo patrón de la ciudad. Pero aparte de eso...

—No estoy viendo un patrón —dijo.

—Es como un código dentro de un código —dijo Robert—. Quien escribió esta carta no quería que fuera fácil de decodificar. Sospecho que estas dos palabras latinas se refieren a un nombre; están escritas juntas tres veces a lo largo de la carta. Creo que eso es significativo.

Adrian estudió los otros dos lugares donde estaban escritas las mismas palabras latinas. Las letras estaban en el mismo orden, pero los símbolos diferían, y Adrian ahora podía ver a lo que se refería su padre. Los símbolos que rodeaban las letras parecían estar allí como una forma de despistar a cualquiera que buscara un patrón. Las palabras probablemente eran lo importante.

—*Usupare* y *mors* —dijo Adrian—. ¿Usurpador de la muerte?

—Eso creo —dijo Robert—. Y luego está el símbolo de la llave donde sea que aparezcan estas dos palabras.

—Así que la llave es el usurpador de la muerte —dijo Adrian lentamente.

Su padre asintió. Ella miró las palabras, con la esperanza creciendo en su pecho. Era un buen comienzo... suficiente para llevar a cabo su plan.

—Bueno, acabamos de decodificar estas dos palabras, y se refieren a un nombre —dijo, dándole una mirada larga y significativa. Él asintió, indicando que entendía la artimaña y que estaba siguiendo su plan.

En el avión durante el vuelo a Génova, después de la llamada de Vittoria, Adrian había dejado de lado su pánico para leer tanta historia genovesa como pudo en línea, memorizando algunos apellidos genoveses como referencia. Ahora, uno de esos nombres surgió en su mente, como un faro de luz en la oscuridad absoluta.

—Tengo un nombre —dijo—. Necesitamos hablar con Vittoria.

Adrian miró al guardia que estaba con ellos en la habitación, pero a estas alturas, apenas les prestaba atención y parecía aburrido hasta la médula. Estaba a punto de pedirle que llamara a Vittoria cuando escuchó un grito fuerte y frustrado justo fuera del estudio, y maldiciones feroces en italiano. Era la voz de Vittoria.

El guardia se puso rígido, repentinamente en alerta máxima. Adrian aguzó el oído, escuchando atentamente el italiano rápido de Vittoria. No pudo captar todo, pero por las pocas palabras que Adrian entendió, captó la esencia. Cerró los ojos, y el alivio la invadió.

Su madre había escapado.

TREINTA Y TRES

Adrian forzó su rostro a permanecer neutral, aunque quería gritar de alegría. Miró a su padre, que también se había quedado inmóvil, y pudo ver la misma esperanza que ella sentía reflejada en sus ojos.

La puerta del estudio se abrió de golpe y Vittoria irrumpió con los ojos inyectados de rabia. No parecía tan arrogante como hace unas horas, y Adrian sintió una oleada de orgullo por su madre. Pero no iba a dar ningún indicio de que sabía que una parte clave del poder de Vittoria había desaparecido.

—Han tenido varias horas —espetó Vittoria—. ¿Qué han encontrado?

—Nos llevaría semanas decodificar esto por completo, y creo que lo sabes —respondió Adrian—. Pero sí encontramos algo. Quiero hablar con mi madre antes de mostrarte lo que es.

Si Adrian tenía alguna duda de que su madre hubiera escapado, la breve expresión de pánico que cruzó el rostro de Vittoria antes de ocultarla fue toda la confirmación que necesitaba. Otra oleada de alivio la invadió, pero mantuvo su expresión firme.

—No estás en posición de hacer exigencias —soltó finalmente Vittoria—. Dime qué has encontrado.

—Un nombre —dijo Adrian—. Vincitori. Los Vincitori eran una antigua y poderosa familia de mercaderes genoveses. Hemos determinado que estas dos palabras en latín significan "usurpador de la muerte" o "victoria sobre la muerte". La palabra "vincitor" en

italiano significa conquistador, y uno de los símbolos que aparece junto a las palabras es una paloma, que estaba en el escudo de armas de la familia Vincitori.

Adrian observó cuidadosamente el rostro de Vittoria. Su cara era una máscara de piedra, pero parecía intrigada. Bien. Eso era todo lo que necesitaban.

—Sabemos que estás buscando un cadáver para extraer el patógeno —continuó Adrian. No tenía sentido fingir que no sabían lo que tramaban los Dieci—. Los pobres solían ser enterrados en fosas comunes; es poco probable que encuentres un cuerpo con la cepa virulenta del patógeno que buscas, y las muestras encontradas en fosas comunes suelen estar muy degradadas, como la muestra de Feodosia. Necesitas encontrar el cuerpo de una persona adinerada con esta cepa, alguien que fue enterrado en un lugar al que puedas acceder. Por lo que tu equipo ya ha encontrado y este nombre, creemos que esta carta podría referirse a un miembro de la familia Vincitori que murió por esta cepa de peste. Necesitamos ir al Palazzo Ducale para confirmarlo.

Vittoria frunció el ceño. —¿El palacio del Dux? ¿Por qué?

El Palazzo Ducale era la residencia del dux en Génova durante la época medieval. Ahora servía como una importante atracción turística de la ciudad que albergaba muchos eventos culturales a lo largo del año. Era donde Erasmo les había sugerido que se hicieran llevar, ya que estaba a varios kilómetros de la villa de Vittoria, proporcionándoles una ventana para escapar.

Si todo lo demás fallaba y él no podía rescatarlos mientras estaban en tránsito, había túneles subterráneos en el palacio no abiertos al público que podrían usar para escapar. Iban a usar los archivos históricos del palacio como excusa.

—La información sobre los lugares de enterramiento de las prominentes familias genovesas se guarda en los archivos de allí —dijo Adrian ahora. Sostuvo la mirada de Vittoria con firmeza, manteniendo su rostro calmado aunque su pulso se aceleraba. Todo dependía de la respuesta de Vittoria. Podría simplemente enviar a otra persona al Palazzo Ducale y mantenerlos aquí, o podría matarlos y seguir la pista por su cuenta.

—Iremos al Palazzo Ducale —dijo finalmente Vittoria, pero se inclinó cerca de Adrian, su expresión fría como el hielo—. Si me estás mintiendo, le cortaré la garganta a tu padre frente a ti.

3:37 P.M.

Adrian, su padre y, para su alivio, Nick, fueron todos conducidos a la parte trasera de un SUV junto con Vittoria, su guardia femenina y el guardia que había estado con ellos en el estudio.

Mientras el SUV se alejaba de la villa de Vittoria, el miedo y la adrenalina recorrían el cuerpo de Adrian, con la amenaza de Vittoria aún fresca en su mente. *Le cortaré la garganta a tu padre*. El pánico le obstruyó la garganta, y se obligó a calmarse, la determinación ahuyentando su miedo. No dejaría que Vittoria tocara a su padre.

Una vez que abandonaron el opulento distrito de Albaro, el SUV entró en el distrito de Foce, lleno de parques y mercados junto al concurrido puerto de Génova. Adrian apenas prestaba atención a su entorno, su mente trabajaba a toda velocidad considerando posibles formas de escapar si Erasmo no podía llegar a ellos durante el trayecto. Pero su rescate sería la mejor opción. *Vamos, Erasmo*, pensó. *Vamos*.

Cuando su conductor giró hacia una pequeña calle lateral que los sacaría del distrito de Foce, las plegarias de Adrian fueron respondidas, porque un auto embistió al SUV por detrás, lanzando a Adrian, Nick y su padre hacia adelante.

TREINTA Y CUATRO

La fuerza del impacto lanzó a Adrian, a su padre y a Nick desde el asiento del pasajero al suelo del SUV.

El SUV derrapó, sus neumáticos chirriaron mientras daba un giro de casi trescientos sesenta grados en medio de la calle antes de estrellarse contra dos coches aparcados.

Un dolor agudo subió por el costado de Adrian al caer con fuerza en el suelo, pero apretó los dientes y lo ignoró, tensándose con pánico al escuchar varios disparos.

Pero las balas no estaban impactando en las ventanas ni en ninguna parte del SUV que pudiera herir a los pasajeros. El SUV de repente comenzó a balancearse y a descender hacia el suelo, como si estuviera siendo empujado por las manos de un gigante, y Adrian se dio cuenta de que quien disparaba había acertado en los neumáticos.

Erasmo, comprendió, sintiendo que su corazón se elevaba con alivio.

Rápidamente evaluó la situación. Su padre y Nick estaban visiblemente aturdidos, haciendo muecas de dolor en el suelo del SUV junto a ella, pero por lo demás parecían estar bien. El conductor estaba desplomado sobre el volante, inconsciente, habiéndose golpeado la cabeza contra él por la fuerza de la colisión.

El choque había lanzado a Vittoria y a sus dos guardaespaldas hacia el lado derecho del SUV, y aunque también parecían aturdidos,

desafortunadamente estaban conscientes, lentamente recuperando el equilibrio e incorporándose.

Adrian y Nick se movieron al mismo tiempo.

Nick se abalanzó sobre el guardaespaldas, tomándolo por sorpresa mientras le quitaba el arma de la mano.

Adrian se lanzó hacia Vittoria, que estaba buscando su propia arma. Adrian esquivó a la guardia femenina y golpeó a Vittoria en la cara, un acto increíblemente satisfactorio. Las manos de Vittoria volaron hacia su rostro con un gruñido de dolor, y Adrian aprovechó la oportunidad para agarrar la pistola de Vittoria, levantándola para disparar-

Pero la guardaespaldas de Vittoria pateó el arma fuera de la mano de Adrian, enviándola contra el asiento opuesto en el proceso. Mientras recuperaba el aliento, tambaleándose por el golpe, la guardia arrastró a Vittoria fuera del SUV, usando su propio cuerpo para proteger a Vittoria de más disparos que resonaban, girándose para responder al fuego.

Nick y su padre estaban luchando con el segundo guardia, que había logrado recuperar su arma. Pero el guardia era ferozmente fuerte, y levantó su pistola, apretando el gatillo.

Nick se apartó mientras la bala golpeaba el techo del SUV, y esta vez Adrian se lanzó hacia delante, agarrando el brazo del guardia y nuevamente quitándole el arma de la mano. Con un gruñido, el guardia le agarró la garganta y apretó. Adrian jadeó, luchando por respirar-

—¡Quita tus malditas manos de mi hija!

El padre de Adrian estiró el brazo y apartó el brazo del guardia de ella, retorciéndolo hacia atrás hasta que se escuchó un crujido repugnante, y el guardia aulló de dolor. Nick agarró su pistola, disparando al guardia mientras alguien abría bruscamente la puerta del SUV.

Adrian se dio la vuelta, en alerta máxima, pero para su alivio, era Erasmo. Les dio una sonrisa pícara.

—Solo otro día en la oficina —dijo guiñando un ojo—. He espantado a la villana y a su secuaz, pero no tengo duda de que vendrán refuerzos. Tenemos que largarnos de aquí.

Como si fuera una señal, escuchó el chirrido de neumáticos mientras otro coche se acercaba a la calle lateral.

Adrian, Nick y su padre salieron apresuradamente del SUV. Corrieron hacia el extremo opuesto de la calle, agachándose cuando sonaron varios disparos.

Adrian se dio la vuelta; eran Vittoria y su guardaespaldas femenina, que habían salido de un edificio vacío donde debían haber estado escondidas hasta que llegaran los refuerzos. La guardia se paró protectoramente delante de Vittoria, disparándoles.

El coche que habían oído, el coche de refuerzo, ahora giró hacia la calle lateral con neumáticos chirriantes, deteniéndose detrás del coche de Erasmo, que bloqueaba el camino hacia adelante.

—¡Idos! —gritó Erasmo, volviéndose para devolver los disparos a la guardia de Vittoria—. ¡Llegad al final de la calle, Polina os encontrará allí!

Erasmo disparó de nuevo, alcanzando a la guardia femenina en el pecho. Vittoria dejó escapar un grito de rabia, levantando su propia pistola para disparar, y mientras Erasmo se volvía para correr tras ellos, la bala de Vittoria le alcanzó en el hombro.

Erasmo se tambaleó; Adrian y Robert corrieron de vuelta para agarrarlo y ayudarlo a avanzar mientras Nick se daba la vuelta, disparando a Vittoria, quien esquivó sus balas agachándose.

Otro coche se detuvo en el extremo opuesto de la calle, y el pánico inundó las venas de Adrian: estaban atrapados. El alivio ahuyentó el pánico cuando vio que la conductora era Polina. Parecía aterrorizada, pero les abrió las puertas, gritándoles que se dieran prisa.

Vittoria disparó de nuevo, y Nick se giró para devolver el fuego, pero ella una vez más esquivó. Continuaron hacia el coche de Polina, ayudando a Erasmo a entrar en el asiento trasero antes de entrar ellos mismos. Polina pisó el acelerador a fondo, alejándose a toda velocidad de la escena.

Erasmo estaba recostado, su respiración entrecortada por el dolor. Ella y Nick le levantaron la camisa, examinando su herida; parecía que la bala había atravesado limpiamente, pero había una cantidad aterradora de sangre empapando el asiento a su alrededor.

Nick se quitó su propia camisa y la presionó contra la herida de Erasmo, haciéndolo sisear de dolor.

—Si hoy es mi día para ir al paraíso, detengan a estos bastardos —murmuró Erasmo con voz ronca, su rostro pálido.

—Deja de ser tan dramático —dijo Robert, girándose en el asiento del copiloto para mirar con severidad a su amigo—. Y no olvides que prometiste que íbamos a salir juntos de los Dieci. No te vas a morir ahora.

Erasmo débilmente levantó su dedo medio. —No me digas qué hacer, viejo bastardo.

—Necesitas un hospital —dijo Adrian, examinando la herida de Erasmo con preocupación.

—Llévame a un hospital aquí y estoy muerto. Los Dieci están por toda Génova, igual que en Venecia —dijo Erasmo con voz entrecortada—. Hay un extenso botiquín de primeros auxilios en el avión. Sergey es un bastardo acostumbrado a que le disparen.

—Bien. Pero te conseguiremos atención médica adecuada una vez que aterricemos... y más te vale no morir antes de entonces —dijo Robert. Sus ojos se desviaron hacia Adrian, llenos de preocupación—. ¿Adónde vamos?

Desde que habían decodificado parcialmente la carta en la villa de Vittoria, Adrian había sabido adónde necesitaban ir. Era un lugar que su instinto le decía que siempre iban a volver.

—De vuelta a donde todo comenzó —dijo Adrian, encontrando la mirada de su padre—. Venecia.

TREINTA Y CINCO

Espacio aéreo sobre Ottone, Italia
5:58 P.M.

—La hemorragia se ha detenido, por ahora, pero aún necesita tratamiento adecuado para evitar infecciones... y quizás necesite una transfusión —dijo Polina.

Erasmo estaba desplomado sobre dos asientos en la parte trasera del avión privado de Sergey, donde Polina lo había atendido utilizando el extenso botiquín de primeros auxilios guardado en el avión. Aunque Polina no era médica, afortunadamente sabía lo suficiente sobre anatomía humana para tratar una herida de bala. Erasmo estaba inconsciente pero estable, pero Adrian sabía que Polina tenía razón. Necesitaba atención médica apropiada.

—Cuando aterricemos en Venecia, tú y Sergey necesitáis llevarlo a una clínica en tierra firme —dijo Adrian—. Ya habéis hecho suficiente para ayudarnos, y el peligro solo va a intensificarse a partir de ahora. Esta es la mejor manera en que podéis ayudarnos.

Temía que Polina protestara, pero después de un momento de duda, le dio un asentimiento. Adrian se volvió hacia su padre, que estaba junto a Nick, mirando a Erasmo con preocupación. Sabía que estaba preocupado en dos frentes, igual que ella: por su madre y por Erasmo.

Poco después de haber subido al avión y que Polina hubiera estabilizado a Erasmo, él había llamado al número que tenía de Ivan, pero el teléfono ni siquiera había sonado.

—Sé cómo parece Erasmo... pero tiene un gran corazón. Ha sido un pilar durante todo esto. Al igual que con Ollie, me animó durante años a seguir luchando, insistiendo en que volvería contigo y con tu madre. Los Dieci... hicieron matar a su compañero. No lo demuestra, pero sé que todavía tiene un profundo dolor y culpa por lo que sucedió. Desde entonces, su misión de vida ha sido acabar con ellos.

Adrian miró a Erasmo, su corazón llenándose de simpatía. Recordó el dolor en su rostro cuando les había contado sobre sus antecedentes en Estambul. En general, Erasmo ocultaba bien su dolor, y su determinación ahora tenía más sentido. Esto era personal para él.

Se alejaron de donde Erasmo estaba descansando, tomando asiento cerca de la parte delantera del avión. —Venecia —dijo Robert, volviéndose hacia Adrian—. ¿Estás segura de que lo que buscamos está allí?

—Las pistas estaban todas en la carta. Tengo algunas ideas sobre el nombre: usurpador de la muerte. ¿Qué nombres significan usurpador —o suplantador— de la muerte? Un nombre común es James; significa suplantador de la muerte en hebreo. La versión italiana de James es Giacamo o Jacomo. En cuanto al segundo nombre... creo que ha estado oculto a simple vista todo el tiempo. Seguimos viendo el símbolo de una llave junto a las dos palabras, así que creo que literalmente significa llave en italiano, que es *chiave*. Hay variaciones de ese apellido en italiano: Chiave mismo, Chiaveno, Chiavena, etcétera. Ese es quien creo que estamos buscando... alguna forma del nombre Giacomo o Jacomo Chiave. Tenías razón, papá. El nombre estaba oculto entre los símbolos, que básicamente eran señuelos. Excepto por un símbolo en particular.

—¿Qué símbolo? —preguntó Nick.

—El símbolo del león alado que aparecía junto a las dos palabras. Ese es el símbolo de San Marcos, el santo patrón de Venecia. Se refiere a Venecia. La llave —el usurpador de la muerte, este Jacomo

o Giacomo— está en Venecia. Allí es donde encontraremos su cuerpo.

—¿Cómo crees que todo esto se relaciona con esa carta en Dubrovnik? —preguntó su padre—. ¿La que se refería a un médico trabajando en un veneno en Estambul? Eso fue escrito casi dos siglos antes de la Peste Negra.

—También he estado pensando en eso —dijo Adrian—. La Peste Negra no fue la primera plaga que golpeó Europa, pero fue la más devastadora. Hubo tiempo suficiente para que los médicos que eran miembros de los Dieci probaran la infecciosidad como una especie de guerra biológica. Este conocimiento se transmitió a través de generaciones de médicos que pertenecían a los Dieci, hasta llegar a la llave: este médico.

—Creo que este médico estaba en Kaffa durante el asedio del ejército mongol —continuó Adrian—. Ve su oportunidad y expone a pacientes genoveses a esta cepa más infecciosa bajo el pretexto de tratarlos. Pero su plan fracasa. La cepa es mucho más letal e infecciosa de lo que pretende, y no solo acaba con los enemigos de Venecia, sino que también afecta a Venecia. Eventualmente él también muere de ella. Su cuerpo es preservado y el conocimiento de su ubicación —y la cepa letal que porta— se pierde con el tiempo.

Se quedaron en silencio, considerando sus palabras. Robert comenzó a decir algo, pero el sonido del timbre de un teléfono celular lo interrumpió. Se quedaron quietos.

El sonido venía de uno de los muchos teléfonos de Erasmo, que estaban guardados en uno de los asientos traseros del avión.

Robert fue el primero en llegar al teléfono que sonaba, poniéndolo en altavoz mientras contestaba.

—¿Hola?

—Oh, gracias a Dios. Robert... soy yo.

La alegría surgió en el pecho de Adrian; casi se tambaleó de alivio.

Era la voz de su madre.

TREINTA Y SEIS

Venecia, Italia
8:12 P.M.

Cora se quedó paralizada al ver a su marido acercándose en la distancia, como un espejismo que cobraba vida. Ivan se mantenía a su lado, pero ella solo era consciente del hombre que pensó que nunca volvería a ver.

Se aproximaban a la Chiesa di San Francesco della Vigna en el distrito Castello de Venecia. Habían elegido este lugar como punto de encuentro porque estaba en la parte más tranquila de la ciudad, con muchas calles y callejones escondidos donde meterse en caso de necesitar escapar rápidamente. Pero la posibilidad de peligro estaba lejos de la mente de Cora mientras contemplaba a su marido. Su marido vivo y respirando.

Cora e Ivan habían conducido desde las afueras de Milán hasta Venecia, y el viaje había tomado más tiempo de lo habitual ya que Ivan frecuentemente se desviaba de la autopista para tomar calles secundarias hacia el este evitando cualquier posible perseguidor.

Durante el trayecto, la ira de Cora hacia él se había disipado cuando le contó cómo los Dieci habían secuestrado a su hijo Anton de su escuela en Moscú, amenazando con matar al niño de nueve años si Ivan no cooperaba. Solo cuando un contacto de confianza había puesto a Anton a salvo, Ivan se sintió lo suficientemente

seguro para rescatarla. Como madre, Cora entendía por qué había accedido; la misma razón por la que comprendía por qué Robert había sacrificado su vida por la hija de ambos.

Habían intentado llamar a todos los números que Ivan tenía tanto de Robert como de Erasmo**.** Fue uno de los números de Erasmo el que conectó, y Cora casi lloró de alivio al escuchar las voces de su marido y su hija. Acordaron encontrarse en Venecia, sin querer estar separados por más tiempo. Temía que Robert y Adrian insistieran nuevamente en que se escondiera, pero para su alivio, no lo hicieron. Intuía que ellos tampoco querían estar separados.

Ahora, Cora se detuvo en seco, con emociones turbulentas aflorando a la superficie, y las lágrimas le escocieron los ojos. Había pasado tanto en los últimos días... huir de su casa, descubrir que Robert seguía vivo, su secuestro. Pero este nivel de emoción era casi demasiado, y se tambaleó.

Su marido, aunque mayor, era tan guapo como lo recordaba, y todos los recuerdos que habían compartido a lo largo de los años la inundaron. Su primer encuentro, el día de su boda, sus lágrimas mutuas cuando nació Adrian, las peleas —tanto las insignificantes como las grandes—, las vacaciones, las cenas. Lo mundano. Lo emocionante. Momentos que había repasado múltiples veces mientras procesaba su duelo.

Incapaz de quedarse quieta por más tiempo, Cora echó a correr, y Robert se apresuró también. Él la sostuvo mientras ella lloraba, y ella se apoyó en él. Esta forma sólida y viva de *él*. Su marido. Su otra mitad.

Se apartó cuando Adrian se acercó, con lágrimas brillando también en sus ojos color avellana. Nick e Ivan se mantenían a varios metros de distancia, sabiendo que necesitaban este momento como familia. Cora se giró y abrazó también a su hija, inundándola un alivio como nunca había conocido.

—¿Estás bien, Cora? —preguntó Robert, con la voz ronca por la emoción, recorriéndola con la mirada—. ¿Te hicieron daño? ¿Cómo te encontraron?

Cora se tensó, sus ojos desviándose involuntariamente hacia Ivan. Aún no habían mencionado detalles específicos de su secuestro

a Robert; Ivan había insistido en que quería ser él quien le contara lo que había hecho y por qué. La culpa brilló en los oscuros ojos de Ivan cuando Cora lo miró, y el rostro de Robert se contrajo de rabia; pareció entender instantáneamente lo que había sucedido.

Robert se abalanzó hacia adelante, agarrando a Ivan por el cuello y estrellándolo contra la pared. Ivan era mucho más grande que Robert, pero no intentó defenderse.

—Hijo de puta —gruñó Robert—. ¿Qué hiciste? ¡Confié en ti! Prometiste...

—¡Robert, basta! —exclamó Cora, tomándolo del brazo y apartándolo de Ivan—. No tuvo elección. Amenazaron a su hijo. Y tan pronto como pudo, *él* fue quien me rescató. Hizo exactamente lo que tú has estado haciendo durante los últimos diez años: proteger a su familia.

Parte de la ira de Robert pareció disminuir con sus palabras, pero el sentimiento de traición en su expresión persistió.

—Lo siento —dijo Ivan con brusquedad—. Tenían a Anton. No tuve elección.

Robert cerró los ojos, con los hombros hundiéndose mientras su ira restante parecía disiparse. Tomó aire, mirando alrededor con inquietud—. No deberíamos estar a la intemperie así.

—Ya me estoy ocupando —dijo Nick, sacando su teléfono.

10:37 P.M.

—Mantenme informado —dijo Briggs, con expresión tensa por la preocupación—. Lo digo en serio.

—Entendido —respondió Adrian antes de terminar la videollamada. Se volvió hacia Nick con una sonrisa cautelosa—. Te juro que cada día suena más como si fuera mi verdadero padre.

—Briggs es un dolor de cabeza, como sabes, pero se preocupa —respondió Nick con una sonrisa.

Estaban en una casa segura, una modesta vivienda de dos pisos que el grupo de trabajo había conseguido para ellos en la isla del Lido, una isla barrera adyacente a Venecia en su laguna. Acababan de poner al día a Briggs, contándole dónde estaban y lo que había ocurrido en Génova.

Adrian y Nick compartían una de las habitaciones de invitados, con su ventana dando a las aguas nocturnas de la laguna que rodea el Lido. Sus padres, que apenas podían apartar la mirada el uno del otro, e Ivan, se habían retirado cada uno a sus propias habitaciones para pasar la noche después de comer rápidas raciones de combate que estaban almacenadas en la despensa de la cocina.

Antes de contactar con Briggs, Adrian también se había comunicado con Polina y supo que Erasmo estaba bien, recuperándose satisfactoriamente de su herida de bala. Ella y Sergey lo habían llevado a una clínica en el continente, a más de cuarenta kilómetros de distancia en las afueras de la ciudad de Treviso, poniendo distancia entre ellos y Venecia. Habían pagado generosamente al médico para que no mencionara su presencia allí y para que tratara a Erasmo fuera de horario cuando la clínica estuviera vacía. El médico insistía en que Erasmo necesitaba al menos dos noches de reposo en cama, lo que a Erasmo no le hacía ninguna gracia; quería estar aquí en Venecia con ellos.

—Prométeme que detendrás a esos bastardos —había dicho, cuando Adrian lo puso en altavoz para su padre.

—Lo haremos —había respondido su padre, con voz dura y determinada.

—Hablando de mi padre —dijo Adrian ahora, soltando un suspiro mientras se ponía de pie—. Me temo que vas a tener que lidiar con otro episodio de los tercos West. Voy a intentar convencer a mis padres de que nos dejen manejar las cosas a partir de ahora. Han estado en suficiente peligro. Necesitan quedarse aquí en la casa segura antes de que podamos ponerlos en un avión.

—¡Ja! —exclamó Nick, luciendo genuinamente divertido—. Buena suerte con eso. Voy contigo; tengo que ver esto.

Adrian le lanzó una mirada molesta pero juguetona, saliendo de su habitación para dirigirse a la de sus padres.

—¿Estás segura de que no los estamos interrumpiendo? —preguntó Nick, moviendo las cejas de manera sugerente mientras avanzaban por el pasillo—. No se han visto en más de una década. Tienen mucho que ponerse al día, si entiendes lo que...

Adrian le dio un codazo, dejando escapar un gemido.

—Por favor, no pongas esa imagen en mi cabeza —murmuró, haciendo una mueca mientras llamaba a la puerta de sus padres.

Para su alivio, su madre la abrió casi inmediatamente. Cora atrajo a Adrian hacia sus brazos, con los ojos brillantes por las lágrimas.

—Todavía no puedo creerlo, cariño —dijo al separarse.

—Yo tampoco —respondió Adrian, con la mirada desviándose hacia su padre, que estaba detrás de su madre con una amplia sonrisa, y por un momento olvidó por qué había venido.

—Mamá, papá —dijo Adrian finalmente, tratando de poner toda la autoridad posible en su voz, aunque estar en la misma habitación con sus dos padres la transportaba en el tiempo, y de repente se sintió como una niña—. Voy a insistir en que se queden aquí mañana. Esta es la última pieza del rompecabezas. Nick y yo podemos encargarnos...

—Ya hablamos de esto, Adrian —interrumpió Robert, su voz adoptando ese tono firme que Adrian recordaba de su muy breve período de rebeldía adolescente. Casi esperaba que la llamara "señorita"—. No voy a irme a ninguna parte hasta que esto termine.

—Tu padre ya intentó convencerme de que me quedara aquí... Estoy cansada de ser un blanco fácil. No soy tonta y no me pondré en peligro directo. Tu padre me hizo prometer que huiría si fuera necesario, y sé que Ivan me protegerá si es preciso. Todos lo harán. Pero voy a ir con ustedes —el tono de su madre era igual de firme. La emoción había desaparecido de sus ojos ahora, y se mantenía en una postura rígida y defensiva—. Sé que este es tu trabajo, pero...

—Mamá, ya te han secuestrado. Y papá, tú sabes de lo que son capaces —protestó Adrian.

—Precisamente por eso vamos a terminar con esto —dijo Robert, dirigiéndole una mirada dura—. Ya he hablado de esto con tu madre. Esta discusión ha terminado.

Adrian miró enfadada a sus padres, sintiéndose definitivamente como una niña ahora. Se preguntó, desafiante, si podría forzar el asunto amenazando con ponerlos a ambos bajo custodia protectora, pero la expresión de su padre se suavizó y dio un paso adelante, apretando suavemente sus brazos.

—¿Crees que no tengo miedo? Los dos grandes amores de mi vida están en esta habitación. Todo lo que he hecho durante la última década ha sido para mantenerlas a salvo a las dos. Tú y yo nos parecemos mucho, cariño. No me voy a marchar más de lo que tú lo harías.

—¿Podemos simplemente aprovechar este momento —añadió Cora, con tono ahora también suave— para apreciar que estamos todos juntos de nuevo? Este es un momento que nunca pensé que... —su voz se quebró.

Detrás de ellos, la puerta crujió al abrirse, y Adrian se giró. Nick estaba tratando de escabullirse discretamente para darles privacidad.

—No vas a ninguna parte, Nick —dijo Cora, secándose las lágrimas—. Eres parte de esta familia, especialmente cuando tú y Adrian me den nietos.

—Mamá —jadeó Adrian, mortificada, pero Nick simplemente se rio.

—De acuerdo —dijo Robert, pasando su brazo alrededor de los hombros de Cora—. Sabemos a qué nos enfrentamos y el peligro. Pero durante la próxima... —miró su teléfono— hora, vamos a ser una familia y ponernos al día. Y mañana acabaremos con esto. Juntos.

Después de un tenso momento, Adrian dejó que sus hombros se relajaran. Una hora. Un respiro. Podía permitirse eso.

Se dirigieron al comedor, y después de que su madre les preparara tazas de té, Adrian hizo algo que pensó que nunca volvería a hacer... tener una conversación con sus dos padres.

Robert no quería rememorar sus diez años de cautiverio con los Dieci; en cambio, quería escuchar tantos detalles como fuera posible sobre sus vidas durante su ausencia.

Y Adrian y Cora, con Nick interviniendo en los puntos relevantes de la conversación, lo complacieron. Adrian le contó sobre su etapa inicial en el FBI, su decisión de dejarlo para volver al mundo académico y el caso de Cleopatra que la había devuelto a la aplicación de la ley.

Su madre le habló sobre su relación con Adrian, la tensión en torno a la decisión de Adrian de trabajar en la aplicación de la ley y la eventual aceptación de su madre, cómo había intentado superar su dolor y su persistente esperanza de que Robert siguiera vivo.

Cuando terminaron, era tarde y el cansancio se había apoderado de ellos, pero Adrian se sentía renovada de una manera que no había experimentado en mucho tiempo.

Antes de retirarse a descansar, le dio a cada uno de sus padres un largo abrazo. Estaba decidida a que, sin importar lo que trajera el mañana, haría lo que fuera necesario para asegurarse de no perder nunca más a ninguno de ellos.

TREINTA Y SIETE

Venecia, Italia
9:02 A.M.

—Se dirigen hacia los archivos del estado —dijo Bernardo a Vittoria desde el otro lado de la línea—. Son Adrian West, sus padres, su pareja e Ivan Vasiliev.

Vittoria presionó el teléfono contra su oreja, sintiendo una oleada de emoción ante sus palabras. Acababa de salir de su casa y se aproximaba a su lancha motora privada, flanqueada por varios de sus hombres.

Vittoria había ordenado a sus hombres vigilar edificios en Venecia que albergaban registros históricos, tal como lo había hecho en Estambul, sospechando que esos serían los lugares a los que los West irían una vez que llegaran. Sabía que volverían a Venecia desde que Sofia confirmó que la carta conducía de vuelta aquí.

Su escape en Génova había humillado a Vittoria, al enterarse también por Sofia que la información que le habían dado era falsa. Le dolía aún más que el traidor Erasmo les hubiera ayudado a escapar. Había estado tan desesperada por respuestas que se había dejado engañar.

Isabella había pagado el precio máximo por la imprudencia de Vittoria; no había sobrevivido a su herida de bala y, a pesar de los esfuerzos de los mejores médicos de Génova, había sucumbido a sus

lesiones la noche anterior. Isabella había sido una verdadera creyente de la causa. Había muerto por ella, y Vittoria se aseguraría de que su muerte no fuera en vano.

Desafortunadamente, Paolo Marini se había enterado de su fracaso en Génova y le había dejado un mensaje de voz cortante esa mañana, ya que ella había estado evitando sus persistentes mensajes y llamadas.

—Me he enterado del fiasco en Génova. Los otros líderes y yo vamos a tener una reunión de emergencia para discutir poner a alguien más tras la pista de la llave —había espetado.

La ira recorrió su cuerpo al recordarlo; no permitiría eso. Sería ella quien encontraría la llave, quien avanzaría con los planes de los Dieci. *Dalla distruzione alla rinascita.*

—No los pierdas de vista —dijo Vittoria ahora, subiendo a su bote y dando un asentimiento al conductor—. *No* dejes que te vean. Vamos a dejar que nos guíen hasta la llave... y después los eliminaremos.

9:15 A.M.

Como muchos edificios en Venecia, el Archivio Di Stato Di Venezia, el Archivo Estatal de Venecia, había sido reutilizado. Antiguamente fue un convento franciscano construido durante el siglo XIII. Se convirtió en el hogar de los numerosos registros de Venecia a principios del siglo XIX. Ubicado en el distrito de San Polo, su plaza era la segunda más grande de Venecia, justo después de la Plaza de San Marcos.

Los archivos albergaban una cantidad asombrosa de registros, más de setenta kilómetros de estanterías repletas de documentos de la larga historia de Venecia. Adrian y Nick habían venido aquí durante su estancia inicial en Venecia, pero ni siquiera sabían por dónde empezar a buscar. No tenían suficiente información en ese momento.

Sabían que era arriesgado venir aquí, dado que Vittoria y los Dieci probablemente les pisaban los talones, y la organización bien podría tener miembros que trabajaran aquí. Pero este era el mejor lugar para obtener respuestas... en algún lugar entre sus montañas de registros.

Adrian estaba agradecida de que Ivan hubiera sugerido alquilar un bote privado. Había menos necesidad de mirar por encima del hombro que si hubieran dependido de los *vaparettos*, los autobuses acuáticos públicos de Venecia, o incluso de los *motoscafos*, los taxis acuáticos. Ivan había alquilado una lancha rápida a un propietario privado temprano esa mañana, y resultó ser un excepcional conductor de embarcaciones, manejando hábilmente las subidas y bajadas de la laguna, llevándolos desde el Lido hasta la isla principal de Venecia en menos de una hora. Había desestimado sus cumplidos, diciéndoles que saber cómo operar una lancha rápida era a menudo un requisito en su trabajo de seguridad.

Adrian y Robert entraron en el gran edificio neoclásico de los archivos que dominaba la plaza. Ivan y Cora permanecieron afuera frente a los archivos, vigilando quién entraba y salía del edificio. Su madre estaba visiblemente emocionada de formar parte del plan, y si Adrian no estuviera tan preocupada por ella, lo habría encontrado divertido. Para su alivio, su padre había llevado a Ivan aparte, diciéndole que pusiera a Cora a salvo ante el primer indicio de peligro.

Nick ya estaba dentro; había entrado antes que Adrian y Robert, vigilando los archivos desde el interior.

Adrian y su padre se acercaron a uno de los archivistas para pedir ayuda, usando la misma historia de cobertura de ser un profesor y su asistente que habían utilizado en Estambul. El archivista que les ayudó, Federico, era joven y entusiasta, un estudiante de posgrado en la Escuela de Estudios Archivísticos, Paleografía y Diplomática, que se encontraba en el edificio. Parecía genuino y Adrian no detectó ningún comportamiento engañoso de su parte, pero aún estaba nerviosa a pesar de sus precauciones, aterrorizada de que Vittoria y sus hombres los rodearan en cualquier momento.

Después de decirle a Federico lo que estaban buscando, los condujo a una gran sala junto a uno de los claustros que rodeaba el edificio, dejándolos en una mesa central. Adrian estaba tensa y alerta mientras esperaban, sus ojos escudriñando los rostros de cada transeúnte, pero nadie les prestaba atención. Permaneció tensa incluso cuando Federico regresó con una pequeña pila de documentos, entregándoles también dos juegos de guantes.

—Aquí hay un nombre que pude encontrar en los archivos que se acerca a lo que están buscando —dijo Federico—. Jacomo Chiaveno. Su nombre fue registrado en el gremio de médicos y boticarios que se estableció aquí en el siglo XIII.

Parte de la tensión de Adrian se desvaneció, e intercambió una mirada esperanzada con su padre. Jacomo Chiaveno. Había acertado con su nombre. *La llave.*

—Desafortunadamente, esa es la única referencia a él que pude encontrar —continuó Federico, dándoles una mirada de disculpa, e inmediatamente la esperanza de Adrian se desvaneció—. Tenía un aprendiz listado junto a su nombre, y reconocí el nombre inmediatamente: Rinaldo Calipiero. La familia Calipiero era una rica familia de constructores de barcos cuyas raíces se remontan a los primeros días de Venecia. La mayoría de los archivos familiares se dispersaron después de la caída de la República, pero tenemos varios documentos de sus archivos familiares.

—Gracias —dijo Robert, y Federico los dejó solos.

Adrian miró los documentos, desanimada. No sabía cómo los registros familiares del aprendiz iban a ayudarles, y la derrota se apoderó de ella.

Pensó en la carta que Vittoria les había hecho decodificar en Génova. Su equipo podría haberla decodificado con éxito para ahora, lo que llevaría a los Dieci directamente a la llave.

—Es un comienzo, cariño —dijo Robert, dándole una mirada tranquilizadora.

Adrian no se sentía tan optimista, pero durante la siguiente hora ella y su padre examinaron minuciosamente los documentos de la familia Calipiero, sus manos enguantadas clasificando cada uno, que eran principalmente registros de propiedades y financieros de su

próspero negocio de construcción naval durante el apogeo de la República. A pesar de su aprendizaje, Rinaldo no había terminado dedicándose a la medicina, y se había unido al negocio familiar en su lugar. No había otras referencias a Chiaveno.

Recogiendo el documento final, el testamento de Rinaldo, Adrian lo escaneó, sintiendo aún el peso de la derrota. Sin embargo, mientras lo leía...

No sabía si era solo un pensamiento ilusorio, pero había algo extraño en la forma en que estaba escrito el testamento. Adrian había estudiado testamentos medievales para conferencias que había dado sobre el lenguaje y la muerte en la Edad Media europea, por lo que estaba familiarizada con su estructura, razón por la cual este destacaba como inusual.

—¿Estoy loca? —le preguntó a su padre, entregándole el documento—. ¿O la forma en que está escrito este testamento te parece extraña?

—No estás loca —dijo Robert lentamente, examinando el testamento—. He leído muchos testamentos de este período. Es el preámbulo. Es mucho más largo de lo habitual y se lee más como una confesión.

Adrian asintió en acuerdo. Los testamentos medievales eran de naturaleza religiosa, con un preámbulo que encomendaba el alma del sujeto a Dios, y a menudo eran breves. El resto del testamento designaba dónde el escritor deseaba ser enterrado, dónde se enviarían las donaciones en su nombre —generalmente a un organismo religioso como una iglesia o monasterio— y las designaciones de propiedad.

El testamento de Rinaldo tenía todo esto... pero el preámbulo ocupaba la mayor parte del testamento. Y había partes que eran vagas y no tan directas como otros preámbulos que había leído, como si hubiera un mensaje oculto entre las palabras.

—¿Y si, como la carta de Génova, Rinaldo no quería declarar explícitamente algo que los ojos equivocados pudieran ver? —preguntó Adrian—. Así que enterró el mensaje en su testamento, un documento que sabe que será preservado a lo largo del tiempo.

Adrian señaló una sección del preámbulo que inmediatamente había destacado para ella, leyéndola en voz alta.

—"Aunque la llave pueda desear su destrucción, que Dios tenga misericordia de mi alma, la verdadera llave para preservar la serenidad está donde preside el santo de la muerte."

—Intencionadamente vago pero lleno de significado —murmuró su padre—. Y tenemos nuestra referencia a la llave. En cuanto a "donde preside el santo de la muerte"... creo que eso también es significativo.

—Una ubicación —sugirió Adrian, con la emoción arremolinándose en sus venas.

Sacó su teléfono e introdujo una búsqueda de referencias al "santo de la muerte" y ubicaciones en Venecia. Aparecieron múltiples resultados, pero uno en particular destacó.

—Isola di San Michele —dijo Adrian, mirando de nuevo a su padre—. Es una isla en la laguna de Venecia apodada la "Isla Cementerio". Lleva el nombre de San Miguel. También hay una iglesia con su nombre en la isla. San Miguel era el guardián de los muertos en la religión católica romana.

—San Miguel. Por supuesto —dijo su padre—. Normalmente se le representa sosteniendo una balanza en el Día del Juicio. En el Libro del Apocalipsis, dirigió al grupo de ángeles que derrotó a Satanás, expulsándolo del cielo. Se aparece a las personas cuando mueren y les ofrece una oportunidad de redención antes de la muerte.

Adrian y su padre se miraron, su emoción como una corriente eléctrica entre ellos.

Habían encontrado donde probablemente estaba enterrada la "llave", Jacomo Chiaveno.

TREINTA Y OCHO

Adrian estaba de pie en la proa de la lancha motora junto a sus padres y Nick mientras Ivan los alejaba de Venecia y los conducía hacia el norte a través de la laguna en dirección a la Isola di San Michele.

Había leído sobre la isla en su teléfono durante el breve trayecto. Desde principios del siglo XIX, la pequeña isla había servido como el cementerio principal de Venecia. El cementerio constaba de terrenos de sepultura para católicos, con secciones separadas para ortodoxos y protestantes. También estaba la Chiesa di San Michele, una iglesia considerablemente más antigua que el propio cementerio, construida durante el siglo XV. En conjunto, la isla era un lugar para los muertos. Además del cementerio y la iglesia, había un osario y un crematorio.

Y posiblemente la clave... el cuerpo de Jacomo Chiaveno.

—Robert. Adrian —dijo Ivan con gravedad. Sus ojos estaban fijos en los espejos retrovisores y laterales—. Nos están siguiendo.

Adrian se tensó, sacando los prismáticos que había traído y girándose para escudriñar las aguas de la laguna detrás de ellos.

El miedo se enroscó alrededor de su columna vertebral; Ivan tenía razón. En la cercana distancia, dos lanchas motoras se dirigían directamente hacia ellos.

Adrian dejó a un lado su miedo mientras una determinación endurecida se apoderaba de ella. Era inevitable que los Dieci los

encontraran aquí. Venecia era su antiguo cuartel general, su territorio.

—Todos sujétense. Intentaré perderlos —dijo Ivan, ajustando el acelerador y aumentando la velocidad.

—Mamá, papá, bajen a cubierta —gritó Adrian, con el corazón martilleando mientras sacaba su pistola y comprobaba la recámara. Temía que discutieran, especialmente su padre, pero Robert tomó la mano de su madre y la condujo bajo cubierta hacia la pequeña cabina sin protestar.

Nick se acercó a su lado, preparando también su arma. Ivan aumentó la velocidad; se dirigía de vuelta hacia la isla principal de Venecia. Pero pronto soltó una maldición, y Adrian siguió su mirada. Otra lancha motora más se acercaba desde adelante, también dirigiéndose directamente hacia ellos.

Ivan dio un brusco giro de 180 grados, enviando a Adrian y Nick desparramados sobre la cubierta. Mientras se ponía de pie a toda prisa, agarrándose al costado del barco, se dio cuenta con pánico de que las dos embarcaciones los estaban forzando a alejarse de la relativa seguridad de la laguna de Venecia... hacia las aguas abiertas del Adriático.

Adrian se apoyó en el costado del barco mientras Ivan aumentaba la velocidad, Nick haciendo lo mismo en el lado opuesto, levantando sus armas. Las otras tres lanchas motoras les estaban dando alcance, y podía distinguir a un tirador en la más cercana, avanzando y levantando su arma...

Disparó. Adrian y Nick se agacharon antes de devolver el fuego. Bajo cubierta, escuchó gritar a su madre.

Más balas de los otros barcos fueron disparadas en su dirección, e Ivan aumentó aún más la velocidad. Con el viento azotando su cabello y la espuma del mar salpicando sus mejillas, Adrian continuó sujetándose mientras se ponía de rodillas, devolviendo los disparos. Pero era inútil: estaban superados en número y los otros barcos se acercaban cada vez más, casi sobre ellos.

Cuando uno de los barcos entró en el rango de tiro, Adrian disparó varias veces, apuntando al conductor, pero este evadió los disparos, y el tirador a su lado respondió con fuego.

Adrian se agachó mientras el segundo barco se acercaba. Nick disparó, pero no fue lo suficientemente rápido, y el tirador devolvió el fuego, apuntando a Ivan...

La bala le alcanzó en la parte superior de la espalda, y se desplomó sobre la cubierta. El pánico se estrelló contra ella, y moviéndose agachada, Adrian se dirigió al volante mientras Nick cubría a Ivan con su cuerpo, devolviendo el fuego.

Adrian tomó el control del barco, agarrando el volante, pero el tercer barco se había situado junto a ellos. Buscó alrededor una ruta de escape, pero estaban rodeados. Se vio obligada a detener la embarcación.

Vittoria emergió desde detrás del conductor del primer barco, dedicándole una fría sonrisa.

TREINTA Y NUEVE

12:46 P.M.

Desde que regresó a la oficina, Adrian había perdido la cuenta de cuántas veces alguien le había apuntado con un arma, o cuántas veces le habían disparado.

Esta era la primera vez, sin embargo, que no le importaba en absoluto su propia vida.

Su concentración se centraba por completo en sus padres, que eran obligados a desembarcar por separado en la Isola di San Michele desde el barco de Vittoria. Vittoria tenía a un hombre vigilando a cada uno de ellos, con una pistola presionada contra sus espaldas.

La propia Vittoria caminaba junto a Adrian, con su arma dolorosamente encajada en el costado de Adrian mientras la obligaba a seguir a sus padres. Nick iba justo detrás de ellas, con otro de los hombres de Vittoria vigilándolo. Vittoria y sus hombres habían ocultado sus armas bajo sus chaquetas.

Desde su posición, podía ver a un puñado de turistas deambulando por el cementerio de la isla; no se atrevía a intentar llamar su atención.

—Si haces un solo movimiento en falso, te prometo que verás morir a tu madre —le había siseado Vittoria, y Adrian le creyó.

Ivan estaba en uno de los barcos de Vittoria bajo cubierta, vivo, pero con un intenso dolor, apenas aferrándose a la consciencia. Adrian había temido que Vittoria lo ejecutara de inmediato; en cambio, lo había mantenido con vida, haciendo que uno de sus hombres detuviera la hemorragia de su herida antes de ponerle un guardia. Adrian se dio cuenta con horror de que Vittoria estaba usando su vida como moneda de cambio, además de las de sus padres y Nick.

La frustración surgió en el estómago de Adrian; debería haber obligado a sus padres a quedarse atrás. Ahora las vidas de ambos estaban en peligro, y Adrian no sabía cómo iba a sacarlos de esta situación.

Después de rodear su barco, Vittoria les había hecho contar todo lo que habían descubierto. Con armas apuntando a sus padres y a Nick, Adrian le había contado todo, sin ocultar nada. Vittoria pareció satisfecha con sus respuestas, y ahora se dirigían al osario de la isla para buscar los restos de Chiaveno.

Dado lo antiguos que eran sus restos, no estaba enterrado en el cementerio, cuyas primeras sepulturas databan del siglo XIX. Sus restos probablemente habían sido trasladados al osario de la isla, junto con los restos más antiguos, que era donde iban a buscar.

Para ser una isla cementerio, la Isola di San Michele era exuberante, con árboles y vegetación cuidadosamente atendidos, con los árboles rodeando el cementerio como centinelas que custodiaban a los muertos.

Avanzaron por un sendero que serpentea alrededor del cementerio hacia el osario. Sentía como si los estuvieran conduciendo a su perdición. Adrian se obligó a mantener su respiración estable, aunque el pánico abrasaba sus venas. Necesitaba concentrarse, y eso requería calma. En ese momento, la mejor manera de mantener vivas a las personas que amaba era seguir siendo útil para Vittoria.

Una vez que llegaron al osario, Vittoria ordenó a sus hombres que se desplegaran y buscaran, manteniendo a sus cautivos cerca.

Vittoria se volvió hacia Adrian, entrecerrando los ojos. —Si cualquiera de ellos intenta cualquier movimiento, dispárenles.

Chiaveno no está aquí.

La comprensión llegó lentamente a Adrian mientras pasaban las siguientes dos horas buscando en el osario, sin éxito.

Vittoria incluso hizo que uno de sus hombres preguntara sobre los entierros en la iglesia de la isla, la Chiesa di San Michele, que era considerablemente más antigua que tanto el cementerio como el osario. Pero no había restos enterrados allí.

La furia de Vittoria era palpable. Condujo a Adrian hasta el borde del osario, presionando su arma con tanta firmeza en el costado de Adrian que esta se estremeció de dolor. Nick se abalanzó hacia delante con un gruñido, su madre gimió de miedo y su padre se puso rígido, pero los hombres que los vigilaban los contuvieron a todos.

—¿Fue esto otro engaño, como en Génova? ¿Crees que soy una tonta? —espetó Vittoria.

—Te dije todo —dijo Adrian con los dientes apretados, luchando por mantener su voz estable.

Vittoria la estudió durante mucho tiempo, como si determinara la veracidad de sus palabras, antes de volverse hacia sus hombres. —Llévenselos de vuelta al barco —ordenó. Le dio a Adrian una mirada que le heló la sangre hasta los huesos—. Será más fácil arrojar sus cuerpos al mar.

El terror desgarró a Adrian cuando los hombres los sacaron de la isla y los llevaron de vuelta al barco de Vittoria.

Piensa. ¿En qué se habían equivocado? Pensó de nuevo en la línea del testamento en la que se habían centrado. *Aunque la llave pueda desear su destrucción, que Dios tenga piedad de mi alma, la verdadera llave para preservar la serenidad está donde preside el santo de la muerte.*

¿Qué se le estaba escapando?

Se repitió la frase mientras los arrastraban a la cubierta inferior del barco de Vittoria. Una vez que estaban todos reunidos en el

espacio reducido, Vittoria levantó su arma, quitó el seguro y apuntó a la cabeza de su madre.

Robert dejó escapar un grito de furia y se tambaleó hacia adelante, pero su guardia lo golpeó en el estómago, haciéndolo doblarse.

—Este es el lugar equivocado, y creo que lo sabes —siseó Vittoria —. Esto te demostrará que cumplo mis amenazas.

Su siguiente movimiento pareció ocurrir a cámara lenta.

Vittoria giró su arma hacia Robert, apuntando a su pecho, y apretó el gatillo.

CUARENTA

Su madre gritó, y la conmoción se apoderó de Adrian mientras su padre se desplomaba en el suelo de la cubierta.

Vittoria se giró, apuntando con calma su arma hacia Cora.

Adrian sintió que el mundo a su alrededor cambiaba, su shock dando paso al pánico. Su padre estaba inconsciente, su respiración débil mientras la sangre se filtraba a través de la tela de su camisa hacia la cubierta. *Tanta sangre*, pensó vagamente, sintiendo como si estuviera observando desde la distancia mientras dos de los hombres de Vittoria levantaban el cuerpo inmóvil de su padre, desapareciendo con él hacia una habitación trasera.

—Ahora. ¿Dónde deberíamos buscar realmente, o disparo también a tu madre y a tu amante?

Durante su tiempo en la Academia del FBI, Adrian había aprendido un ejercicio de concentración. Los otros agentes en formación rodeaban al aprendiz, haciendo todo lo posible para distraerlo mientras este se concentraba en completar una tarea asignada. Estaba diseñado para enseñar a los aprendices a mantener la calma y la concentración durante situaciones intensas y potencialmente mortales. En aquel momento, Adrian había pensado que el ejercicio era un poco inútil, pero ahora se alegraba de tener ese entrenamiento como respaldo.

Lo utilizó ahora, enfocando toda su concentración en el problema y la solución. Eliminó todo lo demás en su perímetro físico: el arma

de Vittoria apuntando a su madre, los sollozos de su madre, la sangre de su padre manchando la cubierta. Nick luchando contra el hombre que lo sujetaba, con los ojos desorbitados.

Problema. Solución. Problema: habían ido al lugar equivocado. Se habían centrado demasiado en San Miguel. Pero había muchos otros lugares a los que podría referirse el testamento de Rinaldo Calipiero.

Aunque la llave pueda desear su destrucción, que Dios tenga piedad de mi alma, la verdadera llave para preservar la serenidad está donde preside el santo de la muerte.

El santo de la muerte preside. Mentalmente repasó las otras posibilidades que ella y los demás habían considerado antes de decidirse por San Miguel.

—Me estoy impacientando, Adrian —espetó Vittoria, acercándose más a su madre.

Adrian mantuvo el pánico a raya, conservando su concentración, hasta que un lugar surgió en su mente.

—Lazaretto Vecchio —dijo Adrian.

Lazaretto Vecchio, que se traduce como Lazareto Viejo —antigua estación de cuarentena— era una isla que sirvió como colonia de leprosos desde el siglo XV hasta el XVII. Lo más crucial fue que hospitalizó a los enfermos durante las oleadas de epidemias de peste que azotaron Venecia, y hasta el día de hoy se siguen desenterrando allí tumbas masivas e individuales de víctimas de la peste.

—Lazaretto deriva del nombre bíblico de Lázaro —continuó Adrian—. Él se liberó de la muerte, resucitó. Presidir... puede verse como gobernar o vencer a la muerte. Es algo que los venecianos intentaban hacer al usar la peste para vencer a sus enemigos.

Vittoria escuchaba atentamente, aunque seguía manteniendo su arma apuntando a Cora. Una vez más, Adrian sintió que el pánico se filtraba. Respiró hondo y voluntariamente lo mantuvo a raya, como si levantara una presa emocional, mientras continuaba:

—Supongamos que Chiaveno muere cuando la peste llega a Venecia en 1348. Sabemos por los registros que su aprendiz, Rinaldo Calipiero, solo tiene veinte años cuando él muere. Calipiero no muere hasta 1408. En Lazaretto Vecchio, había un hospital que acogía a víctimas de la peste y enfermos de lepra en esa época.

Calipiero tenía los medios para trasladar el cuerpo de Chiaveno desde su lugar de entierro original y enterrarlo allí.

—Lazaretto Vecchio es uno de los lugares que los Dieci han investigado a lo largo de los años —dijo Vittoria, aunque parecía dudar—. Nunca se ha encontrado nada.

—Necesitamos buscar de nuevo —dijo Adrian con firmeza—. Se han encontrado cuerpos de víctimas de la peste allí a lo largo de los años... tiene más sentido.

De nuevo, Vittoria estudió a Adrian durante un tiempo inquietantemente largo. Adrian sostuvo su mirada, aunque estaba aterrorizada de que Vittoria aún disparara a su madre solo para demostrar algo.

Finalmente, Vittoria se volvió hacia uno de sus hombres, ladrando una orden en italiano rápido.

Cuando se volvió hacia Adrian, su voz era fría.

—Esta es tu última oportunidad. Deberías rezar para que la llave esté allí.

CUARENTA Y UNO

Laguna Veneciana
4:19 P.M.

El viaje desde Isola di San Michele hasta Lazaretto Vecchio solo duró media hora, pero se sintió como días. Meses. Años.

Una multitud de emociones fluía a través de Adrian: miedo por sus padres, Nick e Ivan, preocupación de estar equivocada, frustración por no haber ido primero a Lazaretto Vecchio.

Sin embargo, su preocupación era en última instancia inútil. Si tenía razón y encontraban el cuerpo, Vittoria los mataría. Si estaba equivocada, los mataría igualmente. Por lo que recordaba del Lazaretto Vecchio, generalmente estaba cerrado a los turistas, abriendo solo ocasionalmente para visitas guiadas. Era el lugar perfecto para matarlos antes de deshacerse de sus cuerpos en la laguna.

Intentó no pensar en su padre desangrándose, o en Vittoria ejecutando a su madre y a Nick. Sospechaba —esperaba— que Vittoria mantuviera a su padre con vida, como a Ivan, como moneda de cambio, pero eso solo duraría un tiempo limitado.

Adrian se paró en la proa del barco junto a Vittoria mientras navegaban hacia el sur, rumbo a Lazaretto Vecchio. Vittoria estaba pegada a su costado, con la pistola clavada en las costillas de

Adrian. Nick y su madre estaban detrás, también vigilados por dos de los hombres de Vittoria.

Discretamente, contó el número de hombres que Vittoria había traído. Entre este barco y los otros dos que los seguían, Adrian contó siete hombres. Solo podía rezar para que Vittoria no tuviera aún más hombres patrullando la laguna circundante.

La adrenalina corría por las venas de Adrian mientras se acercaban a la isla de Lazaretto Vecchio. La isla era su única posibilidad de escape.

Su barco se acercó a un embarcadero, y Vittoria empujó a Adrian hacia adelante.

—Ve —espetó.

Adrian pisó el muelle. Detrás de ella, los dos hombres que vigilaban a Cora y Nick también los obligaron a bajar del barco.

Miró alrededor, observando la isla. Era pequeña, de poco más de seis acres. A diferencia de Isola di San Michele, con su exuberante vegetación y terrenos bien cuidados, Lazaretto Vecchio parecía desolada, con edificios en ruinas que ocupaban la mitad de la isla, mientras que la otra mitad estaba en construcción para un futuro museo. La naturaleza estaba reclamando muchos de los edificios: hierbas altas y ramas serpenteantes de árboles descuidados se enroscaban alrededor de ellos.

—¿Dónde vamos a buscar? —exigió Vittoria con ojos entrecerrados, haciendo que la pregunta sonara más como una amenaza.

—Mencionaste que los Dieci ya han revisado este lugar. ¿Dónde han buscado? —preguntó Adrian.

—Cada vez que se recuperan huesos de víctimas de la peste, buscamos cualquier indicio de cepas virulentas extraídas de sus restos. Y monitoreamos lo que se encuentra durante las excavaciones en toda la isla —respondió Vittoria, señalando los edificios que salpicaban Lazaretto Vecchio.

A Adrian le pareció que los Dieci no habían registrado minuciosamente la isla en absoluto, pero ciertamente no iba a señalarlo. En cambio, dijo:

—No creo que Rinaldo Calipiero hubiera enterrado el cuerpo de Chiaveno en una fosa común con otras víctimas de la peste. También dudo que se encontrara en una tumba individual normal. Según las palabras de su testamento, quería que el cuerpo fuera preservado, a pesar de los deseos de Chiaveno.

Adrian se volvió para mirar nuevamente los edificios decrépitos de la isla, recordando lo que sabía sobre ella. Durante siglos había servido como lugar para los enfermos: tanto una colonia de leprosos como un hospital para las víctimas de la peste. Su mirada se posó en un edificio cercano mientras recordaba un hecho particular.

—Había un hospital especial aquí reservado solo para nobles —dijo Adrian lentamente—. Creo que deberíamos empezar por ahí.

Después de un tenso momento, Vittoria la empujó bruscamente hacia adelante y se volvió para enfrentar a sus hombres.

—Bernardo, Isaac, Giancarlo, Luca y Jon vendrán con nosotros. Enzo y David, ustedes quédense con los barcos.

Adrian notó que dos de los hombres, Isaac y Giancarlo, llevaban cada uno escáneres GPR portátiles, dispositivos de penetración terrestre que podían detectar áreas ocultas bajo estructuras de edificios.

Se alejaron del muelle, abriendo camino a través de los pastos crecidos. Algunos edificios que pasaron estaban intactos; sabía que estos eran el hospital regular y el edificio del personal.

Continuaron hasta llegar al hospital para nobles, cuya mitad superior estaba relativamente intacta mientras que la inferior estaba parcialmente hundida y cubierta de plantas silvestres y árboles que amenazaban con consumirla.

Con cautela, entraron, tomando las escaleras irregulares hacia la mitad superior del hospital. El interior no conservaba rastro del hospital que alguna vez fue, consistiendo solo en suelos y paredes de piedra agrietados.

Vittoria empujó a Adrian hacia adentro, manteniendo su arma presionada contra su espalda. Sus hombres hicieron lo mismo con su madre y Nick.

—Registren todo —ordenó Vittoria a sus hombres.

Isaac y Giancarlo se dispersaron, escaneando las paredes y suelos con sus dispositivos.

Adrian los observaba, tensa, preguntándose si era el momento de hacer su movimiento. Isaac y Giancarlo estaban distraídos con los escáneres. Los otros dos, Luca y Jon, vigilaban a su madre y a Nick, y Vittoria había ordenado al último, Bernardo, que montara guardia afuera. Con ella y Nick, eso era dos contra cinco. No eran buenas probabilidades, pero factible si podían conseguir sus armas.

Decidió no actuar por ahora; estaba demasiado lejos de Nick para comunicarle sus intenciones. Él estaba al otro lado de la habitación con su madre. Y aunque Vittoria estaba intensamente concentrada en sus hombres escaneando la habitación, no estaba lo suficientemente distraída para que Adrian hiciera un movimiento.

Pero Adrian sabía que necesitaba actuar rápido. Podía notar que la paciencia de Vittoria pendía del más fino de los hilos... si no encontraban nada aquí, Vittoria podría matar a su madre o a Nick por pura rabia.

Isaac y Giancarlo escanearon cada centímetro de la habitación, y la inquietud de Adrian aumentó. Finalmente, Isaac se volvió para enfrentar a Vittoria.

—No parece haber nada aquí.

La mandíbula de Vittoria se tensó. Miró hacia el suelo de piedra desmoronado.

—Entonces necesitamos revisar abajo.

Isaac vaciló.

—No es un área muy segura. Quizás podríamos...

—No te pregunté si era un área segura. Te dije que necesitamos revisar abajo —espetó Vittoria.

Isaac bajó la mirada, dándole un brusco asentimiento. Él y Giancarlo salieron de la habitación, bajando por las escaleras irregulares.

—Muévete —ladró Vittoria, empujando a Adrian hacia adelante con su arma. Adrian se dirigió hacia la salida, su corazón latiendo aceleradamente por el miedo.

Bajaron las escaleras y entraron en el deteriorado primer piso. Isaac tenía razón. Con suelos de piedra irregulares cubiertos de

escombros y paredes parcialmente derrumbadas, esta área parecía estar al borde del colapso.

Pero a Vittoria no parecía importarle, sus ojos oscuros se centraban intensamente en los dos hombres mientras comenzaban a moverse con cuidado por la habitación, escaneando cada sección.

Adrian tragó saliva, encontrándose con los ojos de Nick al otro lado de la habitación. Se preguntó si él estaría pensando lo mismo. Ahora, cuando estaban en esta precaria habitación, era el momento de actuar.

Pero justo cuando estaba a punto de hacer un movimiento...

Un estridente sonido llenó la habitación, y Adrian se tensó. Giancarlo había detectado algo. Estaba de pie en el rincón más alejado de la habitación, junto a un montón de escombros. La emoción brilló en los ojos de Vittoria mientras Giancarlo se arrodillaba, pasando su escáner por el suelo, y la alarma aumentaba en volumen.

Había algo ahí abajo.

Isaac y Giancarlo despejaron los escombros usando sus manos y pies, revelando gradualmente un suelo de piedra debajo. Estaba agrietado y ahuecado, pareciendo estar al borde de hundirse.

Vittoria asintió a Isaac, y él se hizo a un lado, disparando varias balas al suelo. Este se hundió con un crujido astillante, revelando un estrecho pasadizo a unos cuatro pies por debajo de ellos.

Isaac se arrodilló, alumbrando con una linterna hacia el interior. Desde su punto de vista, Adrian podía ver que el pasadizo era largo, serpenteando más adelante bajo el edificio.

Era el lugar perfecto para esconder un cuerpo preservado. Una tumba.

Vittoria sonrió, sus ojos brillando con un hambre oscura.

—Adrian y yo bajaremos primero; ustedes dos vendrán con nosotras —se volvió hacia Jon y Luca, los hombres que vigilaban a Nick y a su madre—. Quédense aquí arriba. Si parpadean de forma extraña, dispárenles.

Vittoria centró su atención en Adrian.

—Después de ti —dijo fríamente.

En los siguientes segundos, Adrian tomó una decisión.

Si el lugar de enterramiento de Chiaveno estaba ahí abajo, Vittoria los mataría a todos, ya que no tendría más uso para ellos. Si Chiaveno no estaba ahí abajo, Vittoria igualmente los mataría a todos por pura frustración. Sus instintos le decían que si entraba en ese túnel ahora... no volvería a salir.

Y así actuó, sabiendo que era ahora o nunca.

CUARENTA Y DOS

En un movimiento rápido, Adrian se agachó y pateó las piernas de Vittoria, enviándola precipitadamente hacia el pasadizo de abajo, perdiendo su pistola de una de las manos mientras extendía ambas para amortiguar la caída.

—¡Mamá, agáchate! —gritó Adrian, atrapando la pistola de Vittoria. Se giró para apuntar a Jon y Luca, los guardias que habían liberado a Cora y Nick y ahora corrían hacia ella con sus propias armas levantadas—.

Su madre obedeció, arrojándose al suelo mientras Adrian disparaba a los dos guardias, haciéndolos desplomarse.

Nick se movió rápido, tomando el arma de uno de los guardias caídos mientras Bernardo, que había estado afuera, entraba corriendo y levantaba su arma. Nick disparó dos veces a Bernardo mientras Adrian se giraba hacia Giancarlo e Isaac, que cargaban contra ella—

Isaac le disparó, pero Adrian esquivó, y Nick le descargó dos balas en el pecho. Isaac se desplomó mientras Giancarlo apuntaba para disparar a Adrian, pero ella fue más rápida, levantando su arma y disparando.

Mientras Giancarlo caía al suelo, Adrian se enderezó, respirando agitadamente, mirando hacia el pasadizo. No había señal de Vittoria, y el pánico ardió en su vientre. Se volvió hacia Nick.

—Saca a mi madre de aquí y llama refuerzos... mi padre e Ivan necesitan atención médica inmediatamente —dijo Adrian. No esperó a que Nick protestara, lo que sabía que haría, y se deslizó al pasadizo.

Corrió por el pasadizo, aferrando la pistola de Vittoria y buscando en la oscuridad cualquier señal de ella. Cuanto más se adentraba en el pasadizo, más oscuro se volvía, y deseó desesperadamente tener una linterna. El pasadizo parecía interminable, aunque el hospital de arriba no era muy grande, lo que le hizo sospechar que había estado allí mucho antes de que construyeran el hospital.

Adrian siguió moviéndose a trote, con el arma lista, escudriñando cada centímetro de la oscuridad en busca de Vittoria, pero no vio señal de ella.

Finalmente, Adrian llegó a un callejón sin salida. El pasadizo se extendía tanto a la izquierda como a la derecha, cada camino llevando a más oscuridad. Adrian miró a ambos lados, insegura de qué dirección tomar, escuchando cualquier señal de Vittoria...

Mientras se giraba para examinar el lado izquierdo del pasadizo, una de las sombras detrás de ella *se movió*.

Era Vittoria, que se abalanzó sobre ella desde la oscuridad.

Cinco minutos antes

Vittoria corría por el oscuro pasadizo, su respiración retumbando en sus propios oídos. Los disparos sobre ella eran rápidos; temía que West y su compañero hubieran acabado con todos sus hombres. Siguió corriendo, decidida a encontrar una salida.

Vittoria...

La voz era un susurro. La voz de su esposo Ben. Casi se detuvo, pero se obligó a seguir moviéndose.

Mamá...

La voz de su hijo. Massimo. Vittoria se detuvo, con lágrimas picándole los ojos, escudriñando la oscuridad. Tuvo que recordarse a

sí misma que su hijo no podía estar aquí... se había ido. Reprimiendo un sollozo, Vittoria volvió a echar a correr.

Necesitaba concentrarse. Había dejado a dos de sus hombres en el barco—ellos podrían matar a Adrian y los demás. Vittoria podría pedir refuerzos a los Dieci, conseguir la llave, llevarla de vuelta a su laboratorio. Completar el plan.

Estaba cerca. Tan cerca. La tumba de Jacomo Chiaveno estaba cerca... podía sentirlo.

Mamá.

Vittoria ignoró el susurro. Massimo se había ido. Su esposo se había ido. Sus dos amores, arrebatados por la corrupción de este mundo.

Tori. Esta no eres tú. No hagas esto.

Ben otra vez. Pero no era Ben. Estaba muerto. Ellos eran la razón por la que estaba haciendo esto... tenía que hacerlo.

No hagas esto.

Tengo que hacerlo, Vittoria quería gritar. Tuvo que morderse el labio para no soltar un grito que revelaría su ubicación.

Vittoria se detuvo cuando llegó a un callejón sin salida, mirando alrededor con frustración. Podía escuchar pasos detrás de ella, acercándose. No tenía duda de que era Adrian, y se estaba acercando.

Vittoria se escondió en las sombras del pasadizo, palpando el suelo en busca de cualquier tipo de arma que pudiera usar contra esa zorra. Encontró algunas piedras en el suelo. No era lo ideal, pero tendrían que servir.

Agarrando una piedra en su mano, se presionó contra la pared.

Y esperó.

Segundos después, Adrian se acercó al mismo callejón sin salida, deteniéndose en seco y mirando a su alrededor.

Vittoria no perdió ni un segundo. Se lanzó hacia adelante, levantando la piedra sobre su cabeza para golpear la cabeza de Adrian, pero la otra mujer esquivó, resbalando con otra piedra suelta. Vittoria aprovechó esto, buscando su pistola.

Lucharon por ella; Vittoria la golpeó con la cabeza, y cuando Adrian aflojó su agarre en el arma, Vittoria se la arrebató. Apuntó y

disparó, pero Adrian esquivó nuevamente, y la bala le dio en el hombro.

Adrian soltó un grito de dolor, tambaleándose hacia atrás. Vittoria disparó de nuevo, fallando a la otra mujer mientras ésta rodaba expertamente fuera del camino. Esta vez, la bala de Vittoria golpeó la pared detrás de ella.

La pared emitió un crujido. Vittoria retrocedió, tanto aterrada como asombrada, mientras se desmoronaba, revelando...

Una pequeña habitación cavernosa. Esta pared no era un callejón sin salida. Era una cubierta. Un sello. Porque en el fondo de la habitación... había un sarcófago de piedra.

Vittoria casi cayó de rodillas. Estaba aquí. El cuerpo de Chiaveno. La llave.

Pero primero, necesitaba encargarse de una molestia. Se giró, buscando en el pasadizo, pero Adrian había desaparecido.

Con el pulso acelerado, Vittoria escudriñó la oscuridad, las sombras. Pero no había nadie. Hasta que—

Adrian surgió desde detrás de Vittoria, levantando un gran trozo de la pared de piedra derrumbada. Vittoria levantó su arma, pero no fue lo suficientemente rápida.

Adrian golpeó la piedra contra la cabeza de Vittoria, y el dolor explotó en su sien mientras su mundo se disolvía en la oscuridad.

Adrian retrocedió tambaleándose del cuerpo inmóvil de Vittoria, su respiración agitada. Se apoyó contra la pared, cerrando los ojos, sujetando su hombro sangrante, haciendo una mueca de dolor.

Apretando los dientes, arrancó la parte inferior de su camisa, siseando mientras presionaba la tela contra su herida sangrante. Luego entró cuidadosamente en la habitación cavernosa, dirigiéndose hacia el sarcófago de piedra.

Gruñendo con esfuerzo e ignorando el dolor en su hombro, empujó parcialmente la tapa del sarcófago, quedando maravillada ante la visión de lo que había dentro.

CUARENTA Y TRES

Un día después
Venecia, Italia
3:28 P.M.

Adrian y Nick estaban de pie sobre el sarcófago de Jacomo Chiaveno, con Polina y Erasmo detrás de ellos, todos con equipo de protección. Un equipo local de antropólogos y paleopatólogos había retirado la parte superior del sarcófago, revelando los restos de Chiaveno en su interior.

Su cuerpo había sido envuelto en tela encerada para su preservación. Tenía una estatura alta para la época, poco más de seis pies, y su complexión era delgada. Se necesitaba un análisis genético completo para confirmar que era Chiaveno, pero habían hecho una estimación preliminar de que era un hombre de unos cuarenta años cuando murió, probablemente de la peste según el estado de sus restos, lo que coincidía con lo que sabían de Chiaveno, quien habría tenido cuarenta y ocho años cuando la Peste Negra arrasó Venecia.

—No puedo creer que este cadáver tenga más de seiscientos años —murmuró Nick, sacudiendo la cabeza.

—Quien lo preservó hizo un buen trabajo para el siglo XIV —dijo Polina—. Creo que se utilizó una solución de etanol llamada aqua vita, antes de que su cuerpo fuera envuelto con tela encerada.

Adrian miró a Erasmo y Polina con una sonrisa, contenta de que pudieran ver la "llave" que habían ayudado a buscar.

El día anterior, poco después de que Adrian mirara dentro del sarcófago de Chiaveno, había escuchado la voz frenética de Nick gritando su nombre mientras corría por el pasadizo con varios oficiales de la policía veneciana. Había usado el teléfono de uno de los hombres caídos de Vittoria para llamar tanto a las autoridades locales como a Briggs, y en cuestión de minutos, la policía veneciana estaba invadiendo Lazaretto Vecchio. Habían detenido a los dos hombres que custodiaban el barco de Vittoria, e Ivan y Robert fueron trasladados inmediatamente a un hospital local.

La policía se había llevado los cuerpos de los hombres de Vittoria, y Vittoria, que había sobrevivido al golpe que Adrian le propinó, pero permanecía inconsciente, fue llevada al hospital bajo custodia policial. La propia Adrian fue tratada por su lesión en el hombro en el sitio, pero rechazó una cama de hospital para descansar y recuperarse más, para disgusto de Nick.

En su lugar, había ido al hospital a esperar con su madre, tomándole la mano, mientras los médicos operaban a su padre. Para su inmenso alivio, él había sobrevivido a la herida de bala, con la bala de Vittoria apenas rozando su corazón y otros órganos vitales, pero había necesitado una transfusión y permanecería en el hospital unos días más para descansar y observación.

Ella y Nick habían visitado luego a Ivan, quien afortunadamente también sobrevivió a su herida de bala. Al igual que su padre, estaba inconsciente y descansando cuando lo visitaron, así que Adrian simplemente tomó su mano y la apretó, murmurando un agradecimiento por mantener a su madre —y al resto de ellos— a salvo.

Adrian y los demás habían dado sus declaraciones a la policía local y habían informado a Briggs, pero habría más seguimiento cuando regresaran a DC, especialmente para su padre una vez que se recuperara.

Las autoridades habían sellado la tumba y un equipo local de paleopatólogos y antropólogos se estaba encargando del procesamiento del cuerpo de Chiaveno. Ellos fueron quienes

invitaron a Adrian a echar un último vistazo a la tumba antes de que se llevaran su cuerpo; Adrian había insistido en que también se permitiera verlo a los demás que habían ayudado en la búsqueda.

No había pasado mucho tiempo antes de que un Erasmo y una Polina completamente recuperados se unieran a ellos, y después de que Erasmo visitara a su padre e Ivan en el hospital, todos se dirigieron de vuelta a Lazaretto Vecchio.

—Así que esta es la "llave" que ha estado causando todos estos problemas —dijo Erasmo, observando el cuerpo de Chiaveno con una sonrisa irónica.

—La única —dijo Nick.

Mientras los ojos de Adrian recorrían el cuerpo de Jacomo Chiaveno, se preguntó cómo habrían sido sus últimos momentos de vida. ¿Se habría sentido culpable por la muerte que arrasaba las calles de Venecia en ese momento? Polina y los paleopatólogos locales creían que había muerto en otro lugar**,** posiblemente para evitar que su cuerpo fuera utilizado precisamente para lo que los Dieci pretendían hacer.

Pero su aprendiz probablemente lo había encontrado poco después de morir y había preservado su cuerpo contra los deseos de Chiaveno, antes de trasladarlo más tarde a esta tumba oculta para que los Dieci lo usaran si fuera necesario en el futuro... pero su ubicación exacta se perdió con el tiempo.

—Necesitamos procesar los restos —dijo Bianca, la paleopatóloga principal, desde detrás de ellos, interrumpiendo el hilo de pensamientos de Adrian—. Me temo que es hora de que todos ustedes se marchen.

Los demás, excepto Nick, se dieron la vuelta para irse. La mirada de Adrian permaneció fija en Jacomo Chiaveno... la llave que los Dieci habían estado buscando durante siglos. Parecía que él había intentado hacer lo correcto al final. Si Vittoria y los Dieci hubieran tenido éxito...

Se estremeció ante ese pensamiento. No lo habían logrado, y eso era lo único que importaba.

Adrian echó una última mirada prolongada a los restos de Chiaveno antes de tomar la mano extendida de Nick y dejar atrás la

tumba, y la llave.

CUARENTA Y CUATRO

Un mes después
Alexandria, Virginia
6:17 P.M.

—Entonces. ¿Por qué deberíamos brindar? —preguntó Cora, mirando alrededor de la mesa del comedor a Adrian, Nick y Robert.

Adrian sonrió a su madre, levantando su copa de vino.

—Por la familia —dijo, encontrándose con la mirada de su padre.

—Brindo por eso —respondió su padre, y chocaron sus copas.

Habían sido unas semanas tumultuosas desde que dejaron Venecia. Su padre había estado entrando y saliendo de interrogatorios intensos con el grupo de trabajo y otras agencias internacionales de aplicación de la ley, detallando todo lo que sabía sobre los Dieci y lo que había hecho para ellos durante su cautiverio. Sintiéndose protectora de su padre, Adrian inicialmente había instado a Briggs y a los otros agentes de la ley a darle tiempo para reintegrarse a la sociedad y recuperarse de su herida de bala.

Su padre había insistido en que quería ayudar, y cuanto antes, mejor. De alguna manera, era como un exorcismo de todo lo que había pasado. Las autoridades aquí en DC incluso habían reabierto su investigación sobre la muerte de su amigo Niles Harrington.

Robert estaba volviendo lentamente a la vida que había dejado atrás. Les había dicho que eventualmente quería volver a trabajar en

el mundo académico, pero Adrian y Cora insistieron en que tomara el tiempo necesario antes de hacerlo. Adrian sabía que sería una batalla cuesta arriba... había heredado sus tendencias workahólicas de su padre. Por ahora, su madre le contó que pasaban los días dando largos paseos, hablando, reconectando. Incluso había accedido a ver a un terapeuta para comenzar a procesar el impacto psicológico que su cautiverio había tenido en él.

Mirando a su padre ahora, una serie de emociones recorrieron su cuerpo. Durante tanto tiempo, una reunión como esta había parecido imposible. Pero su padre estaba vivo, aquí en carne y hueso, y eran una familia completa de nuevo. Nick extendió la mano para apretar la suya, leyendo sus pensamientos como siempre.

Los pensamientos de Adrian se dirigieron a los eventos en Europa. En este momento, Athena Karras estaba trabajando con las autoridades en Italia, compartiendo la información que tenía sobre la rama griega, Archaia Sofia. Vittoria estaba bajo custodia con una serie de cargos. Habían aprendido más sobre ella desde su captura, cómo había perdido a su hijo y esposo en un atentado suicida, un evento que puso a Vittoria en su destructivo camino. Las autoridades habían localizado y cerrado su laboratorio en Ginebra, interrogando a los trabajadores que Vittoria había empleado allí y realizando arrestos donde era necesario.

Erasmo estaba trabajando junto a las autoridades, e Ivan también estaba proporcionando información. Con la colaboración de Erasmo, Ivan y su padre, las autoridades italianas habían realizado al menos una docena de arrestos de miembros de los Dieci, con más por venir. Con el arresto de Vittoria y los arrestos de sus otros líderes, los Dieci estaban en ruinas, justo como habían planeado.

Ivan se había recuperado completamente de su herida de bala y se había reunido con su hijo; había enviado una foto de ellos juntos a Cora y los demás, lo que había hecho que brotaran lágrimas en los ojos de su madre.

Polina también había ayudado a proporcionar pruebas a las autoridades y ahora estaba de vuelta en el instituto en Bucarest. Mikhail y Florin habían sido arrestados, con Mikhail perdiendo su

posición en el instituto, y Polina fue ascendida para ocupar su puesto.

En cuanto al cuerpo de Jacomo, un análisis genético había confirmado su identidad al vincularlo con un pariente vivo actual. Una cepa más virulenta de Yersinia pestis, la cepa que Vittoria y los Dieci habían estado buscando, había causado su muerte. Las autoridades habían vuelto a enterrar sus restos, manteniendo en secreto su ubicación por razones de seguridad.

Estaban abriendo otra botella de vino cuando sonó el teléfono de Adrian. Miró hacia abajo, frunciendo el ceño. Era Briggs. Miró a Nick, quien le dio una mirada de preocupación.

Cora suspiró.

—Te diría que no atiendas llamadas de trabajo en la mesa, pero ahora que sé cómo es tu trabajo...

Adrian se levantó, ofreciendo a sus padres una sonrisa de disculpa.

—Intentaremos que esto sea rápido.

Ella y Nick dejaron a sus padres en el comedor, moviéndose a la privacidad del estudio mientras Adrian contestaba, poniendo la llamada en altavoz.

—Siento molestarlos a ambos —dijo Briggs, con voz tensa—. Pero estoy en la Ciudad de México. Volé anoche. Tenemos una... situación. Necesito que ambos vuelen aquí lo antes posible.

La aventura continúa en el Libro Cinco, EL CÓDIGO DEL CARIBE.

Para recibir notificaciones sobre su lanzamiento, suscríbase al boletín informativo de L.D. Goffigan.

NOTA DEL AUTOR

He tenido el placer de visitar Venecia dos veces, pero me ha fascinado mucho antes de mis visitas. Recuerdo leer en libros de viajes y revistas sobre esta ciudad flotante y mágica ubicada entre las lagunas. Antes de mi primera visita, incluso leí sobre los orígenes de la ciudad, desde los refugiados que huyeron de los invasores bárbaros a las lagunas justo después de la caída de Roma, hasta su apogeo como imperio marítimo.

Debido a mi larga fascinación con la ciudad, sabía que quería ambientar una de las aventuras de Adrian allí. Si Adrian la llama la Ciudad Intemporal, yo la llamo la Ciudad Mágica; hay algo sobrenatural en una ciudad enclavada entre islas en una laguna, que de alguna manera forma parte tanto de la tierra como del mar, sobreviviendo durante siglos contra todo pronóstico.

Como poderosa ciudad marítima durante la época medieval, la infame Peste Negra golpeó duramente a Venecia. Nuestra palabra 'cuarentena' proviene del aislamiento que los venecianos imponían a los viajeros para prevenir la propagación de enfermedades durante esta oscura época. La mortal epidemia había asolado toda Europa múltiples veces a lo largo de los siglos, pero más notablemente en 1348.

Las cartas codificadas que Adrian, su padre y Nick descifran en Dubrovnik y más tarde en Génova son ficticias, pero están basadas

en cartas codificadas reales enviadas en el mundo antiguo y medieval.

En Dubrovnik, los lugares que Adrian y Nick visitan, desde la Iglesia de San Blas hasta la Fortaleza Revelin, son lugares reales tal como los he descrito. Los lugares que visitan en Estambul también existen, desde la Mezquita Zeyrek hasta el Palacio Tekfur, aunque añadí un museo ficticio para la Mezquita Zeyrek y una sala de registros ficticia para el Palacio Tekfur.

María de Antioquía fue una persona histórica real, al igual que el Emperador Andrónico. Sin embargo, inventé la mención de un misterioso doctor.

El instituto donde trabaja Polina en Bucarest es ficticio, aunque lo basé en institutos arqueológicos reales que son responsables de localizar y analizar hallazgos arqueológicos.

La villa de Vittoria en Génova es ficticia, pero el afluente distrito de Albaro es un lugar real, al igual que el Palazzo Ducale, que realmente tiene túneles subterráneos no abiertos al público.

La familia genovesa Vincitori y la familia veneciana Calipiero son ambas invención mía, aunque las basé en poderosas familias marítimas de la época de mayor prosperidad de estas dos ciudades durante la era medieval.

Los lugares que Adrian y los demás visitan en Venecia existen todos: los archivos estatales, la Isla del Lido, Isola di San Michele y Lazaretto Vecchio. Para Lazaretto Vecchio, me tomé algunas licencias en torno al hospital para nobles, que realmente existe en la isla, añadiendo el pasadizo subterráneo y el nivel inferior decrépito.

La antigua sociedad secreta de los Dieci es, por supuesto, ficticia, pero Venecia durante su apogeo estaba repleta de secretos y espías. De hecho, el lema del oficial Consejo de los Diez de Venecia era *jura, perjura, secretum prodere noli*. Jura, perjura y no reveles el secreto. No creo que sea demasiado descabellado pensar que una sociedad secreta —o sociedades— haya existido allí alguna vez.

En cuanto a la guerra biológica, hay registros históricos de su uso en la época de la peste. Justo antes de que la Peste Negra se extendiera por Europa, efectivamente hubo un asedio en Kaffa, la actual Feodosia, durante el cual el ejército mongol infectó a los

habitantes de la ciudad con los cuerpos de sus muertos, contribuyendo a la propagación de la peste en Europa.

Como menciono en la novela, también hay constancia de un médico veneciano que quería usar la "quintaesencia" de la peste contra los enemigos de Venecia durante la guerra otomana veneciana.

Existían diferentes cepas de la bacteria que causó la Peste Negra, incluidas algunas más virulentas como menciono en la novela, y combinar tal patógeno con un virus sería ciertamente apocalíptico. Y las fosas comunes de víctimas de la peste siguen descubriéndose hasta el día de hoy, incluso en Lazaretto Vecchio.

Utilicé muchos recursos en mi investigación para esta novela, pero algunos de mis recursos más útiles incluyen *Venice* de Peter Ackroyd y *City of Fortune* de Roger Crowley, ambas lecturas fascinantes por derecho propio.

Un sincero agradecimiento a ti, querido lector, por acompañar a Adrian en su última aventura. Abandonamos Europa para su próxima aventura, y espero que nos acompañes en el viaje.

Hasta la próxima,

-L.D.G.

2023

OTRAS OBRAS DE L.D. GOFFIGAN

Aventuras de Adrian West

El código de Cleopatra

El engaño de Excalibur

La conspiración de Atlantis

La llave Veneciana

SOBRE LA AUTORA

L.D. Goffigan escribe thrillers trepidantes y novelas de acción y aventura con intriga histórica. Estudió cine y escritura dramática en la Universidad de Nueva York y actualmente divide su tiempo entre Francia y California.

Cuando no está escribiendo, puedes encontrarla viajando a lugares que nunca ha visitado, leyendo el último libro que ha captado su interés o viendo documentales sobre misterios antiguos.

Para recibir notificaciones sobre nuevos lanzamientos, suscríbete al boletín de L.D. Goffigan. Los suscriptores también reciben alertas sobre sorteos y contenido exclusivo adicional.

¡Mantente en contacto!
ld@ldgoffiganbooks.com
ldgoffiganbooks.com